

CUENTOS, HISTORIAS
Y
LEYENDAS DE URABA

Ismael Porto Herrera

Cuentos, historias y leyendas de Urabá.
3ª edición

Ismael Porto Herrera

Miembro Corporación ALDEA DEL ARTE
URABA.

NASARIO ESTA DESMANDAO

Cuentos, historias y leyendas de Urabá

© ISMAEL PORTO HERRERA

Registro: L.2, T.47, Partida 122, Ago. 25,94.

Primera Edición: Noviembre de 1992

Segunda Edición (corregida):

Diciembre 1994

Carátula: Paula Andrea Martinez

Proceso Editorial: AVISOS DON H

Impreso y hecho en Colombia.

Printed and made in Colombia.

Santafe de Bogota, Diciembre de 1994

“Si en Urabá danzan las aves, los peces y todas las especies sin temor al holocausto de la vida, entonses Dios, jamás ha olvidado su tierra prometida”

Ismael Porto Herrera

CONTENIDO

- 9 PROLOGO
Albeiro Florez Villa
- 10 CARTA DEL TEATRO LA CANDELARIA
- 11 COMUNICADO DE PRENSA Y RADIO
- 14 Nasario esta Desmandao
- 30 La Marcha del Cangrejo
- 44 Historia del Cerro del Águila
- 55 El Pipi de Jairo
- 59 El Totumo de Oro
- 74 Los Pollitos de Jopito
- 78 El Guardián del Barco Fantasma
- 84 Las Vacaciones de la Nina Rutse
- 89 El Mellero
- 98 Entre el Mohan y la Cruz
- 104 La Corona del Yeyo
- 116 Por que me dio ese Bambazú
- 119 La Piedra de Antonia
- 123 Papi, Papi mira mi Pandonga
- 126 La Negra Venganza de Julián
- 129 Mi Novia la Melega
- 137 El Hurto de mi Abuela

PROLOGO

De nuevo la narración oral se toma la región de Urabá. Primero, fue «Don Ismael y sus Culebras», donde se plantea abiertamente el eterno enfrentamiento del personaje con las culebras en cada una de las etapas de su existencia como una persecución de condena. Seguidamente, aparece «Historias, Leyendas y Fantasías de Urabá», libro de relatos donde la tradición oral asume el papel de vivificante que anima las vivencias de sus personajes aborígenes, que guiados por sus naturales deseos de supervivencia se siembran en la región con el ánimo de hacerla más grande. Finalmente, Ismael Porto Herrera, saca a la luz pública su tercer libro: «Nasario está desmandao, historias y leyendas de Urabá», relatos donde las remembranzas infantiles se confunden con la melancolía de un pasado fresco, ante la realidad cruda de un presente asustado por la civilización.

Los relatos muestran, a través de un lenguaje agreste, la otra imagen histórica de la Urabá mítica rodeada de una naturaleza sorprendente, e que va dando paso a la nueva aventura en encadenamientos cada vez más epopéyicos.

El ritmo de la narración exige así mismo -al lector-, una entonación bastante caribeña; pero esta, debe hacerse con todo el sabor de la cuentería rural del mismo entorno. Incluso, las aventuras de los personajes, las creencias y todo lo que tenga que ver con el costumbrismo del espacio a que hace referencia, son lo más representativo de una cultura, que se ha ganado un sitio de importancia en la costa antioqueña, desde Turbo hasta Arboletes y mucho más allá en el caribe colombiano.

De otro lado, la literatura tiene sus exigencias claramente establecidas, donde el autor debe transformar creativamente los temas que extrae de una realidad o de la imaginación, utilizando, un lenguaje sugestivo, expresivo, sin enunciar las ideas directamente, sino, a través de una serie de procedimientos y recursos estilísticos.

Este libro exige su salvedad de acuerdo con la técnica que utiliza, la auto expresión. La narración oral permite así mismo que el autor rompa con los estilos creativos y artísticos de la literatura exigente para volcarse en su fantasía con libertad.

El escritor habla a sus contemporáneos, a sus compatriotas, a sus hermanos de raza o clase y lo hace por el medio que mejor le parece.

La obra surge, como por designios del aquelarre, en un tiempo culminante; el de los quinientos años de América; ella misma, es un argumento tenaz para resaltar ese mestizaje que hemos recibido como herencia y tomar conciencia de la penetración cultural a que fuimos y somos relegados. Seguramente, eso está ocurriendo, de manera simultánea, en muchos lugares del continente.

ALBEIRO FLOREZ VILLA, Apartado, sept. 21-92.

CARTA DEL TEATRO LA CANDELARIA

Bogotá, marzo 1, 1992.

Señor

Ismael Porto Herrera

ALDEA DEL ARTE

El Totumo Necoclí

Urabá

Estimado Ismael:

Nos dirigimos a usted para solicitarle su vinculación al proyecto «Memoria Visual del Mestizaje» en coproducción con la cinematografía y la televisión de Bulgaria.

Consiste en la realización de cuatro cortometrajes que den cuenta de nuestro ser mestizo y del pluralismo cultural. Esta coproducción se realiza en el marco del V Centenario del Descubrimiento.

Los cortos son: «Macondo, espejo de lo real maravilloso». Se trata de seguir la huella del entorno de la vida y la obra de García Márquez, «Los pasos perdidos» sobre la cosmovisión de los Koguis.

En la región de Urabá se realizarán: «Bullerengue y fandango en Necoclí» y otro sobre uno de sus relatos del libro «Mitos y Leyendas de Urabá». Se ha escogido «Nasario esta desmandao» para filmarlo con actores naturales en EL TOTUMO.

Como se trata de un mito recuperado y escrito por usted, le escribimos para solicitarle su vinculación no solo como autor sino como actor y asesor del rodaje.

La Dramaturgia Cinematográfica está a cargo de Patricia Ariza y la dirección general del proyecto es de Raúl García. La asistencia de dirección es de Catalina García y en la producción estarán Camilo Londoño y Harold Córdoba.

Sin otro particular, quedo de usted,

PATRICIA ARIZA

SANTIAGO GARCÍA

Marconigrama 134-110, febrero 9,93

FAVOR INFORMAR ISMAEL PORTO CORTOMETRAJE
MUTACIONES BASADO EN EL LIBRO MITOS Y LEYENDAS
URABA SOBRE EL DESMANDAO OBTUVO PREMIO FOCINE
MODALIDAD CORTOMETRAJE.

Cordialmente
RAUL GARCÍA.
Director

Como se trata de un mito recuperado y escrito por usted, le
escribimos para solicitarle su vinculación no solo como autor sino
como actor y asesor del rodaje.

La Dramaturgia Cinematográfica esta a cargo de Patricia Ariza y la
dirección general del proyecto es de Raúl García. La asistencia de
dirección es de Catalina García y en la producción estarán Camilo
Londoño y Harold Córdoba.

Sin otro particular, quedo de usted,
PATRICIAARIZA, SANTIAGO GARCIA

COMUNICADO DE PRENSA Y RADIO (Apartado Stereo)

Apartadó, marzo 11 de 1992

LAMITOLÓGIADE URABÁAL CINE INTERNACIONAL

«Nasario esta desmandao», obra escrita por Ismael Porto Herrera,
será llevada al Cine Europeo, el Mito contenido en el Libro «Historias,
leyendas y fantasías de Urabá» alude a la intempestiva interrupción
de la relación sexual del Personaje por miedo. Situación que produce
una especie de enfermedad mortal cuya única curación esta en el
Ritual bajo los efectos de la fiebre y con la mujer «culpable».

Esta fiel recuperación de la tradición mitológica de Urabá, la cual
según Don Ismael Porto tiene su escenario natural en «E1 Totumo»,
subyugó la atención de los cineastas búlgaros por considerarlo de un
realismo fantástico preponderante ya que al igual que en la obra
«Crónica de una Muerte Anunciada» muestra una comunidad
sorprendida y encubriendo del objeto de su asombro, alternando con
la lógica de los rituales: la culpa y la curación.

El rodaje de la película se estará verificando a partir de este
miércoles 11 de marzo en el Corregimiento El Totumo de Necoclí,
con la participación de: el actor Jhon Freddy Córdoba, las actrices
Elsa Porto, Judy Moreno, la niña Adriana Patricia Giraldo Porto, el

grupo de música Los Tales de Necoclí, de manera especial con el vicepresidente de la Junta Directiva de la Corporación Aldea del Arte, el escritor Ismael Porto Herrera, quienes han contado con la asesoría de Peggy Kielland, bajo la dirección de la destacada actriz Patricia Ariza integrante del Grupo de Teatro La Candelaria de Santafé de Bogotá.

La Corporación Aldea del Arte de Urabá exalta este rodaje cinematográfico en nuestra región, felicita al equipo de artistas nacionales e internacionales participantes en el mismo por considerar que este representativo y bello mito de la cultura de Urabá se promocionara dignamente en los más exigentes escenarios del mundo.

Junta Directiva
ALDEA DEL ARTE
ELKIN QUINTERO ALVAREZ
Presidente

A los Directores: Santiago García, Raúl García, Patricia Ariza, Catalina García, Camilo Londoño, Harold Córdoba

ALA CINEMATOGRAFÍA Y LA TELEVISION DE BULGARIA.

A la coordinadora Peggy Kielland

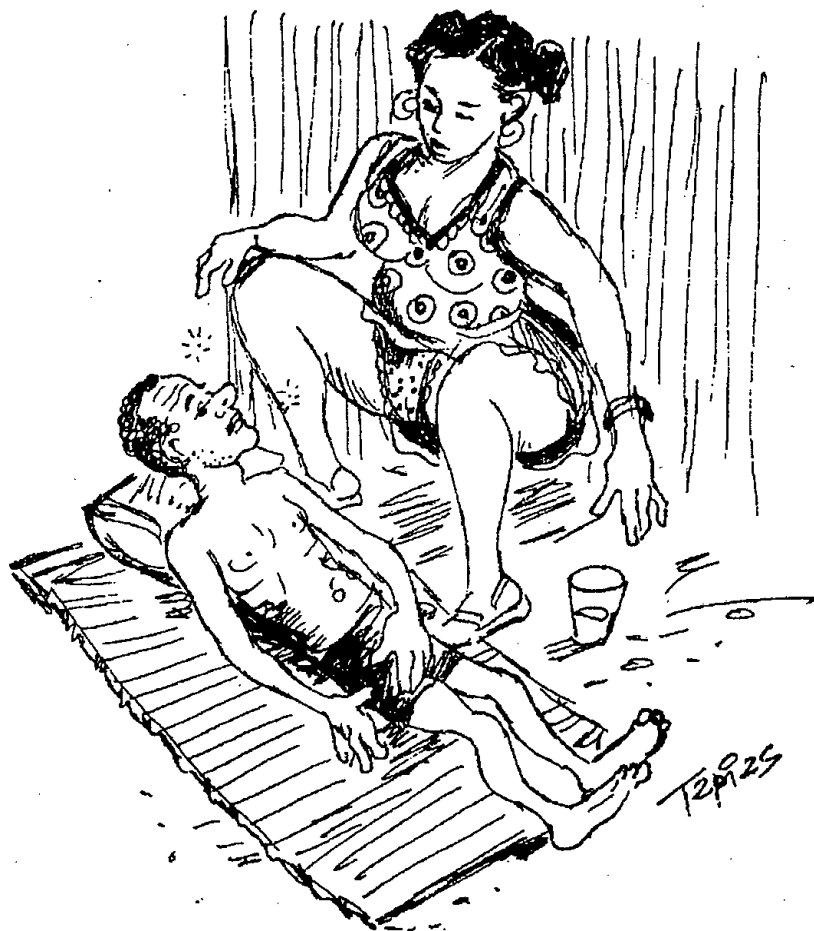
*A los actores: John Freddy Córdoba, Judy Moreno
Elsa Porto Z., "Tapeyuca" - Elkin Quintero, Jhon Jairo Porto A.,
Saturnina Medrano.*

Al grupo musical "Los TALES DE NECOCLÍ"

Al grupo de danzas "BENJAMIN Y sus BULLERENGUES".

A la administración municipal de Necoclí

Nasario esta desmandão



NASARIO ESTÁ DESMANDAO.

Completamente empapado por el fuerte aguacero, bajé del potro tordillo que meses atrás, me había regalado mi señor Padre. La tormenta arreciaba a cada instante, acompañada de fregonazos, como de artillería del Lejano Oriente.

Una chispa, y luego fuerte estampido de elefantes en atroz carrera, descuajó indolente una altiva palma de coco. Algo más de tres metros de circunferencia de raíces, quedaron titilando en agonía espasmódica; regados en el suelo cantidades de cocos y palmas. Algunos polluelos piaban pidiendo misericordia al Señor, y auxilio...quién sabe a quién (por suerte no estaba ningún mocoso con pretrecho de caucheras).

Alcancé incluso a ver un parasco de avispas caseras, remontarse del suelo todas aturdidas, sin saber a quién encajar el agujijón. Ramsés, mi caballo, encabritado lanzó un relincho fantasmagórico. Se unió a la guerra de los elementos, dando una pincelada más a ese cuadro dantesco que plasmaba la naturaleza.

Las olas inmensas pretendían salirse de su nivel, amenazaban fugarse de su cauce, como queriendo volver a cubrir las montañas. Golpeaban indolentes todo el maderamen que en la playa encontraban a su paso.

¡Mierda, era un chispero! La tronamenta me estaba dejando casi sordo y como una catarata de tambores, me repercutía en el corazón. Como mejor pude desensillé a Ramsés y me encaminé hacia la casa, mas ¡ah caramba!, ¿Qué pasa...? ¿A qué se debe todo este gentío? ¿Quién esta enfermo? ¿Acaso ha muerto alguien? Francamente, no sabía decir cuántos pares de ojos me dispararon con sus miradas de suplica, de reproche, de... parece que sorprendí a todos con mi imprudente llegada.

En el piso natural, se veían colillas de cigarrillos, cajetillas, tabacos, escupas y hasta charcos de salibones prietos, aliñados de cenizas y partículas. El amigo José Ignacio Pefiata, alias "Conejo" me cogió de la mano y sin decir palabra, me encaminó al cuarto único de la casa.

¡Mierda, carajo lo que vi! Lo que observé, no lo había leído ni imaginado nunca en la vida. El Conejo era un muchacho de unos cincuenta y cinco años, venido, según él de la Isla de Barú, cerca de Cartagena. Pero antes de radicarse aquí, en el Totumo, estuvo en San Juan de Urabá, Zapata, Necoclí, en fin, andando según conejo que es. Max Porto lo trajo a este poblado, en calidad de administrador de una de las fincas que posee a orillas del mar. "Conejo" o "Cone" como familiarmente se le conoce, tiene, sabe, conoce, hace y dicen

de él tantas cosas, que este muchachote merece capítulo aparte. Por ejemplo, que él es el jefe de los brujos.

En una sala algo espaciosa, de unos cinco metros de ancho por tres de largo, pero que aquí llaman "cuacto" en donde duerme toda la familia, cuyo promedio es de seis personas, se encontraba un grupo de mujeres y entre estas la Negra Yerena, mujer de Cone, Bertica su hija, Silvia, hermana de la Negra Yerena, la Nana Pertuz, yerbatera del pueblo, Juana Blandón, quien según la gente, dice más embustes que el carajo y hasta es partera, espíritu, lavandera... Caramba, se me olvidaba nada menos que la vieja Fide (Fidencia Simanca), la bullanguera del pueblo, 'cabeza de zoco', algunos la llaman así. Hay que ver a la vieja Fide contorsionarse al bailar un bullarengue, un mapalé, una cumbia, ¡carajo!, hace bailar tullidos.

Todas esas mujeres y otras, que se me escapan estaban meditabundas, en un silencio sepulcral, apenas interrumpido por los fogonazos, tronamentos y pedradas de gotas que caían indolentes en el techo de la choza.

Los ranchos o chozas de este poblado, son de palma de coco, palma amarga o corozo de vaca, cercados con bahareque o caña flecha y los pisos no conocen la caricia de un bulto de cemento. Porque se utilizan los elementos de la región, por la pobreza de sus moradores o quizá por el conformismo extremo.

Tenían la vista clavada al suelo, como pendientes de algo. Y... efectivamente ese algo estaba acostado en el suelo.

Si señor. Quedé petrificado, absorto. En un tapete (estera) tendido al suelo raso, cubierto con una manta que, entre otras cosas, había perdido el color y con más remiendos que una vela de chalupa carbonera, como esas que viajan de Santa Ana a Cartagena, yacía el cuerpo de un mozalbete de unos 14 años de edad, alto, delgado como un junco de los que se dan por las playas de Longanal, tierras del Mono Lancharo, alias 'Mientras Pica'.

Paréceme escuchar los epítetos que lanza el mono Lancharo, cuando le dicen "Mientras Pica" -No joda, hijueputa, tu mae mal nació... espérame ahí carajo pa'dacte con el zoco-. Este es un personaje típico de mi Totumo.

Menos uno, la boca abierta dejaba ver unos dientes blancos y perfectos, ahuyentados de caries, como la barriga de un barbudo cabeza de piedra.

Revoleaba los ojos inmensos y hasta brotados, como vaca cagona, harta de colozuana biche (pasto), de un lado para otro como si se le fueran a desorbitar. Respiraba jadeante y se veían las costillas bajo

una piel toda sucia y brillante. Después, supe que le habían dado masajes con manteca negrita (esta manteca la procesan de un corozo conocido con el nombre de "Noli", más que todo, para untura en el cabello). La caja torácica parecía estallar. Su frente de ébano chorreaba sudor, como pata de vieja con erisipela. En fin, se agitaba y convulsionaba, mientras era consumido por fiebre de 40 grados.

Alcé la vista y miré a "Conejo" interrogativo. El peló los ojos y moviendo, alguno que otro pelo de su escasa barba, me dijo: ¡Nasario lo que está e desmandao! ¿Como?- pregunte sin alcanzar a comprender. El repitió: Desmandao, desmandao!

No recuerdo por cuánto tiempo repercutieron las palabras de "Conejo" en mi mente, y para donde quiera que iba, apenas escuchaba "Desmandao... desmandao!

Salí del cuarto, pensativo, y tropecé con las miradas de Servio Córdoba (el rey de los piperos), Eustacio Yerenas (alias Chapa), el papá de Nasario. Comentan que ni en Medellín ni en Cali, donde abundan las fábricas de calzado, hay horma para los pies de Chapa ya que en vez de pie, tiene un par de champas (piraguas). También estaba "Tapeyuca", o sea Domingo Quintana, el marido de la Moya, otra de las parteras del pueblo y según dicen "Voladora de escoba", el Yeyo, el viejo Valdez, Bucheloro, Coco Ñato, San Juanero, Otilio. Entre otras cosas, aquí en la región a la gente le encanta poner sobrenombre a todo el mundo, de tal suerte que uno lleva años de conocer por ejemplo a "Coco Ñato", sin saberle su verdadero nombre.

-Ya lo oicte, lo que dijo Conejo e lo mismito que tóo sabemos, no le busqué má, eso e puro desmandao, lo que está e puro desmandao. No joda, el hombre lo que está e cogió.

Decía el rey de los piperos mientras se llevaba a los labios, medio vaso de aguardiente (por lo menos eso creí yo).

-Compae Ismae ¿Y po'que no te clavá uno? Te aseguro que con esa ropa moja, lo que te va e a resfriá, fíjate como tiene esa camisa toa ensopá.

-Si, si, tienes razón Servio.

Intervino el amigo Valdez, y sin esperar mi consentimiento, metió una taza en la lata y vació medio vaso de aguardiente, que me entregó. A todo esto, yo no salía del estupor y me preguntaba: de donde habrían sacado tanto aguardiente, y por qué estaba en lata... En fin, me llevé el vaso a los labios y glu, glu, glu ... ;carajo!, qué trago tan fuerte. El galillo se resintió al sentir la quemazón. Rieron todos burlones mientras decía Tapaeyuca:

-Ahora lo que le facta al compae Ismaé e comé cangrejo pa'que no

se vaya de aquí, ja, ja, ja, ja, ja... Y cazá negra.

Sí señor. Esta fue mi primera experiencia con el pipo, chirrinchi, gordo lobo, ñeque, guandolo o tapetuza (aguardiente de contrabando). La verdad, no estaba mal y ese mismo día me tomé varios tragos, y cuantos más en mis correrías por esta región a través de los años.

Yo veía mujeres que entraban y salían. Unas llevaban raíces, otras ramas, hojas, ungüentos, pócimas, cataplasmas y cantidades de menjurjes. Ya en medio de tragos, la boca me picaba para preguntar, hasta que revente: -oiga Valdez, ¿De manera que Nasario esta desmandao? ¿Me podría explicar eso? Aunque usted no lo crea, es la primera vez que escucho de esa clase de enfermedad.

- Mierda!, Servio, el compae Ismaé si que me ha metio en vaina. Sírveme un trago pata e gazza (doble) pa' podé entoná bien.

Servio se lo alcanzo. Lo bebió de un trago, escupió y comenzó su rara explicación:

-Tú sabe muy bien que cuando lo muchacho señoriito comienzan a salirle pelo en lo sobaco, en la verija, en la barba, en fin, en toa parte, como también a tené la vo fuerte, se le esmama la fruta esa que tiene uno en el galillo (la nuez de Adán), ello de noche no pueden docmi bien y amanecen too raro, entonce su delirio e caza y proba una "mujé", bueno, ¿Ya va entendiendo mi cuento? Servio, otro patta e gazza.

Bien, el amigo Nasario está en trance. Cuando lo muchacho ya tienen su primera oportunidad de acostarse con la primera mujé, y ve semejante boca, no te puedes imagina el susto que le da. ¡Carajo, parece que el corazón le fuera a reventa, la siene o mejo dicho lo sentíos, también le palpita, y e susto de lo ma grande, se acalambran la pata y comienza a resoplá como burro acabando de baja loma toa embarrá.

Nasario tuvo su primera experiencia, se consiguió su mujé, se la ducmió, pero el puñetero, una vez terminó, como que no pudo contené e susto y salió too sofocao. Con la fuerte brisa que estaba soplando y lluviason, pa'rematá no ma fué salí y ahí mejmo lo agarró el venteo, la lluvizna y listo el pollo, quedó allí mejmo desmandao!

Y pa'que te quede con el pelo de punta, eso no lo cura ningún mérico así sea de la ciudá de los Merellín o de los Cali o de los Bogota, eso lo cura la misma mujé con la que é ducmió... Servio, sírvame otro, pero no me lo de patta e gazza, sino ma bien patta e morroco (trago pequeño). La vaina e que a lo muchacho le da pena deci quién fue la mujé, y allí e donde se deja morí lo muy marica.

La única mujé que e capá de sacarle la verdá a Nasario, quién lo desmandó e la Moya, tú bien sabe que é la reina de la bruja, no pa'sostené, pero tú sabe que la gente habla y uno que no e bobo le gusta oí. También hay otra fórmula, entran varia mujere a la pieza, una a una, y cada una de ella demora diez minuto. En fin, uno no se da cuenta quien fue, pero tú sabe que mujé e mujé, y si uno é malicioso... ve que mujé é culpable, y digo culpable, porque alguna puñetera, apena se desarrolla e muchacho, lo hace bajá y le dice que se vaya rapidito que puede vení e marío, o que la gente lo puede ve salí, na' de esa vaina es verdá, sino que tóo muchacho que deja de ser señorito, esa noche, no quiere una vecesita sino un chorro de vece y no se quiere bajá con la primera, sino, si es verraco, e capa de echá hasta siete caza.

¡Bueno como te contaba, ya la mujé entró, pero como han entrao má de quince o veinte, tu te dá cuenta que una de ella sale con los ojo tóo revolao, agitá y hasta en la mirá se le nota algo raro; ¡carajo!, no ve que si ese muchacho muere la culpable e ella, y cuando se muera, po'mucho rezo que le echen a la ánima sola, nunca le verá la cara a Dio, y a tóo minuto ante de mori estará oyendo el quejio del desmenda. Mejo dicho, si Nasario se muere hoy mejmo, Dio no lo quiera, la mujé culpable a pactí de la fecha, comenzará a escuchá pujio, lamento y quejio. Pa' terminá, como la gente se dé cuenta, esa mujé tiene que irse de inmediato de la región ya que e fondillo se le secará de gana; po' que no hay quien se arrime a ella po' má bonita y nargona que sea!

Después de haberme bañado, sail dispuesto a inyectar a Nasario. La mañana estaba fría, la temperatura había descendido a 10° (no es de extrañar que en pleno invierno, ocurran cambios bruscos, la temperatura media de esta región es de 28 a 30°). Se veían crestas espumosas a la orilla de la playa, y el glotón alcatraz ya había comenzado su faena cotidiana de engullir sardina tras sardina.

Encontré a Nasario ardido en fiebre, tiritaba y movía los ojos para todos lados. Me dijo con voz agonizante:

- Tengo dolo de cabeza... Denme agua que me muero de sé...

- Quédate un rato quieto que te voy a inyectar, con esto te vas a mejorar ya.

Una vez terminé, llamé a Chapa y le dije:

- Mira Chapa, Nasario esta muy mal, tienes que buscar la forma para que apenas calme el tiempo, lo lloves a Necoclí o Turbo. De lo contrario, se te va a morir este muchacho aquí.

- Vea compae Ismae, yo le puedo asegurará, que po' muy bueno que sean lo mérico de Necoclí y Tucbo, me lo dejan morí. Hoy é el ultimo día, si no se mejora, ya no hay ma remedio que aplicásela...

Mierda, ¿Qué vaina será eso de aplicársela? No quise seguir interrogando, pero como fuera me iba a patear todo ese menjurje de cosas.

Me encaminé a la oficina. Estuve más o menos, hasta las diez de la mañana. Ya el sol había comenzado a visitar, o como dicen los chilapos "El doctor Solano apenas abría su consultorio". El mar se volvía más condescendiente con los pescadores y ya no mostraba su furia huracanada. La preocupación me hizo regresar donde el enfermo.

Aún estaban los mismos, bebiendo guandolo. Quién sabe cuántas latas más habían comprado. Los muy puñeteros, dizque invitándome á sacarme el guayabo. Ese roncito estaba muy bueno, no amanecí con guayabo, pero el sabor de la boca era a cobre, a boca de tigre o buche de puerco, según dicho del amigo Bonifacio Medrano, alias el Bony.

Entre al cuarto, Nasario continúa con fiebre y parece que está subiendo, me dijo la negra Yerena.

- Yo estoy de acueddo con llevarme a mi hermano para Tucbo o Necoclí, apena ejcampe. Pero el problema e ese de que uno aquí no se va, cuando quiere sino cuando puede.

Esta región carecía de vías carreteables, y efectivamente el transporte era marítimo, en champas o motores fuera de borda, por lo regular las llaman aún Johnson. Cada mes arrimaban, por estas costas, tres o cuatro canoas o motoveleros, tales como Santa Rosa, Santa Isabel, Gracia de Dios, o Colombia. Estas sí de un tonelaje de respeto, especial para cargas pesadas.

Había ocasiones en que se esperaba más de una semana y si era de mucha urgencia, debía irse a pie o en bestia y pagar expreso para regresar. Además de pagar quinientos u ochocientos pesos por el viaje y llegar mojado hasta los tuétanos, se llegaba sin carga, o se hundía la lancha. Esos fuertes maretazos al meterse en la chalupa, acababan con la panela, la sal, el azúcar, el arroz, etc., o había que botar la carga, para aligerar el peso. Otras veces, era necesario quedarse, en cualquier playa, hasta que amainara el vendaval.

El mar es de lo más caprichoso. En un momento está como un plato de gelatina, todo calmado. A los pocos minutos, es posible que sea un hervidero, puede presentarse alguna nube "prieta", cargada de

tormenta y de allí, comienza el rebote de los elementos.

El "Conejo" llega todo legañoso y en la comisura de los labios se le veían vestigios de espuma (el efecto del guandolo), las orejas paradas del que gusta escuchar secretos a toda hora y los ojos colorados, como fumador de marihuana... Perdón, por Cone puedo sacar la cara. Este Conejo tiene los ojos colorados por el guandolo.

- Vea compa Ismae, dígame a la negra que tenga paciencia, que la enfermedad de conforme entran no salen, que se acuerde que una vez yo mejmo me desmandé, y duré má de quince día pa'levantarme de la cama. Ahora, al medio día, viene la señora Martina Moya a aplicársela...

Otra vez la misma joda, pensé.

Mira Cone, ustedes conocen sus asuntos. Pero mi concepto es que hagan lo posible y lo lleven a un médico. Si están escasos de dinero, yo les puedo proporcionar algo.

Volví a la oficina, y como a las once y cuarenta y siete minutos, veo que viene Martina Moya Gil, de quien afirman es "escobera" vieja. Algo así como la patrona de las brujas del pueblo. La gente habla mucho, y yo no puedo meter la mano en la candela por ella, porque me suaso. Trae una cantidad de plantas y comienza su saludo de costumbre, no sin antes descalarse el tabaco de su boca todo babiado y ¡chua!, tremendo salivón al suelo.

- Bueno día mi sacariá majestá, cómo amaneció vusté?

- Muy bien mi sacariá y ¿Para qué esa hojarasca que llevas allí?

- Um, ¡carajo!, con el pección suyo, pero a ti te gusta mucho pregunta, ¿Pa'qué quiéres sabe?, si usted, to lo que vive en ciurá no creen sino mérico; y ello lo que hacen e ganarse la plata po naa.

- No, mi sacariá tú sabes que yo siempre he creído en la curación a base de plantas, pero... siéntate... Ajá, ¿Y cómo se llama esta y para qué sirve?

- ¡Ja, ja, ja!, me va a derrotá, pero voy a acaba con tu curiosidá, esta se llama pitamorriá (pitamorrial), tiene una cantidad de virtude, sigve para curá la erisipela, tú coge la flo, la machaca, la hoja ma dura la suasa al rescoddito del fogón, cuando ya comienza a destilá agüita, la riega toa en una hoja de uvita de playa, se le amarra a la persona en la pata procurando mejó sea el amarre con majagua, bueno, la hacen de azuca y levadura. Lo demá é puro fuego, y pa'que tenga buen sabó se le echa aní en grano... Mierda, Isma, a'e pobre Nasario van a tené que aplicársela, no ha podido mejorá.

- Cone, ¿Porque no me aclaras eso de aplicársela?

- Hombre Isma, tú sabe que tu papá fue quien me trajo po'aquí, y yo soy pa'tí como si fuera familia, po'eso lo que tú diga e orden, pero tomate siquiera un patemorroco.
¡Qué carajo!, sirvelo.

Al sinvergüenza, a propósito, se le fue la mano y me sirvió un patte gazza, pero era tal mi curiosidad que lo acepté. Conejo me llevó aparte diciéndome que la gente es muy impropia y a el no le gusta que le interrumpan cuando habla.

- Ya tú sabe lo que e desmandao, de eso no vamo a habla ma. Primero se trata con cosadura y cataplasma de hojas. Si eso no da resultado y el muchacho sigue mal, ya no hay ma remedio sino que ponelo en confesión, si Nasario no quiere decí con cuál mujé se desmandó, vienen la persona ma vieja del pueblo, tale como Valde, la Moya, el viejito Mello, en fin, con e que ma confianza tiene y cuenta. Pero eso sí, ante de decí comienza a llora de la pena y hay que consolalo y referirle cuento y decile que uno ha pasao por ese mejmo trance, en toa forma, el dice quien fue la mujé.

La señora Martina Moya e la persona indicada, así e que Nasario va a tené que contale a la Moya, pero la Moya viene siendo algo así como la confesora y ella a ninguna gente le dice na'sino a la mujé. Bueno a mi me gusta la Moya, porque ella sabe cómo se le entra, ella tiene e palito pa'convencé a la gente. Si la mujé e fácil de entendé y si no tiene miedo, no hay ma remedio, sinó que aceptá ir a curá a Nasario. Entonce la Moya, como conoce a tóo el mundo, se busca de la mujere ma populá y va entrándose una a una.

Con cada una de esa mujere dura en e cuacto como dié minuto.

La mujé que fue se quita la pollerita en presencia de la confesora y de e desmandao.

Acuécdete que ma nadie tiene que está allí ni ve por la rendija, de lo contrario no tiene eferto. La misma mujé se la pone al desmandao o sea a Nasario, preferible que la pollerita esté sucia y sin lava, siquiera con tre día de uso y luego viene la misma mujé en la misma fomma que entraron. Ella se la vueue a poné así sucia y sudá, e decí a lo tre día. Esa e la primera fomma de aplicásela.

Me llamaron a atender la demanda de un indígena de la Vereda de Caimán Nuevo. Regresé bastante tarde. Conejo y otros dormían. Algunos se habían ido a reposar a sus casas. Entré a ver cómo seguía Nasario y lo encontré dormido pero aun ardido de fiebre. Pregunté a la Negra Yerena. Supe que a pesar de haberle aplicado la primera fórmula, continuaba delirando, como no mejorara se lo

llevaba para Turbo.

El mar estaba en calma, no escuchaba ni el rumor de una marea, se veían las gaviotas, como pinceladas de algodón, agitarse en el firmamento. Las golondrinas a millares danzaban alegres mojando sus alas y pechos, el alcatraz no perdía ni media, los Pescadores comenzaban a tirar sus redes, en medio de la algarabía propia de ellos, cuando hay vestigios de una buena pesca.

- ¿Cómo amaneciste compa?

- Hola Coné.

- Mierda Isma, te digo que la pata no son mías, mira cómo la tengo hinchaa. No me puedo quejá, desde que caí a la cama fue un jalón de sueño y apenas me levanto. ¡Mierda!, si ya son como la dié, el sol esta altísimo. Nasario sigue jodio. Se llamó a la mujé pa'que le aplique la otra, y se niega a vení. Yo a la buena soy bueno, pero ¡carajo!, como jodio, soy jodio, no joda, me atrevo a darle soco a lo esguaetao tanto a ella como a toa su descendencia. La vaina e que Martina, aún no ha querido deci quién fue esa maldecía, puta y puñetera, déjala que caiga en mi mano, pa'que vea tú como se trata a esa... Mire, mejo será que me calle la boca.

- Yo creo que es lo mejor Coné, el guandolo te tiene sulfurado y hablando dispartes.

Tuve que regresar a Caimán Nuevo, por los problemas de los colonos con los indios Cunas y debido al fuerte aguacero del día anterior, las bocas estaban crecidas. No tuve otra alternativa sino quedarme, bastante preocupado por la suerte de Nasario.

¿Se había aplicado la segunda fórmula? ¿Acaso la mujer se había negado a colaborar? ¿Sena capaz Conejo de agredirla? Al volver, vi los mismos piperos o guandoleros dándole al ron, desmante de Ramsés y lo primero que hice fue preguntar por Nasario. Algunos bajaron la vista, otros pujaron, hasta que el amigo Valdez dijo:

- Esta vaina anda muy mal, ya no ecta gustando naita, entre pa'que vea.

- Te estábamos esperando, la cuestión esta maluca, va a tené que intecvení como autoridá, voy a habla con esa mujé, si se niega a vení yo te digo e nombre y va a pasa su exhibía, y pa'rematá, la pendejá de la pendejá de la vaina e que esa mujé tiene marío, y como e se de cuenta, bendita ánima de pulgatorio, quien la podrá socorre... Pa remata anoche pasó una lechuza cantando po'e lao de la casa, bueno, pué...

Así que tú como autoridá qué me dice, ¿E digo a esa mujé que si no

viene tú va por ella?

En semejante lío me está metiendo, pensaba yo, mas para seguir la corriente y llegar hasta el fin, di la afirmativa a Moya, no sin antes preguntarle: Y si llamamos a esa mujer, o ella viene por su propia voluntad, ¿Cómo haría para que la gente no se dé cuenta de su culpabilidad?

- Ve Isma, tú e que ere pendejo, yo sé hace bien mi cosa, no ve que entrando poco a poco y sin que naidie se dé cuenta se hace toa la maniobra. De eso me encargo yo, eso sí, si no viene a la buena viene a la mala... Te cuento que Conejo, desde que se levantó, lo primero que hizo fue afila e soco, sin deci ete filo pa'quién e, tu mejmo sabe lo jodio que é él, y pa'rematá el muy condenao tiene toa la razón, ¡carajo!, hasta tú mejmo hiciera lo mejmo.

- Bien, bien mi sacarría cuenta conmigo.

Se vino la Moya encima y me abrazó, poniéndome sus labios tabaqueros en la frente.

- Yo bien lo sabía papito, que por argo tú ere la autoridá aquí.

Las otras mujeres me vieron con ojos agradecidos. Salió la Moya, moviendo sus nalgas como 'pata pisáa de pato', mientras tomaba un patemorroco que me había brindado Tapeyuca, el marido de mi sacarría majestá, Martina Moya Gil, alias la Moya. Horas después, ya a boquita de noche volvió como con nueve "damas", mientras en sus ojos danzaba la malicia o quizá la satisfacción. Al rato, llegaron cuatro damas respetables del pueblo. Las personas respetables del pueblo son los blancos, aunque sean más negros que el carajo. Los blancos o respetables son los adinerados, los antioqueños. En el Totumo, a pesar de ser de Antioquia, sus habitantes dicen que son costeños, así lo afirman la mayoría de los moradores de la Costa de Urabá.

Las personas instruidas, también son respetables y blancas, aun apenas con la primaria. En esa época no había sino dos instruidos: uno, con cuarto de primaria y otra señora, que hablaba un poquito refinado, nunca había tenido estudio. Pero se había criado con antioqueños. También era blanco, el que tenía su tiendecita, dos o tres burros, una chalupa o canoa de vela, un tocadiscos, el que tuviera algunos dientes de oro, reloj, linterna de caperuza, y el que

usara papel higiénico.

Una vez entró Martina Moya con las "damas" y después las blancas, se me pegó el amigo Eugenio Valdez Pareja, alias Vacdó, el personaje del pueblo, intocable, nadie puede coger nada de él sin su permiso, sus animales jamás hacen daño y como se diga algo de él, la cantaleta dura el resto de tus días.

- Te va a da cuenta, presta toa la atención, tú mejmo te va a da cuenta si ere un poquito malicioso quien e la culpable de que Nasario esté desmandao. Ya va a comenzá la romería, el desfile, ahora si que van a aplicásele a Nasario con tóo juicio, si éta vaina no resulta se jodió tabatinga, termina el pobre muchacho po'esporrondingarse.

Las "damas" fueron entrando una a una, saliendo como a los cinco minutos, aunque algunas demoraban mas. Salían, con la mirada airosa. Estas, cabizbajas. Esas, con aire de preocupación, pensativas otras. Luego, pasaron las blancas.

- Entonces Valdez, mientras yo observo por qué no me explicas de una vez, la otra forma de aplicársela.

¡Mierda!, yo sé que esta impaciente, bueno ¡qué carajo!, vamo a explicarte toa esa vaina de una ve... En victa de que a Nasario le apusieron la pollerita por vario tiempo, y aunque estaba sucia y toa suda, no le hizo eferto, entonce no tiene ma remedio la muje que hace esto: viene la mujé y se encuera, e decí se quea toa desnuda. Comienza a pasarse por encima de Nasario desde la punta de lo pie hasta la cabeza, pero eso si, con las pata bien abierta, como pa que el aroma o el menjurje que tiene le penetre en lo poro de la piel y quede bien curao.

Una ve que llega a la cabeza, da la vuelta en cámara lenta y comienza a andá por el brazo derecho y luego al brazo izquierdo. Esta operación por tre vece y a la última ve, al llegar a la cara se echa una agachadita, sin que el fundillo alcance la cara, pero si que quede bien cerquita.

Después la mujé se viste y hecha la muy socata y fresca sale del cuacto.

Francamente, a toda esta explicación yo me remontaba a Nigeria, a

Mozambique, al propio corazón del África, con todas sus brujerías y fetichismos, mientras ponía atención a quién salía, quién entraba.

- Isma, secre... compae Ismae, ¿está viendo lo mismo que yo? Vería, vería, vería cómo sale de sofocá, los ojo tóo reblanquiando...

Te aseguro que esa fué la culpable, ¡esa fue la maldita carajo!, ¡la muy ladina!, y eso que se da pocte de muy buena gente... ¡Ju carajo!, vevdaderamente que e mundo está lleno de perversidá y la vaina, que uno que se dá cuenta tiene que tragásela y no decí ná. Alcancé a ver una mujer blanca, casada y muy respetable en el pueblo. Luego salió otra y por último, Martina Moya Gil sonriente.

- Listo muchachos, ya la vaina pasó, ahora sí que me he ganao mi trago, pero no me vengan con poquitos, yo mínimo quiero un botellón, y este me lo voy a tomá con mi sacariá.

A los compadres, en muchas partes de la Costa Atlántica y del Chocó, se acostumbra saludarlos con la venia o descubrirse diciendo: "Buenos días mi sacariá majestá".

-No tuve ma remedio que amenazadla. La muy zángana quiso rebotarse, pero cuando le dije que te lo iba a decí a ti, se asustó toa que me pidió hasta peccón y que no fuera a decírselo a ninguno... En toa forma, ya pasó tóo, va a vé que, a poquito rato, Nasario comienza a pujá duro...

- Marti, ¿me das un patamorroco de ese que te dio Conejo?

- Hombre compae Ismae, tú sabe que este botellón e tuyo, puede tomarte lo patta e gazza que quiera... ja, ja, ja, ja...!

Empiné la botella, haciendo como si me tomara un tragón, ella toda contenta se tomó otro grande.

- Marti ¿por qué no me dices quien fue la mujer que desmandó a Nasario? Tú bien sabes que yo, como autoridad que soy, no puedo divulgar...

- Vea mi sacariá -, dijo Moya seriota, colocando sus manos en las caderas - Yo a usté lo quiero mucho, lo respeto, soy capa de darle tóo, pero eso yo no se lo puedo decí...

Como a mi se me salga decí., te juro que quedo sala pa'toa la vida. Los menjurje, la pócima, la oracione, y hasta lo pacto que yo haga me salirá malo, como te digo tóo se me sala ahí mejmo, así que no me obligue a que te diga ná...

Oye, oye, ya Nasario ectá pujando. Vamo, acompáñame.

En la sala, mucha gente quería entrar, pero ella tomando la vocearía ordenó:

«- Que no entre nadie ma... Mira tú, negra Yerena, no permita que entre nadie ma.

Vimos a Nasario sentado, con la cabeza descansando en las rodillas, chorriado en sudor, llorando y de vez en cuando pujaba fuertemente. El cuadro que se presentaba daba tristeza.

- Ya mijo, ya mijo, ya pasó tóo, ya te va a aliviá. Párate un ratico, ven que yo te ayudo.

La Moya, tomó a Nasario con delicadeza única, como si se tratara de su madre. Lo ayudó a sentarse en un taburete, le quitó todas esas sábanas, lo dejó en pantaloncillos, Nasario en este estado, parecía un Cristo apaleado.

De un rincón tomó una botella de alcohol y mojó un trapo que se sacó de los senos, comenzó a darle fricción por todo el cuerpo. Nasario se quejaba poquito y la fiebre comenzaba a desaparecer.

-Ya no va a sentí ná, ya tóo va a pasá... Secre dame un tabaco.

Se lo dí, una vez lo prendió se lo caló y siguió friccionando.

- Pon atención a tóo lo que voy a decí, pero procura pará bastante bola ya que te ha victo a bodde de la mucte, pase lo que pase, tú a ninguno tiene que decidle con cuá mujé te desmandaste, ya que la bola se riega y puede que lo llegue a sabé e marío y ahí si que no respondo yo, ahí no vale Alí Babá, ni carajo. En la próxima que te acuecte con una mujé no se te ocurra salí sofocao, é preferible que te encuentre e marío con ella a una nueva desmandá... chuá, chuá, - dio dos escupitazos y continuó su cantaleta. Mañana te puede bañá a la doce en punto y e carzoncillo que tiene puesto lo quemá, con ésta raice que te deajo sobre e baúl. Sacó de uno de los bolsillos

del pollerón una cantidad de hierbas, quien sabe que Mañana temprano después que te absuerba lo huevo, puede comé tóo lo que quiera.

- Mi sacaría, ¿cómo es esa vaina de los huevos?- pregunte inquieto.

- Lo que pasa e que él está tóo débil, así e que se cogen tre huevo fresco, se le raya nuez moscada, se le echa vainilla y se coge un hueso de pavón (pava de monte) e decí un hueso de ala y se da una rayá, tóo eso se bate y cuando ectá tóo batío, se asienta en un taburete sin fondo.

De la misma manera e fondillo ectá tóo abieto, así que siempre que aspire tóo ese revuelto que ectá en la mica (bacinilla) tratá de subí y e fondillo lo va absorbiendo...

Bueno ¡Ya tóo listo!

Martina Moya se sacó el cacho de la boca, lo botó, se limpió con el dorso de la mano izquierda, se cruzó de brazos en la mitad de la sala y sentenció:

- Po'tóo lo conjuro sarga e mal y entre el bien... ¡Anima mía! ¡Anima mía! apiádate de ecte siervo, verlo a él, vecme a mi y a tóo lo que no rodean con ojo de piedá... Cipriano varón bendito ungió po'Cristo, no me quite e podé de secví a tu gente... Jesú María y José. Recen conmigo e padre nuestro tre vece al revé.

Lo rezamos. Al rato Nasario estaba bostezando, nada de fiebre y no sudaba.

Había transcurrido desde que salió la presunta culpable de la desmanda de Nasario, aproximadamente una hora. Nasario ya estaba curado. Antes de despedirse Martina lo abrazó y dándole un beso en la frente le advirtió:

- Papito, estuviste de buena, yo solamente podía sacarte de este trance, ya sabé, que pase lo que pase, a ninguno le va a decí quien fué la puñetera que te desmandó. Si lo hace nunca en tu vida vuelve a cazá... Ya lo oye nunca tú volverá a cazá...

Nasario le agradeció con los ojos aguarapados y los dientes pelados, se le alcanzaba a ver un colmillo de oro, verdoso.

Afuera la gente conversaba y Servio Córdoba se empinaba un patta e gazza: Yo le pregunté a la Moya:

- Mi sacaría, ¿y cuanto cobras tu por esa curación?

- Que voy a cobra...

- ¿Cómo?

- Como lo oye, si me quieren dar algo lo cojo, si no, lo mej'mo da. A mí lo que me queda e la satisfacción de que en ecte contocno, desde Zapata a Churidó, hay solamente una Martina Moya Gil... ja, ja, ja, ja...!

Quedé con el entripado de saber y cuando Martina Moya Gil se despidió de la Negra Yerena, de Chapa, de Conejo y de otros, me le aparecí:

- Mi sacaría, antes de irte, ¿por qué se le echa o se le raya en los huevos que va a absorberse Nasario, hueso de ala de pavón de monte?

- Verdaderamente que tú ectá en tóo... Mira compae Ismae, ¿tú no has oído que en la montaña hay un palo que se llama almendro?. Bueno, ese e uno de lo palo ma duro que existe, tanto que no toa hacha le entra, es de una fruta tan dura que ni con soco, así sea marca Colin, puede partirlo, ni mucho meno con cualquier piedra, e decí que e la fruta ma dura que existe.

- Pero ¿que tiene que ver esa fruta con el ala de pavón?

- Pero e que tu no me ha dejao acabá...

- Esta bien Marti, continúa.

- Bueno, entonce viene e pavón y coge esa fruta, se la mete en el sobaco, e decí debajo del ala y como a lo cuarenta minuto, o quizá veinte, se revienta la fruta y ahí mejmo se la zampa e pavón... Con esa explicaduría, puede suponé que e hueso de ala de pavón e suctancial, la fuerza del hombre entra y sale por el fondillo, lo demá te lo puede imaginá...

Se alejó dejándome como creo se han quedado ustedes. Ya me disponía a partir, cuando apareció Eugenio Valdez Pareja, todo

chapeto (embriagado), echándome los brazos y con aliento a boca de tigre:

- Miedca!, compae Ismae, la vaina e que ecta noche nadie va a docmí, el estrupicio que se va a sentí, va a sé pa'que se recuerde toa la vida...

Esta noche la bruja de tóos lo contorno hacen fiesta, ya que tóo lo día no resulta un desmandao y el caso de Nasario fue duro, fijate que hubo que aplicásela en toa fomma.

- A ustedes sí les gusta poner música a todo, que Brujas ni que pan caliente. Hasta mañana Valdez. Molesto me encaminé a casa. Serían las diez de la mañana, cuando comenzó a llamarme. Aún con los ojos hinchados salí a su encuentro:

- Valdez, tenías toda la razón, no me dejaron dormir, sentí tremendo ruido en el techo de la casa. Eran como lechuzas, peleando con gatos. Carcajadas, chiflidos, rebuznos. En fin, todos los ruidos imaginables. Aunque no lo creas, la cama me la movieron y para colmo de males, siento como si la cabeza no fuera mía.

- Ja, ja, ja, ja, eso te pasa por no cree que hay bruja aquí en el Totumo, lo que pasa e que era muy impropio cuando tú dijiste que no creía en esa cosa, que no creía en bruja, te ectaba oyendo na'meno que Anacleta Rodríguez... (mamita mía, decía para mis adentros, es mirarla, y ya se puede imaginar uno a quien trata o que presencia)-... Ja, ja, ja, ja, continuaba Valdez.

Malhumorado y casi grosero, le dije:

- Yo no veo motivo para tanta risa.

- ¡Que no!, tu no ve, pero yo si... En toa forma no te voy a decí ma ná, pero mirate en un espejo, y se fue en medio de sonoras carcajadas. Busqué un espejo. Tenía el cabello untado de boñiga de vaca. Yo también había tomado parte en la desmandada de Nasario por ser incrédulo.

Casi todos estos personajes están vivitos y coleando, y aunque usted no lo crea, hace apenas tres días el mismo Nasario Yerenas, es decir Nasario esta desmandao, me contó quien lo desmandó...

LA MARCHA DEL CANGREJO

Un día cualquiera hice una visita al Corregimiento de Tié, del Municipio de Turbo, en donde cuento con grandes amistades, entre ellas: Luciano Baldonado, Pedro Angulo, Taberna, Carlina Ramos, su esposo Felipe Arrieta y tantos otros. Felipe Arrieta debe tener algo más de setenta años, viene de una gente buena, honrada y trabajadora, natural de Tuchín, Córdoba, y por ende Chilapo. Su corpachón de más de cien kilos y un metro con noventa centímetros, cabello indio, como todos los de su raza, tez cetrina y nariz ancha, dicen que la tiene regada en la cara, ojos vivos y nítidos.

Come más que el carajo. Según dona Carlina, a quien cariñosamente se le conoce como Carly, su desayuno es: seis plátanos sancochados con cuatro tapas de yuca, una libra de carne, quesito y un litro de café con leche. Sus eructos se escuchan a la distancia. El almuerzo: sancocho con su respectiva toletera (yuca, ñame, plátano, auyama), tres trozos de carne y dos libras de arroz. De sobremesa: dos totumadas de aguadepanela con limón. La cena, para que les contaría, lo cierto es que al llegar la noche, el bartolón (barriga) de nuestro amigo esta soplado me recuerda aquella tonada que pegó mucho: "Ay si las vacas volaran"

Serian las cuatro de la tarde cuando llegue a la población de Tié, a orillas del mar del Golfo de Urabá; salude a la gallada y me encamine a divisar las playas. Al frente se ven las costas del Chocó y unos cerros imponentes cubiertos de vegetación. La mar estaba quieta, de la brisa se escapaba un rumor de figles o quizá de helicones que venían del mas allá. El sol somnoliento extendía los brazos, haciendo que en las aguas se reflejaran policromas sombras de leyenda, como si del aire descendieran sobre ellas las sílfides.

Es verdad que las ciudades nos absorben y nos embotan los sentidos con su aire viciado, con sus chimeneas y su cansancio perenne de rutina. Aquí, allá, se veían saltando los peces, parecía que bailaran una danza enlazados con las sombras. ¿Cuanto tiempo estuve contemplando ese mar, ese cielo? No se, estaba absorto y dentro de mi abstracción alcance a ver que salía toda airosa y escapada una hija de la luna. Una estrella brillante como los ojos de una niña cuando cumple sus quince primaveras, como la flor que en la mañana recibe el primer beso de un fugaz pajarillo.

Ya no era una, eran los hijos que huían también al patio inmenso del firmamento, si, los luceros se escapaban corriendo mientras el sol, descansaba en tálamo perfumado de la madre luna.

Entre tanto, como fantasmas, como ladronzuelos del silencio se veían por las playas escondidos entre los manglares e hiracales, en la maleza, unos seres pequeñitos. Por un instante creí que las silfides habían llamado a las driades y estas presurosas acudían para saturar mis sentidos de paz.

¡Que fantásticos, que extraños! ¿Acaso extraterrestres provenientes de algún ovni misterioso...? Eran unos seres pequeñitos con antenas a cada lado del cuerpo, sus ojos brillantes despedían rayos verde esmeralda y se movían de un lado para otro, el cuerpo trapezoide, redondeado a los lados, caminaban silenciosamente, se paraban, movían las antenas. Pero si eran miles, miles de seres fantásticos. Valgame Dios, en que lío estaba metido por soñador, por romántico...

A lo mejor comenzarían a disparar sus saetas, sus rayos laser. No tuve tiempo de pensar en más, escuche un zumbido bastante cercano y para coímo de males veía una luz interminente roja, azul, amarilla... Ahora, ¿Que va a ser de mí? La cabeza comenzaba a dar vueltas y la piel erizada toda. De un salto brusco me paré y... Ahí mismo comenzaron a salir y correr por todas partes. Me dio pena de mi fugaz pensamiento: ¡Eran tan solo cangrejos!... Eran cangrejos. No hice sino reirme a carcajadas. Escuche a mis espaldas:

- Compa, compa, ¿que le pasa? ¿Se siente mal?

- Eh ¿Por que he de sentirme mal? El amigo me miraba incrédulo.

- Hace rato usted paso y no arrimo a ninguna parte sino que se vino para la playa; en vista de que ya es de noche sali a buscarlo y ahora lo encuentro riendose y hablando solo, como si estuviera toletiao.

- Hombre, tienes razon al creer que estoy loco, si te contara amigo Luciano lo que me sucedio o lo que pense...

Se escuchaba el ruido de un avion que cruzaba el espacio con sus luces intermitentes... ¡Ja, ja, ja, ahora si me rei con mas ganas, mientras Luciano y Felipe Arrieta se miraban aterrados. Tambien se carcajearon una vez les referi la causa de mi susto. Nos encaminamos a casa de Felipe, unos niños desnudos comian

cangrejos con tuco sancochados. Estabamos en plena marcha del cangrejo.

La mujer de Felipe estaba preparando una Tortilla de Cangrejo. Salio a mi encuentro, muy efusiva saludo, limpiandose las manos en el delantal.

- Pero deja al compa que repose y bríndale por el momento una limonada; ojala supieras el susto que se llevo en las playas.

Carlina asombrada con la mirada me interrogo; le conte lo sucedido y todo fue una carcajada. Tendria unos sesenta años y aun conservaba la tersura. Era hermosa, con sus carnes duras, una mata de cabellos que le caia a la cintura, voz de angel y labios sedientos de amor.

La sala estaba inundada de ganas de comer. El aroma de guisados nos hacía alborotar el jugo gastrico y aparecio ella con dos platos de arroz con coco y... ¡Tremenda torta de cangrejo!

Podía pesar como cuatro libras. Al amigo Arrieta se le hincharon los carrillos, la piel de la cara se le puso lucia, sus bigotes de morsa en celo erizados y ordenó:

- Compa, ¡a lo que vinimos!

Escribiendo esto, me saboreo con ustedes. En la costa comemos tantas cosas buenas pero la gente de la ciudad por lo regular no pasa de los fritos y sancochados. Arrieta con sus manazas de gorila comia y comia y hablaba con la bocaza llena. Una vez me sacie pregunte a Carlina y ella...

- Esta torta necesito treinta cangrejos muy gordos, fueron cogidos todas hembras. Se sancochan enteritas una vez son lavadas y cepilladas. Para matarlas, se les dá un golpe en el pecho, se ponen a que destilen el agua, luego que se enfrian se quitan las muelas y las patas tratando de no astillarlas para sacarles la came. La came del pecho se les saca con un tenedor, es decir se espulga para que no quede nada de hueso. En la cáscara o caparazón se ven unos trozos arnarillos, eso es la manteca. Entoces se revuelve con un poquito de maizena, media libra y se amasa. Una libra de tomate, media de cebolla diez ajíes grandes, todo eso lo trituras, cinco dientes de ajo, cuatro hojas de oregano, sal al gusto.

Haces un ripiristrí con todo eso en aceite y cuando este a punto de cocá, revuelves y echas cinco huevos, ahí mismo le echas la came del cangrejo con su harina y revuelves que revuelves. Luego haces una masa con todo y la pones al homo, el resto ya lo sabes...

Y si que lo se. No hay seviche de langostinos, ni camarones, ni mucho menos cazuela de mariscos, que se compare a la torta de cangrejo y eso si se le echa pimenta picante, como lo hizo Felipe Arrieta. Este al terminar fue a la cocina y sacó de una olla ocho cangrejos bien mueluos, los depositó en una palangana al igual que siete tucos verdes sancochados y hágale. Tomó un cangrejo de mas de libra, con su manua lo arropó y con la otra tiró para afuera, en na mano quedo cangrejo con pecho, patas y muelas, y en la otra el cascarón. Se relamía y poniendo el cascaron en la bandeja: - La gente de antes comía el cangrejo como lo hago yo-, y chaz, se mete la muela a la boca y la trituradora, la saca y comienza a espulgar, la misma operacion va haciendo con las patas, al llegar al pecho se lo mete a la boca y succiona, quedando un numero de huesos blancos.

Con su risa sabrosa, cuenta que una vez hizo una apuesta de comerse un espinazo de cerdo tamaño regular con doce tucos sancochados y cuando quizo terminar su contrincante apenas iba en cuatro platanos y la mitad del espinazo... -y le di la gabela que mas de chuparme los huesos guisados, me los mascaba...-. Se reía con su cara regordeta. Luego cogio la cascara del cangrejo con la mano izquierda y le metio el pulgar.

- Esto que vas a ver es la hiel. Efectivamente mostro una vaina negruzca azulosa, una vez botó la hiel, saco otra amarillosa y dijo:

- Esta cangreja estaba engiieva, todo eso es güeva del cangrejo, ahí es donde esta el fósforo, a Carlina no le gusta que yo me coma la giieva del cangrejo, ya que segun ella no la dejo dormir toda la noche. Reia y Carlina lo fulminaba con su hermosa mirada. Felipe Arrieta se llevó nuevamente la cascara a la boca y succiono, se paladeaba.

- Allí esta todo el menjurge, así es como se come el cangrejo de verda, verda. Los hombres de la ciudad gastan la plata en vainas sin gracia, a mi nunca me ha jelledio la boca y nunca ha sabio lo que es dolo de muela, mirala.

Mientras comprobaba la veracidad de una dentadura perfecta,

Carlina lo insultaba y le decía que no fuera tan puerco. Una vez que tomé el tinto me dispuse a marchar.

-Vea compa, esta es su casa, así que es mejor que se quede y mañana temprano se va, ya el último carro pasó hace rato, dijo Carly.

Caí en cuenta que eran las diez de la noche. La cara de Felipe irradiaba felicidad y hasta picardía, entré al cuarto y sacó una botella de ron. -Lo tenía escondido para cuando vinieras, esta noche es nuestra, ahora que estamos en plena marcha del cangrejo-. Nos miramos y esas buenas miradas de aprecio me convencieron. Tomamos el primer traguito de la "pecho hundío" (garrafrón de aguardiente) y ahí sí se le desató la lengua a mi amigo. Aproveché para preguntarle todo lo relacionado con el cangrejo.

- La marcha del cangrejo se inicia con las primeras aguas de invierno y la fecha efectiva para su marcha es el día de la cruz de mayo, comienzan a salir cangrejos de todos los tamaños y colores por todas partes, vienen a desovar de más de cinco kilómetros hacia la playa, comiendo todo lo que encuentran a su paso, arrasan con los sembrados de arroz, de maíz, patillales, corozos y hasta se suben a las casas, en los árboles, es decir, para ellos no hay talanqueras. Hay cangrejos azules, verdeazulosos, blancos como si tuvieran anemia, blancos amarillosos y vino tinto, los hay tan grandes que pesan más de una libra, así mismo se mandan zipote muela que no pueden con ella y tienen que arrastrarse.

A todo esto, trago viene trago va. El amigo Arrieta lo paladea y hace gárgaras, Carly apenas sonríe, nuestras cose un culero.

- Por lo regular esperan los muy ladinos a que saiga el sol, así sea a las últimas horas de la tarde. Tempranito se ven los muchachos y hasta las mujeres con costales y calderetas recogiendo cangrejos. De pronto grita alguien:

¡Ay!, hijueputa sueltame, sueltame hijueputa. La persona con el cangrejo prendido en el dedo sacude que sacude del dolor; de tanto sacudir queda la muela sola prendida, el cangrejo tirado por los aires. El dolor es tan grande que se conjugan las dos muelas. Muela de cangrejo prendido en el dedo y muela del dueño del dedo prendida en la muela del cangrejo. Se siente de pronto crak, crak, crak, hijueputa carajo, hijueputa sueltame...

Unos lloran y otros ríen del infortunio ajeno. Carlina y yo reíamos de la mímica de Felipe.

- Cuando los cangrejos llegan a las playas, se dejan llevar por las olas y quedan lavados (las hembras). En tanto los compañeros (los machos) se quedan esperando su regreso en los arbustos o en los corozales, ahí los coge uno encaramados en el corozo gordos y relucientes, esos son los que a Carlina no le gusta que yo me coma, dizque porque esta muy engüeva, ¡ja ja ja ja!... La hembra tiene la faja del pecho mas ancha y parece que fuera un peluche percurio, esos son los huevos y es tambien más pequeña. La marcha puede durar hasta dos semanas. Siempre la encabeza un cangrejo mamonúo, da tres pasitos pa'lante y otro pa'tra, vira hacia la derecha, da cinco pa'lante y luego hacia la izquierda seguido de todos, en una fila inmensa, la fila a veces se hace en forma horizontal, lo unico que faltaría sería el redoblar de los tambores. Yo me atrevo a creer que los militares copiaron la marcha del cangrejo, vea compa dese usted cuenta y verá que inclusive el cangrejo marcha mejor que los mejmos militares aunque sean ingleses o rusos los muy puñeteros.

- Mientras van marchando van girando sus ojos hacia todos lados, las muelas las llevan estiradas como astas de toro y sacan el pecho como si fueran levantadores de pesas. Caminan sin que nada ni nadie les impida el paso, asi sea una charca, se meten y pa'lante, pueden vivir o convivir con el agua. Hacen su hueco en forma vertical y luego tuercen como formando una ele, les gusta mas la tierra de barro. Si alguna persona los espanta salen corriendo para todos lados, salvese quien pueda, pero si se ven muy acosados se plantan con las muelas de frente tirando zarpazo tras zarpazo y ay de quien agarre, a veces es tanta la rabia, que deja la muela pegada y el se va muy orondito. Cuando pasa el peligro nuevamente se unen y a marchar se dijo. Tratan de no marchar a la pampa sino que buscan los rastrojitos ya que tienen muchas enemistades. La mas encarnizada es la del hombre, que es verdaderamente un depredador, claro que yo no soy tanto, porque los uso es pa'comermelos, ja, ja, ja; la zorra pie de muchacho, el puerco y entre otras cosas, es de película ver un marrano con un cangrejo prendido en la trompa, se oye cue, cue, cueee, el corriendo y el cangrejo prendio. Aunque no lo creas el peor enemigo del cangrejo es el mosquito, el le pica en la coyuntura y ahi mejmo se acalambra, estira la parte picada y aprovechan los mosquitos y tabanos y zuaquite, lo van clavando hasta que le chupan todo el

menjurge.

Arrieta mira a Carlina coser culeros y aprovecha para decirle:

- Oye Carly, como te parece que un día, sembrando patilla me tocó vent una marcha de cangrejos, por pura curiosidad se me dio por esconderme ya que sentía como un zumbido así: Zin, zin, zin, zin, zin, zin...

Ponía la boca como cloaca de gallina, Carly y yo reíamos a más no poder.

- Puedo asegurar que todos esos animales van entonando un himno, ¿sera el himno de la Marcha del Cangrejo?

- Mira Felipe, dejate de tantas ocurrencias que estas aburriendo al compa y se va a dormir temprano.

Todo lo contrario, respondí, estoy muy interesado en esa historia. Aproveché Felipe para ir a la cocina a traer unos platanos sancochados bien retiezos con tres cangrejos y zampa cangrejo y tuco. Arrancó una cáscara, le saco la hiel, luego metio el tuco, lo sangulotio (untó) y tuco revuelto de todo ese menjurje a la bocaza del gorila amigo fue a parar, luego que se zampó todo ese potaje trajo una totumada de agua de tinaja y no mas se sentia truck, truck, truck, bololololo... era el sonido del compae buche que sentia satisfacción al ser empujado ese bolo. Mire a Carly tan hermosa y bondadosa. Sentí compasion de ella al pensar: Carajo, si alguna vez viene mano Felipe con hambruna y no encuentra nada en el fogon, lo mas seguro es que se la zampa con ropa, dedal, aguja y culero... A lo lejos creía escuchar la tonadilla pegajosa: "Ay si las vacas volaran...".

-A propósito el cangrejo se come guisáo, asáo, en sopa, en fricasé, tortilla y en arroz. El arroz de cangrejo se hace bueno es con coco. Si vamos a hacer un kilo de arroz, le echamos doce cangrejos bien lavados, les quitamos las uñitas y los sacamos del cascarón. Cogemos un coco grande y que tenga bastante canto (pulpa), se raya, luego se le saca el zumo, dos tazas por una de arroz, claro está que para que largue el zumo se le va echando agua, se pone a hervir la leche del coco con los cangrejos desmenuzados. El pecho se parte en dos, adherido cada uno a sus patas y muelas. Se le

mete el dedo para sacar del cascarrón la hiel, y con cuidado se le va echando la manteca o güeva, y hierve que hierve a punta de palote, una vez ya está bien hervido se le echa el arroz lavado y ahí sí que hay que palotearlo hasta que se seque, luego lo tapas con vijao o con hoja de plátano. Le pones la tapa con dos piedras encima para que no se le salga el vapor, cuando ya está, no puedes aguantar el olor de sabrosura y al destaparlo, una media hora después, ¡ay carajo!, se ve ese arroz amarillito y así es como el que no conoce, se da cuenta que las cangrejas estaban todas engüevadas. Carly y yo hacemos un kilito de arroz solamente pa' la cena...

Se reía y relamía, en tanto ella comentaba, que él solo se comía libra y media además de plátanos y carne.

- Y te advierto que si no haces así como te digo, el arroz te queda aguao ya que tiene su misterio. Pero eso no es naa, esperate y verá todo el misterio en la cogia.

Me recosté y me preparé mejor para escuchar lo que se avecinaba.

- El cangrejo tiene varias formas de cogerse; en la marcha o a la pampa, chuziao, tapao, y cangrejo de bejuco, por lo regular cuando pasa la marcha y se escasean. Puede uno desde lejos chuzarlo como si se tratara de arpon. Cuando se sabe que el cangrejo está en el hueco, se hace un burujo (lio) con hojas de lo que encuentre y taponan el hueco, al día siguiente amanece al pie de la boca asfixiao. Si es braciao, se va metiendo la mano encongola (abierta como en forma de cuchara) el cangrejo al sentir la presencia va reculando hasta llegar a la pared, de pronto agarra el dedo y uno tiene que hacerse el maricon y aguantar el dolor, él, al sentir que la mano se queda quieta, afloja y uno comienza a hacerle cosquillas en el pecho con el meñique, de la sabrosura, se mete en la mano y uno lo va sacando poco a poco hasta que llega a la orilla. Muchas veces en el hueco del cangrejo en vez de él, se encuentran zorras y hasta culebras, pero cuando uno es vaquiano, sabe si el cangrejo está dentro.

- ¿Y como se da uno cuenta de que el cangrejo está dentro?

- Sabía que me lo preguntarías. Al borde del hoyo está una mosquita azul y ella al ver la maniobra, en vez de volar se va pa'dentro, esa es la compañera del cangrejo. Yo también sé si el cangrejo es hembra o macho...

- ¿Cómo?

- Al borde del hoyo se ve la cagada, si los mojoncitos son corticos y gorditos son de hembra, si son largos y flacos, son de macho.

Carlina lo fulmina con la mirada y nosotros nos toteamos de pura risa.

- Tambien se si el cangrejo que esta en el hueco es zurdo, es decir si te muerde con las dos muelas, ya que estos tiran con las dos al mejmo tiempo.

- Mi amigo es una biblia sobre el cangrejo, pensé.

- Cuando se va a bejuquiá, ese dia no puede uno está con la mujé, y si ella está preñá hay que dormir aparte, porque el marisco de ella (humor) es contrario. El bejuco se encuentra en montanas de lomas, como en Pueblo Nuevo, el cerro del Yoky, y otros lugares parecidos. Ese día trata uno de no llevá pantaloncillos; al encontrar el bejuco, se sienta un poco retirado y espera hasta una vez haya reposado, se santigua y dice: "Con Dio, Jesu y Maria, ayúdame y líbrame del mal".

Ahi mejmo le tira el machetazo al bejuco, no en forma recta sino atravesada de arriba pa'bajo, y en e otro extreme, no al pie, sino a dos o mas cuartas, de abajo pa'arriba. El bejuco ahi mejmo comienza a llorar, uno deja que lllore hasta que se canse y ahi se sacan tuquitos (trozos). Si el bejuco no llora, es que no sirve, o tú no estás en condicion. No todo el mundo es bueno para bejuquiá. Ese bejuco está custodiado de misterio, tal es, que muchas veces mientras se descansa y cuando uno lo va a mocha, ya el no está. Se mantiene escondido con otros bejucos y camuflado en la hojarasca, es de color café ceniciento y hasta verrugoso.

Una vez que el bejuco se escurre, se pica como la caña, pero bien menudito y se pila en el pilón, cuando está bien pilao se revuelve con coco o platano, es preferible el güevo de burro (un banano morado) porque es mas carnosos y oloroso, se pone en la tardecita en las bocas de las cuevas de los cangrejos y al dia siguiente amanecen muelto o intoxicado. Cuando se está pilando, no debe de haber mujer con luna ni preñá, de lo contrario el bejuco no tiene eferto. Carajo, la mujé cuando está aluná, conforme sirva pa' lo bueno, sirve pa' lo malo...

Carlina lo miro airada y este se abstuvo de continuar sus conocimientos sobre la mujé aluná, pero me hizo señas que cualquier día me contaría.

Felipe arrieta es un verdadero naturalista, comico y buena persona. Nos tomamos varios tragos, pero al ver a Carly cabeceando dije que me iba a acostar. Ya me estaba cogiendo el sueño cuando escuche un ruido en la cocina, era Felipe que estaba tracuteando.

Al día siguiente muy temprano me fui caminando con la fresca. Carlina y Felipe quedaron disgustados por no esperar el desayuno; habría caminando dos kilometros cuando Felipe me alcanzó. - Resolví acompañarte ya que voy al pueblo a comprar la zarapa (provisión)-. No se cual de los dos se puso mas contento:

Por toda la carretera encontramos gente cogiendo cangrejos, burros cargados, pelaitos, pelaitas y hasta viejos, toda esa gente iba a darse su comilona de "pollos sin plumas"; gente del Yoky, Cenizosa, Machena, Moncholo, La Deseada Arriba, La Deseada Abajo, Mono Macho, Zumba Parao, Caga Junto, Muela Quieta, Ampe, Zapato en Mano, Pueblo Mondongo, Morro Pancho. Estaban todas las veredas cangrejeando. En casa supe que había muerto una de las matronas de mi pueblo de El Totumo, que queda en todo el centro del Golfo de Uraba, rodeado de playas de encanto.

La senora era madre de un compañero y tendría mas o menos noventa y ocho años, aún fumaba su tabaco calao y en las mañanas varitiaba (pescar con varita en la orilla de la playa) pero por muy durita y muy erguida que estuviera murió y punto.

El entierro sería como a las cuatro de la tarde. Era medio día y atendi al amigo Felipe con almuerzo. Luego nos encaminamos a casa de la muerta, quien vivía a las afueras del poblado por un sitio conocido como Machin. La muerta se llamaba Clementina, cariñosamente le decían Mana Cleme.

Todo el pueblo estaba reunido. Al verme mi compadre Coco Ñato, nunca le supe el nombre, aquí uno se acostumbra a conocerlos por apodo y no averigua como se llaman de verda verda, salio a mi encuentro y me dijo con los ojos enguarapados y retumbante de ñeque (ron casero) -Ay compa se fue, nos dejo Mana Cleme-, le di tres golpecitos en la espalda y respondí -Compa Coco ñato, de gracias a Dios que lo acompañó por tanto tiempo. El se limpió los

ojos con el dorso de la mano y... -Eso es lo que se quiere-

En una enramada se encontraban los amigos entristecidos y tragando ñeque, Enrique Linan, Ismael Meza, Ranci, Gabriel, Emerito, Eliecer. Saludé y me invitaron a uno, yo no quería pero, aja, chungulun y zuáquiti, trago pa' dentro... Al lado sentí olor a esperma y me encaminé a donde se velaba a Mana Cleme, me santigüe y en ese momento salió la hija, Rupertina, con unos parches de cariaña en cada lado de oreja, espelucada y vestida toda de negro.

- Ay compa, se murió, se murió su comáe Cleme, usted que tanto la quería, usted que siempre le traía el tabaco. Usted que le daba sus chivitos (platica) ¡ay! Compa, me dejó, me dejó, me dejó...

Y cayó en mis brazos como desvanecida con un temblor en el pecho y los ojos saltones. Yo la abracé y todas las mujeres se vinieron a recoger la desmayada. La impresion fue muy grande; cuando eso sucede, es muestra del aprecio que le tienen a uno y tambien que el doliente sabe llorar su muerto.

Se la llevaron para el cuarto y le empaparon la cabeza de alcohol. Yo muy compungido salí enseguida, Alirio Cuesta me esperaba con un trago de ñeque, observaba, y a mi me dió pena, que ni siquiera se me asomo una lágrima, fue el día que mas desee tener una cajita de mentolín.

La mirada de los amigos daba a entender que yo era hombre fuerte, ya que con semejante episodio no revente en llanto y apretaba las mandíbulas en señal de dolor, ni siquiera hablaba. Cuando me iba a sentar, sentí que lo que fué cayó en los pies del amigo Toyota, quien dijo, al ver que lo que cayó salio corriendo: _Miralo carajo, en todas partes estan los puñeteros cangrejos-. La risa sirvió de pañuelo a la tristeza y con ella se dispó la tension del dolor.

Es costumbre reirse, los hombres afuera y las mujeres adentro, juegan domino, refieren chistes, y hacen sancocho en la noche despues del entierro. Felipe Arrieta, me mostró un palo de coco muy alto: -Mire compa, de ese palo de coco fue que cayó el cangrejo en los pies de Toyota-. Y dijo: Alirio: _Parece que van a reza-. Nos paramos y suspendimos el ñeque y el lereleo (charla).

Rezaron el rosario completo y echaron a bordo a todos los santos,

Anacleto, Timoteo, Sinforocio, Hermogenes...

Carajo pa'esa santería de los pueblos. En vista del paso del tiempo pregunte:

-Y ¿a que hora es el entierro?

- Se habia aplazáo para las diez de la mañana, pero farta Inocencio, el hijo mayo que ectá po'lo lao de Capucganá.

Contestó Cristo de lata. Así como tiene el sobrenombre, así es él. Mire el reloj y eran ya las cuatro y media, cuando sentí un estrupicio y un gentío salió al encuentro del alguien.

-Llegó, llegó, llegó, llegó Inocencio- ¡Mierda!, se formó el merequetengue- dijo el amigo Ismael Meza.

La privada, la que se desmayó se levantó y arrodillándose y besándole las manos gritaba:

-¡Ay! Ino, se nos fué, se nos fué, ya no va a pescá má, ya no tengo quien me saque la bacinilla temprano, a quien, ¿A quien le voy a encendé el tabaco? ¿A quien le voy a lavá lo trapito? ¿A quien, a quien?

Otra vez cayó desmayada con estertores y saliva espesa por la boca... Mierda, esa hija si que quería a su mamá... La entraron y comenzaron a untarle alcohol. Inocencio con los ojos rojos y su impecable pantalon de dril blanco, salió rato despues a que le dieramos el pésame. Se le dieron tres golpes en la espalda y se le dijo, -Te acompaño en tu doló-. El sinvergüenza de Alirio le dió un trago de ñeque.

-Coge pa'que amoctigiie el doló-, este lo acepto y zuáquiti al galillo fue a dar. Ya algo reposado, refiere Inocencio que el presentía la muerte de su mamá, porque le salio el "Zancajo de la noche" hace tres días y ayer le movieron la cama... Todos los ojos a él y oído parado. Felipe le pidió que refiriera lo ocurrido y no se hizo rogar.

- Yo trabajo en una bananera de Apartadó y hace tres días, era domingo, vine al campamento tóo chambraniao de trago, cuando me faltan como trescientos metros pa' llegá, siento como si alguien me siguiera y un olo a tabaco, me dio miedo y apresuré el paso,

pero el oló era ma penetrante. Me metí un poquito pa'l monte y me dió allí mejmo gana de cagá, estando cagando vi un tabaco prendio pero sin quien fumaba, apenas se veia un sombrero grande y el tabaco echaba candela y humo, yo sin limpiarme salí corriendo y cuando quise llegá ya ectaba el 'Zancajo de la noche' esperandome en la puerta de la casa. Tóo el mundo ectaba dormío en sus hamacas y el campamento en silencio, yo gritaba y gritaba y los perros ladraban. Me tapé los ojo con las manos y el oló inundaba el aire. Recé y me persigné como diez vece.

Al ver que no oía ma ruido y no salía oló de tabaco abueitie pa' ese lao y vi un sombrero, losajo como candela, el tizon del tabaco y el sombrero blanco...

Unas carcajadas como del diablo y olor a cachimba pero muy fuecte, creo que del miedo me privé y al dia siguiente mis compañeros me recogieron en el pretil del campamento. Les refen lo que paso y ellos decían que era la borrachera que me habia hecho ve visione.

Ayer como a las doce acababa de domíme, cuando senti un carraspeo, miré a todas partes y la gente docmía, y cuando ectaba entre sueño me rodaron la cama y oló a tabaco, ahí mejmo se me vino a la memoria mi mamá y...

Revienta en llanto Inocencio con verdadero sentimiento y gipeo. Nos ablandó el corazon a todos y los ojos se nos aguaraparon. Rato despues, camino al cementerio, sentimos: cuee cuee, una flacuchenta e inmensa marrana con un cangrejo prendido en la jeta, en tanto sus hijos, cuatro cochinitos, se zampaban cangrejos, abrian las fauces y cangrejo ventiao con patas, muelas cascarras y menjurjes...

Ya vamos a enterrar a la difunta cuando la hija del espectáculo dice:

- Déjenme ve, déjenmela ve otra ve ay hombre, ¡ay hombre!

Afortunadamente la tapa era de vidrio y la cara chupadita de Mana Cleme dio la vista al quitarsele las flores.

Todo el mundo pendiente:

-Mami mírame, me ecta oyendo! dile a mi papá que no te

desampare, yo aquí te traeré tóo los días lo tabaco y...

Un alarido se desgarró del alma, cayó privada. La recogieron, la apartaron, todo el mundo llora. Metieron el ataúd en la bóveda y cuando van a sellarla, alguien dice:

- Un momento, no tapen todavía que la enterraron arrevé, lo pie e pa el lao de la playa...

- Vecda e-, intervino otro.

Sacan la muerta otra vez y cuando van a dar la vuelta al cajón, cae en medio del estrupicio partiéndose la tapa del vidrio. Estampida y la gente corra y corría mientras gritaban: -¡Ectá viva, ectá viva!, la muerta se mueve...-El eco hería los espacios, el pánico fue colectivo, pero entre el miedo hay alguien arrestado y ese alguien fue el amigo Felipe Arrieta, quien se hizo cargo del féretro. Vió que la camisa de la muerta se movía como si una de las manos se fuera a levantar. Felipe esmamonó los ojos y ya iba a correr cuando se escapó un sollozo de rabia:

-¡Hijueputa!, en todos lados están...

Un señor Cangrejo salía de la camisa de la muerta...

HISTORIA DEL CERRO DEL AGUILA

Jóvenes, poseedores de imaginación que no se ha tornado mohosa y opaca, siempre tienden a estar metidos en las reuniones de los grandes, de los ancianos, de los abuelos.

Por esa infantil curiosidad en los años de niño, tuve la osadía de escurrirme en una tertulia de gente mayor, alcanzando a escuchar que uno de esos abuelos decía:

- Los tiempos cambian. Ahora, cualquier chalupa cruza frente al Cerro del Aguila, sin tener en cuenta la hora, la luna, ni mucho menos el mar. Recuerdo, carajo, que antes, cuando salíamos de Cartagena, era igualito ni ma ni meno, que cuando ese Colón, del que nos habla la historia, salió de Puerto de Palos de Mogue. ¿Cuanto año hara? Deben ser ma de un poco. Yo tengo ochenta y siete y no estaba ni por nacé.

En ese entonces nuestra mujere, nuestro hijo y todo lo de la familia, se apilonaban para verno partí. Nos dolía en el alma verlo llorá y darno consejo: "Que regresaramo pronto, que no olvidaramo a lo que se quedaban aca tóo mactirizao, que en una esquina de la petaquilla estaba el hilo y la aguja pa'remendá la ropa, que en la mochila habia suficiente tabaco y que no fuéramo a dejá que al bollo de yuca le saliera lama".

Nos abrazábamos y tóo comenzábamo a llorá, como si el mar nos fuera a tragá. Mierda, en eso viajé yo, pasé las de San Quintín. Te digo compa Genaro que esa condenada travesía marina duraban mese, pero borujos de mese. Cómo te parece que un viaje que hicimo a Acandí, duró siete mese. Ya toa la gente no había dao por pecdío. El pasao no se puede compará con el presente. Ahora, las puñeteras canoas, en un abrí y cerrá de ojo, ya estan de regreso.

En mi tiempo, uno sabía cuándo salía, ma no cuándo regresaba. Claro que ante no existian esa máquina que trabajan, dizque con petrolio. Bueno, a pesa de too, lo viento y la brisa antes eran ma fuecte. Los tiempos cambian, compa Genaro.

Concluyó mano Ruperto, el anciano que estuviera hilvanando recuerdos y tejiendo historias. Mano Ruperto había sido un boga de esos que salen triunfantes, de cualquier enfrentamiento con las circunstancias de un viaje marítimo, sin importar que el "buen

tiempo y buena mar", fueran solo deseos no cumplidos. Nuestro boga, con sus ochenta y siete años, mientras sacaba de sus labios un tabaco apagado y nos hacia escuchar el golpe seco de un salvón, recopilaba sus memorias, para continuar:

-Mejo hablá de cosa agradable. A mí me tocó pasá mil vece por el Atrato, Mierda, era delicioso ve cómo se hinchaban la vela cuando soplab a babó. Puedo jurá que la canoa llamaa Joven Antioquia, no tendría que envidia a cualquiera de la máquina de hoy en día. Claro, en ese entonce, toda la canoa eran de vela y uno tenía que esperá que la puñetera brisa soplara o que el mejmo Dio ayudara.

-Cuánto problema habia. Cuanto pa'ganá el pan de cada día. El arró, el plátano y toa la comía, eran difícile de conseguí. Había que envejecé lidiando la ma pa podé decí que se era marino. Ahora, cualquier culicagao ya se dice capitán. ¿Habráse visto semejante insolencia?

La concurrencia reía, mientras apuraba, cada uno, su trago de "Gordo Lobo", ron de la licorera de Bolivar.

Un anciano que aparentaba más de 100 años, con la barba blanca como mota de guama, tomó la palabra:

- Bueno, ya todo el mundo ha hablado, ahora me toca a mí.

- Sí senó, aqui uste tiene derecho a hablá. Ejto e democracia. Puede toma la palabra, Capitan Pepe-. Autorizo el compadre Genaro.

Reparaba en él. Tenía el ojo izquierdo tapado con un parche negro y una cicatriz enorme que nacía en la frente y terminaba en la barbilla. Lucía una boina roja que, al contrastar con su barba blanca, resaltaba los defectos del rostro. Daba miedo mirarlo. De pura vaina no salí corriendo. Permanecí en mi escondite.

- Yo, el Capitan Pepe, como ustedes me llaman, si que puedo hablar de la mar. No en vano, tengo ciento siete años viviendo aquí, pues a pesar de que nací en Cádiz, España, como mis padres me trajeron cuando apenas tenía seis meses, siento que mi patria y mi cuna es Bocachica, el puerto y la puerta de la redencion en Colombia.

Escuchaba muerto de miedo. Me temblaron las piernas, perdí el equilibrio y caí. Los perros, que estaban echados en un rincón armaron con sus ladridos un alboroto. Todas las miradas de los viejitos se dirigieron hacia mí. Me sorprendió que no se enojaran y que celebraran con risotadas la travesura.

- E1 chamaco, el nieto de Manolo. A ejte muchachito le gusta escucha escondío, cuando lo grande están charlando, pa despué contarle a lo amigo lo que oye.

Dijo con benevolencia el compadre Genaro, mientras yo lloraba de susto y vergüenza. Luego sentí que alguien me agarraba y con voz gangosa, pero tierna decía:

- Ven, sientate aquí, al lado mio, no le hagas caso a esos viejitos caducos. Puedes oír los cuentos. Pero tienes que estar quietico y calladito.

Levanté los ojos y vi que el ojo destapado del Capitán Pepe manaba bondad. Me atreví a sonreír y, qué raro, no tenía miedo. Mis sentimientos eran casi tan cariñosos, como los de un nieto por su abuelo. Después de sentarme a su lado, el Capitán Pepe siguió su relato:

- Hace noventa y cinco años, en el mes de mayo, un domingo a las tres de la tarde, en lo que antaño se llamaba La Deliciosa y ahora es el puerto de las lanchas de turismo que salen para Bocachica, estaban mi mamá, mis tios, mis catorce hermanos y muchos amigos. En total, éramos más de cien personas. Todos querían despedirse de mi papá y de mí. Salíamos mar adentro, hacia el occidente, con destino a Necoclí y teníamos que pasar por el muy respetado y temido Cerro del Aguila. Además, el motivo de la presencia de tantos, era ver zarpar a la Burra, una canoa de propiedad de mi padre Pedro Heredia. Esta hacía su primer viaje y era el día de su bautismo. La Burra había sido construida por mi padre en Bocachica.

Era un excelente armador y un maravilloso padre. Lo que sé, todo se lo debo a él, ya que después de que cumplí once años jamás me dejó en la casa. Siempre me llevó a todos sus viajes. Decía que el mar tiene tantos secretos y misterios que toda una vida, ni aun viviendo más de cien años, alcanza para conocerlo. Ustedes saben que soy más que centenario.

Sin embargo, aún no he entendido las rabietas, ni comprendido el carácter del mar.

Ese domingo de mayo, soltamos amarras y salimos de la Bahía de las Ánimas. Las velas se hincharon. La canoa avanzó, serena y rápidamente. Atrás quedaron los pañuelos blancos de familiares y amigos. La cúpula de la iglesia de San Pedro Claver se escondía en el horizonte que dejábamos a nuestras espaldas, Cartagena quedó definitivamente atrás. Yo sentado, muy formalito, miraba entrar y salir del puerto las fragatas. Llegamos a Bocachica, como a las cuatro y media de la tarde. Allá en Remedía Pobre (Waffe) el gentío vibraba de emoción al ver navegar la barca de cuya construcción fueron testigos.

Recuerdo, evocando ese día del primer viaje de la Burra, a los Ávila, Fortich, Herrera, Caraballo, Castro. En fin, a todos los bocachiqueros. Esa noche fue de parranda, todo el pueblo estuvo contento. El profesor Dámaso, el mono Castro, Guillermo Silva, Heriberto Ramírez, Máximo Porto, Aquiles Vásquez, Joa, Lala, Joaquín, Ildefonso y Marcial Rales, bebieron hasta estar bien borrachos. Serían más o menos las cinco de la mañana, cuando la canoa salió de Bocachica a cumplir su itinerario. La mar estaba transparente. En el fondo se alcanzaban a ver los bancos de coral, peces de colores nadaban inquietos, sintiendo nuestra presencia. Llegamos a las Islas del Rosario. Aunque era temprano, nos quedamos a dormir con el propósito de bucear al día siguiente.

- Capi, tómele otro traguito-, dijo el compadre Genaro, mientras el narrador de turno aprovechaba para prender el tabaco, que se había apagado desde el comienzo de la narración. Ya encendido, el Capi, continúa:

- Al otro día, cuando me levanté, vi sobre la cubierta de la canoa una cantidad de caracoles inmensos. La mayoría, eran rosado encendido tirando a rojo púrpura, de un nácar sin igual. A esos caracoles, los llaman caracol palero y son, en su especie, los más grandes que se dan por estas costas. Su carne es deliciosa, se come asada, sancochada con sal, guisado con coco, en fin, como uno quiera. Se dice que es un alimento afrodisíaco, de tal suerte que cuando el marinero baja a puerto... No sé si eso tendrá que ver con "en cada puerto un amor".

Alcanzamos a bucear riscos, estrellas, palmas, corales y mil vainas más. Se me olvidó decirles que en la canoa, venía más gente; además de los marinos, llevaban algo así como siete pasajeros y entre ellos una señora que es como la reliquia de la región de Urabá. Nada menos que Ana Lan, creo que debe estar viviendo allá en Zapata, donde el inspector lanzó un decreto para que mataran media vaca, ya que una vaca entera no se vendía y el pueblo estaba pasando necesidades de liga. Seguimos el curso del viaje y todo, a las mil maravillas. Cielo azul, sol radiante, olas espumosas.

De pronto, al pasar por el pueblo de Mulatos, cerca del Cerro del Águila, la mar se fue hinchando y comenzó a vomitar olas inmensas, como ciclopes furiosos, mordidos por lobo con hidrofobia. La brisa agitaba las palmas de coco. Hasta los manglares danzaban airados, con el loco frenesí de los elementos. La canoa brincaba, como potranco, desbocado al recibir su primer jinete. El cielo, que hacía pocos instantes era azul, cedió su color al crespón de la noche. Nubes negras como culo de diabla chocoana, danzaban en el firmamento.

Los pasajeros, por el vaivén de la canoa al ser golpeada por las olas, vomitaban, algunos rezaban. Los marinos corrían, de un lado para otro. El capitán, aferrado a la caña del timón, trataba de enderezar la canoa. Esta, azotada por la furia del mar, metía la proa a la vorágine de las aguas. Las fauces del epiléptico mar, querían llevársela a las profundidades para jamás dejarla emerger. De pronto, del Cerro del Águila salió un chispazo. Un trueno repercutió a todo lo ancho del Golfo de Urabá. Una nube grande, negra, se acercaba como queriéndose tragar la canoa. -Virgen Santísima-, decía Ana Lan. De esta, no nos vamos a escapar.

-Dios te salve maría...-, comenzó a rezar, en tanto que algunos le acompañaban en coro. A todo esto, la canoa dio un vuelco y hundió la proa en las aguas inundando la popa. Alcancé a escuchar un grito, creo que fue de Chago, un viejo lobo de mar, compañero de mi padre, que decía: -Carajo!, carajo!, carajo!, que nos va a hundir- Creen los marineros que al insultar, gritar o echarle tres carajos a todo pulmón a las mareas fuertes, estas se asustan, se retiran y se aplacan. Pero nada, las olas no se aplacaban, la nube prieta, se acercaba más y más. El viento rugía con fuerza y las velas se volvieron ripio. Hasta el mástil no aguantó su empuje y se vino abajo. Por suerte no atropelló a ninguno de los pasajeros,

pero logró herirme a mí. Esta es la huella que me dejó el paso por el Cerro del Águila...

Se quitó el vendaje del ojo, dejando ver una cuenca vacía que afeaba más, esa cicatriz que cruzaba su cara.

- Mi papá, al ver chorrear la sangre le pidió a Ana Lan, que me atendiera, que tenía solo un rasguño. Yo sé que dijo esto, para darme coraje. Pero en su semblante comprendí el dolor inmenso que sentía, al verme en semejante estado. Toda mi fortaleza, experiencia o dureza y, por qué no decir, años, se los debo a mi padre.

- Pásame otro traguito.

Se lo bebió de un sorbo. Le dio varias chupadas a su tabaco. Ninguno de los contertulios interrumpía. Prosiguió...

- Bueno, la canoa seguía dando bandazos y la nube, para encima. Realmente no había nada que hacer, y no dejé que me curara Ana Lan, sino que me pusiera una venda. Ella rasgó su enagua y me amarró la cabeza, para luego caer desvanecida, al ver que de mis ojos salía sangre, con una materia viscosa. Yo no podía imaginar que mi ojo se encontraba vaciado.

Crujió, nuevamente la canoa y cayó otro mástil, afortunadamente al agua. Fue cuando, no sé de qué parte, salió un pasajero pequeño y delgado, de piel blanca, conocido con el nombre de Jerónimo González, alias 'Mientras Pica'.

Se desnudó rápidamente, se puso el pantaloncillo al revés. Sus dos manos las abrió en cruz, se hincó de rodillas y dijo a todo pulmón: "Yo te conjuro águila del infierno. Vuelve al seno de tu padre el beliatan y humíllate como se humilló Cristo en la cruz, vientos y mares serénense como cuando Cristo camino sobre las aguas, en medio de la tempestad, afuera, águilas del averno"...

Se fue parando poco a poco. Tiró un salivón hacia la nuble negra. Se arrancó tres pelos de la barba, tirándolos a las aguas, terminando por rezar sabrá Dios qué clase de oración... Se sintió un estampido de animales desbocados y un grito que nos puso los pelos de punta a todos. La canoa dió tres bandazos, casi queda hundida en la última sacudida.

La nube se fue alejando. El viento aflojó su intensidad. Nos envolvió la oscuridad, no veíamos nada. Una fuerte lluvia azotaba y esperábamos, de un momento a otro, estrellarnos contra una de esas rocas que como centinelas celosos, custodian la entrada del Golfo de Urabá.

Parece que algún pirata, enamorado de una india urabaense, o quizá por haber enterrado un codiciado tesoro, dejó en el bajo de Caribana, con sus cientos de rocas inmensas e indolentes, un centinela fantasma, para que no dejara entrar ni salir ningún barco. Yo no alcanzaba a llorar, no era dolor, pero mi corazón parecía que iba a reventar. Las piernas me temblaban. Ninguno hablaba, apenas se escuchaba el palpar de los corazones y una que otra persona, haciendo fuerza para vomitar. Todos en sus puestos, que nadie se mueva de donde esté, dijo, con voz de trueno Jerónimo Gonzalez, alias 'Mientras Pica'. ¿.Que hora sería? Hasta habíamos perdido la noción del tiempo. De acuerdo con la oscuridad que reinaba, deberían ser, más o menos, las ocho de la noche. De pronto, allá por donde se había perdido la nube negra, retumbaron mil truenos y un chisporroteo iluminó el cielo, como fuegos pirotécnicos en camavales de Río de Janeiro.

Poco a poco, las aguas se fueron tranquilizando. No se escuchaba el ulular del viento, todo quedó en calma. El sol brillaba nuevamente. En el mar, se contemplaban los peces nadando y las gaviotas se lanzaban a las aguas, en pos de una sardinilla... Ya todo había pasado. Sin pronunciar palabra, las miradas se dirigían, a Mientras Pica. Este indiferente, fumaba su pipa, dando chupada tras chupada...

Mi padre se encaminó hacia donde yo estaba. Me examinó la herida, vi que sus ojos se dilataban. Las ventanas de la nariz se movían y su pecho se agitaba. Me dió unas palmaditas en la cabeza y me dijo: "Acuéstate, ya todo pasó, cuando lleguemos a Necoclí, te curará el médico"... Salió, sin mirar hacia atrás. Me asomé y vi que se dirigía a un lado de la canoa y lloraba, luego se secó las lágrimas y comenzó a dar órdenes a los marines, haciendo inventario de las pérdidas del vendaval.

Hacia rato que la canoa había pasado el Cerro del Águila y estaba llegando a Río Negro, a la ensenada. Los mástiles de la canoa se habían quebrado, las velas en su totalidad, se habían roto. Tres tanques con petróleo se habían ido al mar y, peor desgracia, el Koky

o cocinero se había extraviado. El Cerro del Águila había cobrado otra víctima. Tripulación y pasajeros, de rodillas, musitaron plegarias encabezados por Ana Lan, quien no dejaba de mirarme. Jerónimo González, alias Mientras Pica, salió de su mutismo:

- Es bueno que todos ustedes sepan que esa nube negra que alcanzaron a ver, no era ninguna nube. Era nada menos que un águila. Sí, de esas mismas águilas que habitaban en el cerro. De allí el nombre. No alcanzaron a distinguirla, por la velocidad con que venía. Con el batir de sus alas, agitaba las aguas hasta formar el oleaje e impulsaba el viento tan fuertemente, que partió los mastiles. Si bajáramos a la playa veríamos cuantas palmas de coco y otros árboles se encuentran quebrados y barridos. Tal es la intensidad del batir de alas de ese animal. Para derrotarlo, tuve que apelar al último recurso, porque no habiendo otro remedio... ustedes me entienden ¿verdad?

"Yo te entiendo", intervino Ana Lan, "a mí me han contado que la única forma de desencantar esos animales cuando se nos vienen encima, es hacer que una mujer señorita, que nunca en su vida haya conocido macho, es decir una mujer virgen..." "-Si, si, ya veo que está bien informada, -interrumpió impaciente "Mientras Pica". Lo que pasa es que esos son animales del mejmo satanas todo el mundo sabe que satanas le tiene miedo a lo puro, por eso es que una mujer señorita, que jamas haya probado macho, puede desencantarlo. La mujer virgen cuando vea venir el animal, o sea esa mentá águila, se para en la proa de la canoa, se desnuda, hace la cruz con las dos manos, dice una oración de Notra Damus, escupe la mar, se quita tres pestañas de cada ojo y las lanza al aire, en dirección de águila y reza el credo o el Ave María; apenas termina de decir esa vaina, se ve un chisporrotón, se oyen truenos ensordecedores, la mujer cae desvanecida y el águila se quema en sus propias chispas...

Según me contaron los abuelos, el Cerro del Águila lleva su nombre, por haber estado habitado por esos fabulosos animales que hacían cundir el pánico. Algunos me han asegurado que han encontrado nidos de varios metros de circunferencia y que, en sus alrededores, han visto esparcidos restos de reses, venados, burros, perros e inclusive, hasta de cristianos.

Seguimos navegando como Dios nos ayudó. Al arribar al puerto de Necoclí, sentimos el pick-up de Elisa Barrios a todo volumen. Las

playas se llenaron de gente. Al llegar la canoa, era tal la alegría que hasta tiraban tacos de dinamita.

Yo me desvanecí, no supe nada más del recibimiento. Días después, empecé a llorar amargamente la pérdida de mi ojo.

Así, concluyó el capitán Pepe su narración, en medio de un silencio preñado de compasión. Mi mente inquieta de niño siguió con el deseo de saber si el abuelo, es decir el Capitán Pepe, había dicho la verdad y no descansé hasta conocer "El Cerro del Águila".

Un día cualquiera, aprovechando una invitación del IDEA (Instituto para el Desarrollo de Antioquia), en compañía del doctor Ignacio Martínez y de Oscar Yabur, nos encaminamos hacia El Cerro del Águila. Yo, henchido de gozo y de curiosidad, iba a conocer el mítico cerro, viviría su leyenda. ¿Cuántos años hacía que había oído del águila gigante, contado nada menos que por el Capitán Pepe? Si mal no cuento, veintisiete. También recordaba lo que decía Ño Rembe. - "Los tiempos cambian...". Que dirían, si vieran el Capitán Pepe, No Rembe, Mono Genaro y hasta el mismo Mientras Pica, que yo, el chamaco de Bocachica, llegaría al Cerro del Águila, nada menos que por carretera.

Esa gente no alcanzó a imaginar que algún día hasta el Cerro se iba a llegar sin necesidad de travesía marina, no podían imaginarlo porque el trayecto era rocoso e inaccesible. Además, se decía que existían boas inmensas, capaces de tragarse a una persona, osos congos, que arrancaban de cuajo palmas, armadillos gigantes, conocidos con el nombre de armadillos brujos, venados que no respetaban escopetas de cazadores, toros salvajes o cimarrones, dantas que despedazaban con sus mandíbulas lo que fuera, hormigas trac trac, sanguinarias, tarántulas, alacranes, en fin, una verdadera colección de fieras.

El jeep se bamboleaba por los baches de la carretera. Un polvillo amarillo, nos cubría todo el cuerpo, el calor y el sudor hacían que la ropa se nos pegara a la piel. Veíamos potreros de verdes pastos, a pesar de estar en uno de los veranos más largos de Urabá en los últimos cincuenta años, según sus moradores. Divisábamos toretes, ganado cebú, gordos y corpulentos, como esos de los circos romanos, con pitones cual lanzas de gladiadores.

Árboles desomunales y centenarios: ceibas, bolao, almendros,

cedros, varas de indio, cáuchos, caobas, robles. En la región de Urabá se encuentran todas las variedades de la madera. ¿Y qué decir de las aves?, Canarios, zuiras, guacharacas, picogordos, loros, guacamayos, patos reales, sinsontes, aguiluchos. Muchas veces, tuvimos que apearnos del carro, al sentir el ruido de un zaino o el rugir bronco de un tigre.

Nos adentramos, poco a poco en los playones del cerro. Quedamos admirados al contemplar tanta belleza, tanta naturaleza desparramada... ¿Cuántos mortales desearían contemplar lo que nosotros estábamos viendo? La brisa traía sabor salino y escuchábamos el golpeteo sordo del mar, al estrellar sus olas en las peñas del Bajo de Caribana.

El sol pegaba, sobre el manto azulado de las aguas y hacía crujir las arenas nacaradas de las playas, ocasionando un brillo enceguecedor. Con razón, nuestro bonachón anfitrión Oscar Yabur denominó a esa carretera "Pista al sol". El nombre era el más apropiado.

Igual que saltan los alcatraces o pelícanos, al lanzarse en pos del sustento, de tanto golpear el mar con sus picos de arpón, mueren ciegos. Como puntos blancos se remontaban al cenit las tijeretas, para bajar luego en raudo lance sobre los bancos de camarones. Los delfines o bufeos salen, hunden, emergen en bufido de alegría. ¡Que satisfacción para ellos, qué plena libertad...!

En medio de mi contemplación, no sé por qué motivo miré hacia atrás. Vi un animal inmenso. Miré interrogativo a Óscar Yabur. -Son aguiluchos, creo que es en la única parte de Colombia donde se encuentran-. Lo seguí con la vista hasta cuando se perdió tras una roca gigantesca, pirámide inaccesible. El Cerro del Águila desafiaba toda la costa, con su mirada celosa e imponente.

Majestuoso, era superior a todo navegante, a todo barco, canoa, bergantín, a todo osado pirata o marino. Como en trance veía la cuenca vacía del ojo del Capitán Pepe.

A fuerza de recordar, El Cerro del Águila me llamaba, me invitaba a escalarlo. Hechizado, me fui alejando del amigo Óscar. Me fui alejando, me fui alejando. Recogí un hueso, el corazón me dio un vuelco. Era fémur de cristiano. Sentí miedo, miedo infantil. Lo tiré con fuerza, los oídos zumbaban, el corazón bombeaba, más.

Escuché el estruendo, vi que avanzaba una nube negra y chispas eléctricas la seguían... Dios mío, ¿acaso será un águila del averno?... Quise correr, mis piernas se negaron. Me sentía clavado. Mi boca estaba seca. Comenzaba a llover, el sonido del viento semejaba muecas de fondo de una película de terror. No aguanté más. Caí desmayado. No sé cuánto tiempo estuve tumbado.

Al volver en mí, tenía las ropas empapadas. Había llovido torrencialmente. El sol brillaba con más intensidad. Como pude, me levanté y eché a caminar en busca de los amigos. Vi que venían -Ya estábamos preocupados por tu tardanza-, dijo Óscar y agregó: ¿Te perdiste? De buenas que todo pasó rápido, a veces dura día y noche-

Yo los miré y no me salió ni una palabra. Quise decir un montón de cosas, pero se perdieron en mi garganta. Miré nuevamente a la cúspide del Cerro del Águila. No vi las águilas del abuelo Pepe, no vi las águilas mitológicas. Vi como se remontaban volátiles al cenit infinito, cóndores o aguiluchos que devoraban o quizá olfateaban carroña.

Tampoco logré ver cómo ese epiléptico mar de lava, vomitaba hongos gigantes de marfilea blancura agonizante de espumas. "Los tiempos cambian", recordé que decía el abuelo. Quizá, con el correr del tiempo las descomunales águilas cedieron su espacio a las altivas gaviotas, al voraz alcatraz o a la gentil tijereta.

La imaginación y los obsesivos recuerdos, me habían sumergido en una ensoñación. En mi cerebro sonaba la clara frase del abuelo: "Los tiempos cambian".

EL PIPI DE JAIRO

Jairo es un muchacho del montón, con la particularidad de comer más que interés al diez y en cada conversación hacer remembranza de comilonas, especialmente de carnes ahumadas con guiso de coco. Hubo una época en que Urabá se convulsionó, de tal manera, que todo el mundo era golpeado; el cura, el policía, el ganadero, el obrero, el político y en fin, no hubo familia en Urabá que no resultara 'esporrongada'. Un día cualquiera Jairo emigró a cierta ciudad en su creencia que sería más sosegada la vida con comilona en tal parte que en Urabá, la tierra que lo vio nacer, lo vio criar y lo vio comer con glotonería, morroco ahumado con zumo de coco, armadillo brujo, iguana, guasa, perico ligero y hasta hay quien dice que Jairo también se zampó su culebra ahumá con guisito de coco.

El, a pesar de que gozaba comiendo animal de monte, enamorando morochas de la región y diciendo palabrotas, era muy católico, a su manera. Cierta día hallábase todo tristongo, ya que en la ciudad en que ahora vivía, no tenía ese libertinaje de su región, ni animal de monte, ni morocha fácil, ni un carajo a la vela, cuando recibió una llamada: que se encontraban en el café tal, a la hora tal, y acudió cumplido. Llego primero, pidió un tinto, luego, con el amigo se puso a hablar de cualquier vaina. Poco después, sale el (hijueputa amigo) dizque a orinar. Jairo espabila y ve que un tracamandaca de hijueputas, se para, se dirige a la mesa y sin mediar palabra, revolver en mano... Jairo sintió un tiroteo y él impávido en su mesa, miraba aturdido la gente que salía corriendo.

La gente corría y él no sabía por qué estaba sentado en el suelo. Se le acercó una señora y le dio la mano, en tanto Jairo sacó su pañuelo y se secó el sudor... ¿Sudor? Sudor un carajo, era sangre, era que se le escapaba la vida a Jairo. -¿.Que paso?, preguntaba y comenzó a salirle sangre por la boca. El hablaba y las palabras se iban con él, se perdían como se iba perdiendo el hilo de la vida. La señora lo embarcó en un carro y... Sin entrar en detalle, ya estaba Jairo en el hospital todo envuelto en sangre y con varios proyectiles en la cabeza. Tenía ojos de más, bocas y hasta narices. Jairo se acordó de Dios y comenzó a rezar.

-Ay, virgencita mía. Ay Diosito mío. Ay... Mierda, mierda, a quién ma invocó... Diosito Santo! no me deje morir.

Por su agónica vida desfilaban los pelaítos descalzos corriendo tras la iguana pa' sacarle los huevos en las playas de Necoclí, veía a Emigdio como varaba una tortuga Carey panza pa'arriba... a Teresa guisarle una guagua con coco y... a las morochas mostrar su dentadura de nácar.

Rezaba con Dios y de pronto entró el demonio en su cuerpo. De su mente, se borraron las comilonas y las morochas, se acordó de un médico Marrugo que estuvo en Necoclí y San Juan de Urabá. Jairo, en su estertor de muerte, alcanzó a ver un corrillo de gente y en medio el doctor Marrugo y él. La gente reía a carcajada de las ocurrencias del médico. Alcanzó a entender el final:

-Mierda y te digo, que la gente cuando se está muriendo se caga y el pipí se va chupando, se va chupando hasta cuándo se pierde, entonces es cuando el carajo estira la pata y...

Los médicos, apurados, revisan el oxígeno, transfusiones, encefalogramas y de pronto, dice uno alarmado: -Se mueve, se mueve mucho-. Efectivamente, Jairo se mandó con toda fuerza la mano al culo, se restregó, llevó la mano a la nariz y dijo:

-¡No joda! No me he cagao...

Los médicos se miraron confundidos y alegres al ver que el paciente aún no había sido invitado por "Lucrecia".

Nuevamente, se manda la mano al pipí y de su garganta se desgarran un alarido victorioso:

-Lo tengo parao, tengo el pipí parao, no se ha ido, ¡mi pipí ecta aquí carajo! No me voy a morí, no me voy a morí ná, ja, ja, ja, ja, ja, ja...

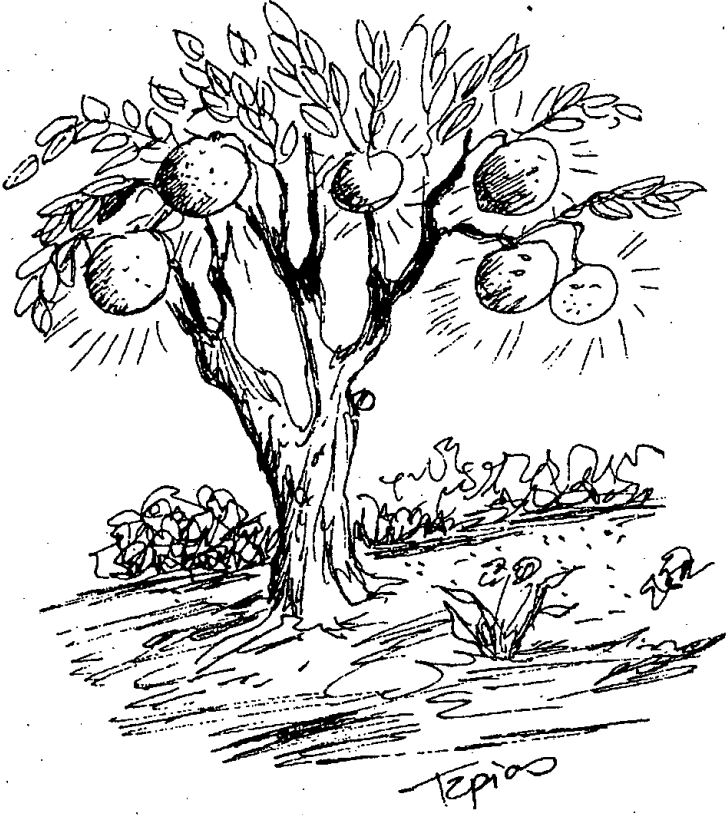
El asombro de los médicos no tenía límite al ver a Jairo con el pipí cogido y riéndose con cabal conocimiento. El médico jefe piensa que Jairo quedó trastornado y en sus últimas enloqueció. Jairo capta el interrogante al que responde:

-Médico, ¿tú cree que yo ectoy toletiao?, ¡toletiao un carajo!

Yo ectoy vivo y no me voy a morí, el médico Marrugo me dijo una ve, que cuando se va a morí, lo primero que hace es cagarse y se le va el pipí, mira..., mira.

Jairo muestra victorioso su pipí salido del pantaloncillo como el torero que muestra su oreja y rabo, o Judith la cabeza de Holofernes, como Roldán su espada y como en Urabá la plomonia... Los médicos en su estupor reían y reían, en tanto Jairo dormía risueño con su pipí agarrado como el trofeo de la vida...

EL TOTUMO DE ORO



EL TOTUMO DE ORO

Una madrugada con brumas de fantasmas, abandonamos el "Corralito de Piedra" como cariñosamente los cartageneros llamamos a la "Heroica". Pasaríamos vacaciones en Urabá.

En el temible y altivo "Cerro del Águila" alcancé a divisar un punto blanco sobre una de las lomas de Necoclí. Al acercarnos vi con orgullo de cristiano que era una virgencita, la amiga de los navegantes. Las playas parecían hormigueros humanos, de todas las calles se veía la gente correr.

Se agolpaban a ver arrimar la canoa "Santa Rosa" con sus velas flameantes como alas de gaviota, de mástiles imponentes, proa altiva, sedienta de zapar hacia lo ignoto, hacia otros mares misteriosos.

Sonaban tacos de dinamita, tiros de revolver, gritos, cantos... el pick up de Elisa Barrios se unió con su algarabía a los estridentes cánticos y bienvenidas.

Si, cuando llegaba alguna canoa al puerto de Necoclí, casi era como día cívico. Era el único puente entre la Costa arriba y la Costa abajo. Las carreteras a ciudades vecinas, estaban aun en veremos.

-Por fin-, dijo Marcial Reales, un gran boga digno de figurar abrazado con Guillermo Cubillos. -Fondoooo- y, repercutía ese eco, en todo el ámbito de la costa. Al decir fondo, tiraban el ancla y quedaba la canoa fondeada, no sin antes dar varios bandazos o sacudidas por ese hongo de espuma producido por el peso del ancla con sus brazadas de cadenas.

Abrazos, brincos, besos, apretones de manos, llantos, alborotos, "tomate un traguito". Acababan de llegar los marineros, la canoa cargada de género, de cerveza, de combustible (petróleo, gasolina, ACPM), gaseosas, hielo, tabaco, en fin, la mercancía que necesitaba ese pueblo abandonado a la suerte del mar.

Ya en la tarde, había fiesta y se escuchaban los pick-up y los tocadiscos de Pacha Perea, German Gómez, Juan Nepomuceno, a todo volumen.

La cerveza y el aguardiente dejaban un tufo apestoso en las gargantas de los marineros, acompañados de morenas altivas,

con andar cadencioso, sonrisas insinuantes como céfiro vespertino en primavera, ojos grandes y negros como las alas del biguá, labios carnosos y frescos que incitaban el beso rumoroso con trino de deseo. Cuerpos cual cipreses sensitivos. ¿Por que los marinos tienen en cada puerto un amor?

Yo, como se acostumbraba en la época, me ensalcé con los míos, con mis amistades, y esa noche fue de serenatas. Eneyda, Jaime, Rosalba, Eda, Alberto, todos cantábamos como queriendo perturbar el silencio placido de la noche.

Al despertar, sentí las sienes palpar de contento. Los labios aun con el perfume voluptuoso y ambrosiaco de los besos de... ¡Caramba! eran mas de las siete de la mañana.

Recordaba que don Aníbal González, el farmaceuta del pueblo y gran amigo de mi padre, me había hecho una invitación para ir en su lancha conocida con el nombre de "Margot", al pueblo de "El Totumo".

La mar estaba salpicáa por la fresca brisa. Se veían los alcatraces y gaviotas zambullirse en pos del sustento.

Pasamos por el caserío del Bobal, luego la Punta del Caimán y don Aníbal González, nos dijo:

-Esas lomas que ustedes alcanzan a ver son el Cerro de El Totumo.

Al llegar al Puerto de El Totumo, vimos como se agolpaba la gente en la playa. Enviaron un bote a recogernos, una ola grande nos impulsó y quedamos elevados, perdiendo el equilibrio. Eneyda, Jaime, Rosalba y yo, caímos al agua. Esta fue nuestra "entrada triunfal".

El Totumo era algo así como un suspiro nostálgico, como si añorara sus tiempos idos, sus parrandas y sus pobladores de antaño.

La gente cargada de sopor, se estiraba, bostezaba y nos miraba prevenida, quizás creyeron que regresaban los ingenieros de la compañía exploradora.

Las palmas de coco se elevaban queriendo besar el cielo. Sentí que alguien decía mi nombre. Era el amigo Ignacio Peñata, alias.

"Conejo", nos abrazamos y le presenté a mis amigos. Luego nos encaminamos a su casa, acompañados de un puñado de curiosos.

La señora de él, la Negra Yerenas, nos obsequió un suculento desayuno, sudado de sábalo en zumo de coco con yuca bastante harinosa.

Solamente la Negra Yerenas es capaz de ponerlo a uno a sudar chorros y no volver a comer en todo el día. Aun me relamo el bigote.

-Yo creo que después de ese desayuno, lo mejo que usted pueden hacer es descansar, ya mesmo le guindo la hamaca. Luego vamos a conocer la Laguna de la Manuela, y la placa que dejó la compañía de petróleo. Yo me imagine que usted no se van a ir hoy, ¿o es que me equivoco?

Rato después todos roncábamos la hartera de sábalo. Como a las once nos despertó una algarabía:

-Mierda, ese cardume es de puro carnicero, échale rápido una carná, tirá e bote, no te aturdá, ya está carajo, ya Valdé agarró uno.

Efectivamente, una fuerte marejada con un chapoleo se acercaba, o mejor dicho pasaba a todo lo largo y ancho de la orilla, de ella brincaban cientos de sardinillas que en sus ansias de escapar de la voracidad de los jureles, quedaban en la playa.

Lo mismo sucedía a uno que otro carnicero (juel grande). El bullicio de la gente era enorme, se veían con garrotes, arpones, sedales, nylon, cordeles, era una procesión de Pescadores en tierra, ansiosos de recoger su carnicero.

Conejo logró arponear uno, Apolinar Blanquicett atrapó dos, el amigo más de cuatro. Fueron muchos los que lograron coger la liga para el almuerzo.

El espectáculo fue maravilloso, Eneyda no cabía de gozo y hasta Rosalba apareció con un juel en las manos, mostrándolo victoriosa. Tenía más de quince libras.

-Me lo encontré en la playa, estaba brincando y chorreaba sangre como si alguien lo hubiera aporreado.

Reímos a carcajadas al escuchar las palabras picarescas de Rosalba.

Muchas veces la gente en su afán de capturar peces, cuando se presentan tales cardúmenes, van matándolos y los dejan en la orilla para luego recogerlos. Eso fue lo que pasó con el carnicero de Rosalba. Nadie acudió a reclamarlo, y sirvieron para la tertulia de la noche.

El cardumen, con la bulla de la gente, se fué alejando, dejando cantidades de compañeros heridos, muertos y hasta vivos.

Nos reímos de la ocurrencia de Jaime Giraldo, al decir de los jureles: "Eso les pasa por sardineros".

Pasamos a donde el señor Alejandro Jaramillo, mentador de madres como típico antioqueño.

Al vernos no nos saludo con el madrazo, sino con muestras de simpatía. Enseguida descorchó una botella y cada uno se zampó su trago.

Mierda, a mi me cayó como gato en reversa atravesando el canal del galillo. Tosí, se me aguaron los ojos y todos se burlaron. Yo no tuve más remedio que reír también.

Para llegar a donde el señor Jaramillo había necesidad de cruzar una quebrada, a la cual se le conocía como "La Boca del Manco", o "La Boquita de Jorge". Es usual por aquí, que si por la propiedad de alguna persona atraviesa una quebrada, recibe el nombre del propietario, tal es el caso de la Boquita de Valdez, la Boca del Muerto, la Boca de la Nana y la Boquita de Porto.

La Boca del Manco era bastante profunda y para cruzar de un lado a otro, se empleaba un bote. No así esta noche, algún chistoso echó el bote caño arriba y quedamos aislados.

No tuvimos más remedio que cruzar a nado.

Sentimos como la piel se nos ponía de gallina, y hasta sentimos el chapoteo del pez espada (pe'espa), el mero, la zarda, el pargo, la raya, la charúa.

Según comentarios, en los caños abunda la charua.

Nadie debe cruzar esas quebradas completamente desnudo, ya que a lo primero que le tira este animal es a los testículos. De ahí que cuando un homosexual se insinúa por aquí dicen: "Verlo, carajo, está ma bravo que una charúa".

Ya de regreso fuimos sorprendidos por un grito que nos heló la sangre.

Eneyda yacía en el suelo, la cara tapada con las manos, en medio de convulsiones y llanto.

-Ahí está, ¡ahí está!, decía.

Corrimos hacia ella, la paramos, le sobábamos la cara, en fin, todos queríamos reanimarla, mas bien creo que la estábamos asfixiando.

-Ahí está, ahí está...

Miramos hacia el lugar que nos indicaba. En un corpulento cocotero ¡no joda! Un gorila o chimpancé o macaco, un cuadrumano...

Estaba vestido con un pantalón mocho color negro y una camisa roja. Menos mal que no se le veía el rabo. Con las patas se amarraba al tronco, al igual que con la mano derecha. Con la izquierda se hurgaba las muelas.

Me pareció extraño ese sombrerito en la cabeza.... El cuadrumano grito.

-Carmelo, voy a bajáme, ecte coco tiene un parasco de avicpa muy grande...

Salimos del estupor, recogimos a Eneyda y la llevamos a casa. Conejo, quien estaba fumando un tabaco, casi se lo traga al ver el aspecto que traíamos.

-¡Mierda!, pero ustede que traen, que le paso. Po' la cara parece que hubieran victo a e mesmo demonio en cuero. Oye negra, tráele agua de azúca a esta gente, que lo que vienen é asustao.

No dijimos nada, apenas escuchábamos el golpeteo de un tambor. Eran nuestros corazones. Los ojos saltarines se movían más que los de guacharaca asustada.

-Bueno, ¿.que les pasa?, ¿po' que están tóo asustao? ¿Donde se quedo e' lotro, e ma gordito, e'lotro compañero?

En medio de la carrera, no acatamos que hacia falta Jaime. -Se lo comió, se lo comió- Decía Eneyda presa de angustia.

-¿Se lo comió? ¿Pero que están diciendo? ¿Quien se lo comió?...
"¡Ja, ja, ja, ja!" a nuestras espaldas. Era una risa harto conocida. Era la risa de Jaime.

Venia nada más y nada menos que con ese animal, con esa cosa que tanto nos asusto, "Venturita", como cariñosamente se le conoce.

Ventura Medrano, detrás de Carmelo Medrano, su hermano. Ellos tienen por trabajo patear los palos de coco (tumbar los cocos maduros), son peritos en la materia.

Mi amigo Ventu, en ese momento parecía más bien un chimpancé. Eneyda tuvo sobrada razón cuando de sus labios broto el epiteto de hijue...

Hacia las seis de la tarde, se presentó el amigo Valdez, personaje de este corregimiento. Según la gente, es de lo más jocoso y su palabra es ley, dados sus años y conocimientos. Con él, llegaron el Yeyo Medrano (cuñado), Servio Córdoba, Eustacio Yerenas (Chapa), Nasario Yerenas y otros.

Comenzaron a hablar de toda vaina; de la próxima cosecha de arroz, de la subienda del pescado, que casi están por llegar los nortes de Santa Catalina, que los indios mandaron un memorial al gobernador porque les estan invandiendo sus tierras, que encontraron una olla de barro con huesos de muerto.

Enseguida paré la oreja y pregunte al amigo Ignacio Peñata, alias Conejo:

-Oye Cone, ¿.aquí hay indios?

-¿Que si los hay?... Hombre Isma, si ecta e la mata. Figurate que ello primero vivieron en Caiman viejo, ahora han venio reculando hasta quedarsen en Caiman Nuevo. Tu no sabe que lo colono lo trae azotao. Por eso el gobierno le ha dao una cantida de tierra

pa' que trabajen y no lo molesten ma, pero tu sabe que la gente e mala y no lo deja en pa'...

-Aja Cone, y por que este pueblo se llama El Totumo?

-Ya ecta, ya viene con tu cosa, tu ere muy pregunton.

Echo el amigo Valdez dos tremendos salivones cargados de menjurje de tabaco y dio comienzo al relato:

-Una mañana bien tempranito hice levanta a Rosa mi muje pa' que me hiciera e desayuno. Yo creí que sería ma o meno la cinco de la mañana, pero ella me dijo: "Oye Vade, ¿tu e que ecta loco?, ¿no ve que aun no ha salío e bollero?..."

- Señor Valdez, no me gusta interrumpir, pero por que no nos explica ¿que es eso de bollero?-

-E bollero e un lucero muy brillante que sale a la tre y media de la mañana, como po' lo regula a esa hora se levanta la mujere a hacé e bollo. Le sirve de reloj... Bueno, hacía día que mi mujé estaba toa aburría conmigo y hasta celosa, ya que no docmía, sino que era un revocveteo en la cama, segun ella. En toa focma, la verda era que no docmía, a mi me daba lástima ve vení la gran fiesta de año nuevo y sin na en lo trasto, sin un chivo, con lo bolsillo tóo pelao...

...Esa no me la chupaba yo, tóo er mundo ectaba en la mala, toa la cosecha se habia inundao, tóo el mundo tenia nigua y mazamorra en lo pie de la tanta humeda. Uno lo que hacía era tenderse en la hamaca dentro de la casa a fumá, mientras se sentía en el techo el trie, trie, trie, de la lluvia. Eso a mi me pactía el amma. Yo soy un pretencioso, dentro de mi problema me gusta ve a mi mujé bien vestía. Pero la situación andaba mala. Fue así como un día se me ocurrió que yo me iba a hacé rico. Me iba a ranchá un día en e monte y cuando volviera era rico. Rosa y yo, carajo, aun no habían venío lo pelao, íbamo a í a toa pactte, íbamo a conoce la ciuda de lo Merellin, de lo Cali, de la Bogota y hasta Cactagena con su muralla. Me acoctaba toa la noche temprano pensando en mi Rosa y po' eso era que revocvia toa la noche en la cama.

Pero muje e muje y la muy puñetera lo que pensaba era que yo tenía e pensamiento en otra. ¿Habrásé victo como será de mal pensá? Esa noche, cuando me acocté, lo hice con mi hecho pensao, por eso ante de docmime le dije:

"Bueno Rosa, voy a raicillá, así e que me voy a arranchá tre día, procura levantáte temprano pa' que me haga la zarapa...

- Perdone señor Valdez, que es eso de raicillá y zarapa?- Pregunto Rosalba.

-Con mucho gusto seño, a Eugenio Vacdó Pareja no le incomora su pregunta. Raicillá, é cuando uno se arrancha en e monte a busca una raí. Dice la jente sabia, la intruía, que esa ra sirve pa' hac'e remedio, que quita la fiebre y hasta la dolencia. Zarapa, e la comia que uno se lleva pa'l monte. Claro ectá que a mí no me gucta la toletera...

-¿Toletera?-. Interrumpio Jaime.

-Mierda, usteres estan jodío, con el perdon de la concurrencia-, dijo Valdez. -toletera e lo tolete, e el platano, la yuca, e name, ¿van entendiendo? Así como ya no me gucta eso, lo unico que me llevo de fiambre e arro cocinao con coco, pero eso si que quede encocao, que le chorree la manteca, y mi posta de zabalo frito o ahumao...

Rosa dijo que yo estaba loco, que era muy temprano, que lo gallo de la cuatro ni siquiera habian cantao y e bollero tampoco había salío. A mi me dió mucha rabia cuando me dijo que yo lo que ectaba era loco. Si ella supiera que lo que ectaba pensando era vocveme rico... Encontrá el palo del totumo de ORO.

-Totumo de Oro?

-No me interrumpan, que pa'lla voy. A mí me dió mucha rabia y me levanté, me vectí y sin decí adió, cogí mi rula, eché mi paquete de tabaco, me puse la abacca... Ya me iba cuando oí que Rosa me dijo con vo toa blandita, no se si de dolo o quiza pensando que me madrugaba pa'onde la otra que ella imaginaba: "Valdó, Valdó tu no va a raicilla na', no te da cuenta que hace día que llueve y eso caño y río ectan tóo creció, toa la quebraa ectán llena. No sea Necio Valdó, ven a domí, e muy temprano. A mí me dió ma rabia y ya no volví a mirá pa'tra.

La cabeza me daba brinco. Sentia como la sangre se me cuajaba, como queriendose reventa: Iba lejo. Ma allá de la Laguna de La Manuela, oi a mi ejpalda: "Cha, cha, trie. Cha, cha, trie", alli mesmo

le mandé la mano a la escopeta. ¡Mardición!, se me había olvidado por la rabia. En toa forma, ciego de rencó y miedo dije: ¡Qué carajo!, si me va a come, que me coma. Pero el animá parecía como si estuviera contento, meniendo la cola.

Si ere tu, 'deja que digan' La cabeza se me despejó y me dió alegría. Mi perra me acompaña a toa parte. La acaricé y ya no sentía rabia ni miedo. Con "deja que digan", me encaminé a busca e totumo de Oro. Seguí andando; yo con "deja que digan". Pa' rematá ectaba lluvinando y el fango era tan espeso que a vece se me iban lo piese hasta la rodilla. Hacía bastante rato me había quitado la abacca, camina, camina y no amanecía. Ectaba cansado y todo ensopao por la lluvia.

Me senté a descansar debajo de un palo de ceiba bruja, bien frondoso. Ectaba cabeciendo cuando oí e latío de 'deja que digan'. Allí mesmo despecté y le dije a la perrita: ¡Cállate mijita!, ¡Cállate!, que siento pisá de animá grande. La perrita se agachó, movió la colita y paró la oreja, yo me eché a suelo todo prevenío.

¡Mierda!, como a uno treinta metro de donde yo ectaba sentí un palotriqueo. Mentira si digo que lo vi, ya que todavía era oscuro. Soy cazador, supe que era una danta. La mardita ectaba paría. Iba con una dantica pactiendo palo tra palo. Ese era el palotriqueo que escuchaba. El animá tenía ma carne que ese cebú que tiene Don Antonio Jaramillo en su potrero. Me quedé haciendo cruce, hay que ve eso animale con rabia, lo coge a uno y lo trozan en do...

Afortunadamente pasó y no no vió, "deja que digan" se portó muy bien. Tenía sueño, frío y hambre; me miraba con lástima. Bueno, que se iba a hacer. Yo no me iba a regresar, eso ni de funda. Un hijo de Dio nunca muere de hambre, no carajo. Se dice que ningún hijo de Dio muere bocabajo.

Vedaderamente que Dio está conmigo. El da la llaga y la cura a mesmo tiempo.

Sería más o meno la die de la mañana. La mente la tenía despejada. Me orienté lo mejor que pude. Ya había pasado, El Cerro de El Totumo, donde está el tan mentao Totumo de Oro. Dí un rodeo y comencé a subir y subí. Cuando eran como la tre de la tarde me sentí cansado y me recosté a un palo de vara de indio. De pronto "deja que digan" dió un sarto, un quejío y salió disparado como tiro de fusil.

No tuve necesidad de moverme. A ratico vino con un armadillo que pesaba por lo meno die libra. La pobre perrita venía cansá, chorriá e sudó. Me echó e animá a lo pie y me saltaba de puro contento.

Brincaba, me lamía la mano y hasta me decía que le diera su pacto. Comencé a arreglá e armadillo. Cuando lo desollejé, cogí la cabeza y se la piqué. Prendí una fogata como mejó pude, tanto que los ojo se me hincharon de soplá y puse a asá la presa.

Dormí toa la noche, el mesmo cansancio me venció. Serían la sei de la mañana cuando reinicie la búsqueda del palo del Totumo de Oro. Pa' no cansá e cuento, ectuve trepa que sube tóo e medio día, no se veía po' ningún lao e tan mentáo palo.

Ya serían má o meno la tre de la tarde cuando sentí una bulla, parecía que conversaban. Si señó, era v6 de gente, pero hablaban raro. Como en esa época lo indio ectaban bravo con lo colono por lo daño que le hacían, me ejcondí detrás de un palo y lo ví pasa. Llevaban carabinas y machetes.

Esa noche no pude ni pegá el ojo. Sentía estrupido, voce, algarabia, como si mile de ojo me mirara. Cuando medio quedaba domío sentía a mi Rosa que me llamaba y sentía un cosquilleo raro como si e corazon lo fuera a vomitá.

Me levanteé en la madrugaita, en victa que no podía pegá el ojo. Daría tre paso cuando "deja que digan" se me paró po'delante y aullando y moviendo e rabo no me dejó seguí pa'lante...

¡Ay mamita mía! po' eso yo quiero mucho a mi animá.

Cuando la perrita se me plantó po' delante, casi piso na' ma que una culebra. Zipote culebra. Era un verrugoso como de tre metro y medio de laggo ma ancho que e murlo mío.

La hijueputa, al sentimme, me tiró con toa la gana. "Deja que digan" se metió po' delante la muy pobre, po' defendemme, en ve de darle a e culebrón, le dí en la pática a mi perrita. Me encendí de colera. Ya no supe má y tiré zoco a lo que da e tejo. Parecía un loco jondiando machete...

La perrita, chorriando sangre, trataba aun de mordé a e culebrón. Yo la regañé y ella metió e rabo en la pata y se apartó.

Trocé una rama gruesa y arremetí contra ese animá hasta machacale la cabeza. Cuando terminé de matá a esa mugrienta, no sentí a "deja que digan". La busqué y la encontré en el suelo mueta. Lloré a mi animá, la cogí pa' enterrarla, pero no, estaba era desmayá. Allí mesmo me arranqué un pedazo de camisa, hice una masca de tabaco y pa' pararle la sangre se la puse como cataplajma. A lo poco minuto mi perrita estaba muy rébil pero vivita y culiando. E sujeto qué no llevamo y e esfuerzo pa' matá a ese animá, no dió hambre.

Comimo; "deja que digan" comió como nunca, la muy pobrecita. Cabeceé, me fui duciendo, y cuando meno pensé me ví en ciurá grande con una casa de paloma muy alta, con bastante barconcito. Po' to lo cielo se veía avione grande, carro de to colo, el aire me olía a gasolina, como esa que usan lo Johnson. Yo me encontraba tóo vestío y mi Rosa estaba tan entaconá con collare en el peccuezo, la mano toa llena de sortija po aquí y po' allá. Yo con sombrero y bastón, tóo mundo me decía señó Vacdó. Mierda, ¡era mucho sueño lindo!

Me levanté sobresaltáo. Que raro, no sentía ningún bullicio. Ni lo pájaro, ni los árbole, ni na, nadie se movía.

Na' sentía. Una lu muy fuecte me cegaba. ¡Carajo!, si era e sol, estaba alumbrando como con gana de secá tóo lo camino. ¡No!, carajo, no era ningún sol. Me pellicqu a ve si era que aun estaba docmío. No seño, yo estaba despieto.

La que si estaba docmía era "deja que digan". Me fui levantando, poco a poco, con las manos puesta en la cara, pa que no me alumbrara tanto. Fui apactando hasta que me metí en una rama. Cuando ya me había arrastrado hasta la iraca fui sacando poco a poco la cabeza y...

...¡Anima de pugarorio, lo pelo se me pusiero de punta. Dio mío, si era eso verda. Ecpabilé varia vece, me pellizcaba. Si, yo estaba viendo un palo mediano, muy frondoso, con bastante rama que llegaban casi al suelo, con hoja larga y muy brillantica, como si le hubiera echao pomada y en ve de lo fruto acostumbrao, tenía, yo mesmo se lo conté, once Totumo. Pa' que se caguen tóo usteres, eran na' má y ná meno que de ORO...

Si Rosa hubiera ectáo conmigo me hubiera comió de tanta alegría.

¡El Totumo de Oro! Había encontráo el mesmo Totumo de Oro. Yo, Eugenio Vaccé Pareja, amo, dueño y señó de e Totumo de Oro.

Me senté un ratico, lo pensamiento eran como una burrajca. Que iba a hacé con toa esa plata. Carajo, me iba a comprá un yi, pa' dejá descansá a la burra prieta. A Rosa le iba a comprá una máquina de pedá, pa' que descansara la mano de tanto cosé y remendá culero. Mi Rosa y yo río íbamo a í a la ciudá de lo Cali a bebé ese ron que sabe a coco. Me iba a comprá una canoa grandé como la de Maximo Pocto pa'no tené que í a Necoclí ni a Tubbo en chalupita.

Cuando pense en lo que iba a hacé con el Totumo de Oro, me paré tóo resuelto y me encaminé a e totumo. Carajo, me dió sucto, no se escuchaba ni un alma, ni bullita de ninguno. Hacta "Deja que digan" ectaba ducmiendo.

Me santigué, recé e Credo. Me eché tre bendicione y toqué e primé totumo, era un totumo grande, reluciente.

Er corazon me brincaba, sentía picazón en toer cueppo. Ar fin me resolví y trin, trin, desgajé el totumo. Po'lo meno pesaba die libra... ¿Donde, mierda, iba a llevá ese totumote de oro? Me puse a meritá... El mesmo Dio me iluminó y pensé: Ahora mesmo marco el camino, a lo palo le voy a hacé una maquita pa' regresá con PETULANCIA (la burra prieta) y me lo llevo tóo.

Me eché mi totumo de oro al hombro, mientras que iba picando tóo lo palo que encontraba a mi paso. Ya "deja que digan" había despectáo y me miraba con ojo tóo abierto y la oreja pará. Seguí andando y andando. La mucha alegría que sentía me hacía llorá de moción. Prendí mi tabaco y me puse a hablá con "deja que digan"; "Te voy a hacé una perrera con tabia de puro pino y la voy a techá con interní. Ni pa' e carajo que va a vorvé a comé hueso. Eso ni lo sueñe. Lo primero que voy a hacé e comprá u potrero pa' llenálo de pura oveja. Allí mesmo tiene la leche y la canne. Te va a pone gogda. Va a sé la enviria de toa la perramenta. Eso sí, como te vea pegá a cuarquier chandoso te pego una palera que te va a acocdá toa la vira de quien e Vaccé Pareja. Pa' que te evite esa muenda, te voy a comprá un perro chevere, un pactó alemán.

En la noche comencé a soñá y soñá. Ví que yo ectaba ducmiendo con mi Rosa en un corchón de eso que cuando uno se sube brinca, creo que se llama purman, cuando se apareció un indio, tenía una

corona de pluma de tóo lo colore y varia sortija. En ve de zapátao tenía babucha de piel de oso. No tenía ropa sino una paruma de tela como de peluche bocdá con hilo de oro.

Me dijo: Vacdé, er gran ecpíritu de mi padre Cebú, me ha enviado para que mi entregue el totumo de oro que arrancaste. Mi padre lo plantó en defensa de mi raza. No tema que tanto é como yo sabemo de tu noble corazón.

Nosotros te vamo a ayudá, no te vamo a dá riqueza, pero si una larga vida. Tendrá mucho hijo y sano. Ve a casa, encontrará ar pie de la mata de paraiso, do grande comillo de tigre. Son lo meésimo colmillo del tigre que apareció en tu casa una noche y tu le dijiste: Tigre, tigre, carajo, vete pa' e monte que ecta no e tu casa... Usalos en er !olsillo izqueddo de tu camisa, vaya donde vaya, ecté con quien ecté, coma con quien coma, beba con quien beba, siempre te ectará mirando el gran espíritu de mi padre Cebú Acterado. Ahora decpierta y pon el totumo de oro debajo de e mesmo palo der cual tu lo arrancaste. Diciendo ecto ese indio desapareció.

Tóo azaráo, tanto que pisé la patica de "deja que digan", agarré el totumo que ectaba envuerto en la camisa y dije:

¡pal carajo! Qui voy a intrigá, ¿intrigarle despué de tanto esfuerzo? Lo abracé bien y me dispuse a abandona el Cerro.

Yo alante y "deja que digan" atrás, camina y camina, camina y camina. Tóo palo que yo picaba o trataba de pica ya ectaba picáo. Caí en la cuenta que ectaba dando vuerta.

Si señó, en frente de mi ectaba el tal totumo de oro... Mierda, mamita mía, ¿y ahora que voy a hacé yo?... Me puse a meritá y a meritá.

Lleno de coraje resorví tomá otra ruta y le hacía una macca má clara y profunda a lo palo que iba encontrando, hacta que me cogió la noche. Lo que era yo no le iba a hacé caso ni a la mesma noche. Seguí andando. "Deja que digan" con la lengua afuera no decía ni siquiera guau, guau, guau. Mierdita sea, otra ve arrimé a ese dichoso palo de totumo de oro. ¿,Que era lo que ectaba pasando? ¿Era que yo ectaba embrujáo? ¿Acaso el mesmo Dio me había castigao po' se tan grosero con mi Rosa?

Sentía caló como si tuviera fiebre, la boca seca, la cabeza grande y hasta me daba vuerta. Yo lo que estaba era enfermo. Si seño, estaba enfermo. No pude más, con el dolor en el alma dejé el totumo de oro debajo del palo, tal y conforme me lo había dicho el indio hijo de Cebú. Cosa rara, sentí alivio y tranquilidad.

Sacando fuerza, sabrá el diablo de donde, me levanté y eché a andar, seguro de mi fiel perra. No pude más. Escuché voces por toda la montaña. Vacdó, Vacdó, Vacdó, mi llamaban.

Hasta mi Rosa de alma, también mi llamaba. La fiebre me estaba matando. Oía estruendo de la montaña, voces de diablo, rugido de tigre. Veía que la culebra verrugosa se levantaba, el pedacito se le iban uniendo y quedaba entrecita... ¡Dio mío! Me estaba volviendo loco.

Por todo lo que escuchaba Vacdó, Vacdó. Quedé como desmayado. Ya no supe de mí.

Despecté todo raro, oía a yerba de toda clase. Lo parpado me pesaban y casi no lo pude abrir. Sentía voces a lo largo, como si estuviera en una cama. Estaba en mi cama. Fui abriendo lo'sojo poco a poco. Vi mucha gente. Cerre lo'sojo.

No sé cuánto tiempo me seguí durmiendo. Mi despecté otra vez. Ya tenía la mente despejada, pero sentía como un cataplasma en la cabeza.

Vacdó, Vacdó, oía la voz de mi Rosa. Abrí poco a poco lo'sojo. Ví a mi Rosa que me acariciaba, que me besaba.

Iba a decir algo, pero la palabra no me salieron. Ella me agarró la mano, se la llevó a los labios, la besó. A mí se me salía la lágrima. ¡Que totumo de oro, ni que carajo!, después de mi Rosa no existe más nada, pensaba yo, en medio de todo ese dolor. Tenía amarrada la cabeza con un paño de cataplasma y los pies también vendados.

Oí la voz de la señora Martina Moya que decía: No te muevas que todavía estás muy débil. Figúrate que hace cuatro días estás sin sentir. Te salvaste de vaina, Dios como que aun no te necesita. Ectuviste pedido en el monte día día.

Rosa me contó que en medio del delirio de la fiebre, yo dije que fui a

buccá, pa que no llegara la fiecta sin ella tené. Zapato y ropa nueva. Tambien conté a Rosa lo del sueño con el indio, ella toa incrérula me acompañó hasta la matica de paraíso. Encontramo lo colmillo de tigre. Mírenlo aquí...

Pa' que ustere se mueran de enviria y admiración, nunca ma me enfermé. La suecte me cambió, jamá me fartó mi arró y a Rosa le compré su máquina de cosé y tengo un chorro de hijo.

LOS POLLITOS DEL JOPITO

No hay necesidad de irse al legendario Egipto, ni al misterioso Ganges con sus elefantes y cocodrilos sagrados, para disfrutar un rico folclor y exóticos paisajes. En Colombia bullen inclusive en el perímetro urbano de nuestros pueblos. En Necoclí, encontramos un barrio macondiano, donde la gente habla nuestro propio idioma y está a diez minutos de la cabecera municipal.

Este pueblo se conoce con el hombre de El Hoyito, y perdonen si me equivoco al decir pueblo. Cierta día un grupo de amigos decidimos visitarlo. Vimos palmas de coco, parecidas a atalayas, con penachos majestuosos, cargados de frutos sobre los que los pelícanos oteaban el horizonte.

De la carretera central, en vez de dirigimos hacia las playas, tornamos a la izquierda, por un carreteable hecho por sus moradores. El paso de los años ha formado, en sus orillas, canalones sembrados de mangos, caimos, guamos, chontaduros, aguacates, güevo de burro (banano morado), matacura (banano cuatro filo), mamoncillos, cañafistola. Es la flora que se degusta por el camino.

Al Cabo de diez minutos, tras casitas techadas de palma y cercadas de bahareque, llegamos a El Hoyito. De las viviendas, sale humo con aroma a matarratón para ahuyentar las plagas. Sus habitantes abren las puertas para ver quién llegó, otros por las rendijas observan al turista. En los patios, niños en cueros con la pinga al aire juegan alegremente, la inocencia en sus ojos. Eran las 10 de la mañana. Ibio y Marcelino, nuestros guías, con mares de atenciones, en poco rato nos mostraron todo ese espectáculo danzarín de animales: ardillas, guacamayas, iguanas, morrocos, zorros y hasta corrimos tras un leoncillo, que se nos perdió muy cerca de una casa del pueblo. Al tratar de encontrarlo, tropezamos con un pozo.

Pregunté al amigo Marcelino el quién, cuándo y por qué de ese pozo. Me explicó muy despacio, con la paciencia adquirida, a través del tiempo, como el coco más altivo, sin demostrar los años.

-Ese pozo desde cuando yo nací lo estoy viendo, dicen que lo hicieron los españoles, según mi bisabuelo es más viejo que el

pueblo de Necoclí. El agua es abundante y cristalina, el pueblo se surte de ella, parece que tuviera un manantial subterráneo.

-¿Y no es peligroso tenerlo en medio del pueblo? Lo digo por los niños.

-No, los niños desde ese día, aprendieron a cuidarlo y a cuidarse de él.

-¿Cómo así que aprendieron a cuidar el pozo y a cuidarse de él?

Marcelino me invitó a sentarme y como todo abuelo, prendió el tabaco, escupió, tosió y empezó a calmar mi avidéz:

-Hace como cuarenta años, y por cierto la señora de este cuento, aún vive aquí. Todo el mundo estaba en sus quehaceres en el campo. Los niños se quedan cuidando las casas, los unos barriendo, otros trayendo leña y los más pequeños jugando.

En la tarde, cuando Petronila venía de lavá, al ver que faltaba Domitila, la niña de cuatro años, preguntó: "¿dónde está la pelá?". Dicen los niños que hace rato, no la ven.

Se formó algarabía y busca que busca.

Marcelino se rasca el pecho, escupe, coge aire y continúa:

-Rato después, ya no era la familia de la perdida sino todo el caserío, ya que aquí somos muy unidos. De pronto, aparece la viejita del pueblo con su bastón y un tabaco caláo, nos mira y dice: "¿ya la buscaron en el pozo?". Encontramos a la niñita abollá, ahogadita en el pozo, bien entamborá. En medio de la algazara, la sacamos y la mamá en sus lamentos: "Domitila, dime que no te has ahogáo, que te ectá haciendo la maricona, ábreme lo'sojo, ecpíchate esa barrigúa. Domitila miija dime argo". Pero Domitila estaba ahogá...

La gente se entristeció al verla. La viejita Ernestina, toda encorvada, se saca el tabaco, escupe y ordena "traíganla a la casa". Esta era de cuatro horcones, techo de paja y en su cuartico, un camastro de orquetas, cubierto de hierbas y carajadas. Dicen que ella era la bruja del pueblo.

Sacó una estera y ordenó que acostaran a la niña boca arriba. Trajo del cuarto un balay y comenzó a desgranar una mazorca.

Solamente se escuchaba el gipeo de la mamá. Cuando ya estaba desgranao comenzó a ventiarlo, llamando la gallina, esta apareció con doce pollitos.

Uno a uno, los fue cogiendo. Ordenó que encerraran la gallina. Se acercó a la niña, le quitó el pantaloncito. Estaba entamborada, morada y botaba espuma por la boca. Ya desnuda, tomó un pollito y le puso al piquito en el jopito. El pollito comenzó a tragar y se fue inflando, inflando, hasta que cayó muerto, luego otro y otro.

Cuando iban ocho, pidió a Marcelino que le trajera un tizón prendido y unas hierbas. La viejita las echó a la candela saliendo una humareda hedionda. Muerto el último pollito, tapó a la niñita con un trapo sucio de ese humo. Se sacó el tabaco, escupió e hizo una oración: "Por las llagas de Cristo, Lázaro y sus hermanas, invoco a Santo Tomas"...

Le quitó a la niña el trapo, le pasó la mano izquierda por los ojitos y luego se sentó con la cabeza gacha. En ese mismo momento la niña comenzó a botar agua amarillenta. Un hilillo salía por la boca y los pelos se nos pusieron de punta, cuando escuchamos como un pujío. La niña apretó la boca, absorbió con ruido y luego botó aire. Esto lo repitió varias veces, lanzando al final un grito: "Mamáááá..."

No podíamos creer lo que veíamos. La mamá de la niña salió corriendo a cogerla, pero Ernestina sin pararse de su asiento y sin levantar la cabeza, dijo con voz aguda y autoritaria: ¡No la toque, deje que lllore! La mamá se paró en seco, tragándose el sollozo como un carro Ford cuando el radiador se reseca. La niñita lloraba y botaba el hilillo de agua, al ratico se estiró y se sentó. La viejita sin pararse y sin levantar la cabeza dijo: "Ahora si la puede coger la mamá". Corriendo se abraza a la niña, y explota el llanto detenido de madre e hija.

Ante nuestras miradas asombradas, madre e hija, se alejaban por el camino y el pueblo tras ellas, comentaba lo sucedido. De pronto, del cuarto salió la gallina y con su klok, klok, klok, llegó a donde se encontraban los doce pollitos muertos. Con sus alas, pico y patas los fue apilonando y cuando estaban todos amontonados los cubrió, se echó sobre ellos, klok, klok, klok.

Ernestina salió de su éxtasis y al ver la gallina, dándole calor a los pollitos gritó "Marcelinooo, Marcelinoooo, ¿y quién carajo me va a

pagá lo pollito?

El eco se perdió en el espacio. Nadie respondió. Pero un piar repetido, saludó la nueva vida.

EL GUARDIAN DEL BARCO FANTASMA

Desde las costas glaucas del Golfo de Uraba, se observan trombas marinas preñadas de metamorfosis, producidas por las gigantescas corrientes de la cantera líquida del mundo: el Atrato.

El sol nos brinda un nuevo día, las palmas reciben su caricia vivificante, las canoas, los barcos bananeros y hasta los cativerios van dejando una estela en las espumas del Golfo. Pero ese barco cargado de "tucas" de Cativo y Cocobarco, en sus entrañas sofocantes, siente el mareo, el malestar, el peso de los años. Cruje, vomita, y al hacer semejante esfuerzo, grandes chorros refrescan la carga de su vientre y comienza a escorar.

Unos campanazos, del contramaestre, anuncian el peligro inminente y toda la tripulación en cubierta está alerta. La estructura que, por años, ha recorrido los mares de todos los horizontes del mundo, desde la Segunda Guerra Mundial, acaba de dar muestras de fatiga. Sus costillas, la epidermis de su coraza, devorada por el óxido, manifiestan que ahora va a la gloria de ser reliquia. En un arranque de proeza, deciden, para que este gigante de los mares rinda su último viaje: "vamos a taponarlo con cemento" y fue así como bultos y más bultos de cemento mitigaron el escape de vida y el cansancio de tanta existencia.

Volvió a navegar el barco, entre los delfines, que como niños necios en la placidez de las aguas del Golfo, ese día, esa tarde, jugueteaban con la quilla herrumbrosa del cativero. Como un Cíclope allende de las aguas "El Cerro de El Totumo", donde los indios Kunas en su batallar por la vida, en su maratón de quinientos años por subsistir a la intolerancia del Colono, lloran la injusticia del hombre, oteaba el acontecimiento.

La indiecita, con su canasto colmado de mafuco-cuatro filos-, sudaba su camisita de mola, la respingada naricita con argollas, la mirada de ávidos y negros ojos, observaba la tragedia que, en esos instantes, se desataba cerca a las playas de El Totumo.

El viejo barco no aguantó la fisioterapia del cemento y reventó con la violencia inerte que, en el último instante posee el moribundo. Fue una explosión y no de chorros, sino vértigos inclementes de diluvio agónico. El Golfo íntegro pretendía clavarse y sonar un instante en el vientre del cativero. Ya no lo salvaba nadie, ni

conciliábulos, ni arcos, ni Colcemento, ni nada.

Sonaron los pitos, las sirenas, las campanas y los quejidos, propios del barco moribundo. No hubo otra alternativa. A toda máquina a la orilla, con tan mala suerte que cantiles y longos pararon en seco, el último viaje del barco maderero.

Afortunadamente no hubo desgracias y el mar quedó como el ternero huérfano, al pretender llevar a sus abismos a la tripulación y danzar y danzar para luego, devolverlos a las playas piponchos de la orgía de agua salobre.

Agosto, con sus días huracanados y sus noches tempestuosas, ha vuelto. Se ven tarullas o gramalotes tan inmensos, como cualquier isla, meciendo con el ritmo de las olas en su seno, millares de habitantes. Las serpientes devoran el saltamontes y hay noches en que el croar y el lamento de las ranas, nos inunda de terror. Como sufren las ranas con las depredadoras culebras, que viajan en los gramalotes, garzas, chavarries, collongos, tortugas tapaculos, cam-cam, cacoos. Y alguien se atrevió a atestiguar que, no solamente jaguares, sino leones escapaban en los afirmados, como turistas errantes, sedientos de aventuras, a colonizar otras costas.

En uno de los bares del poblado sonaba "El Guayabo de la Ye", y Venturita con su amigo Fortich, estaban que ya el guandolo no quería navegar por sus galillos. Venturita, alias "El Faraón", tomó la mano a su amigo de marras y le dijo:

-Bueno, si vamo a pescá, é a pescá, ya casi amanece.

-¡Mierda!, compa. Vámono de una vé, se me olvidaba el compromiso de cogé lo carnicero.

Sin más decir, abrasados, dando balanceos y trapiés se encaminaron a las playas de El Totumo. De algunos matorrales, sacaron los aperos: dos chagualas, la totuma de achicá, la potala, el arpón y un cajoncito que tenía nylon, anzuelos y zarapas. Van a "embicá" el cayuco cuando Fortich, frotándose los ojos, señala:

-Mierda compa, ¿ve ese candelón que viene de allá pa'tierra?

-Ya va ucte a hablá pendejá.

¿Acaso no se acuerda que por esta fecha siempre se ven aparatos, luce y llantos del bacco fantajma?

El faraón no respondió y en silencio empujaron el cayuco al mar.

Esperaban coger carnicero o cardumen de jurel. Aún era temprano, más o menos las tres de la mañana y el esfuerzo de remar y la brisa matutina, los envolvió en un sopor. El cayuco iba a la ronza. Venturita, "El faraón", se espabiló y vio a su amigo rendido, roncando más que el carajo. Sin darse cuenta, se habían acercado al barco, que a pesar de quince años de haber encallado, aún tenía la cubierta en la superficie y sus mastiles, como vigías, daban el adiós a todo viajero.

Una vez que Venturita ató con un cabo el cayuquito al barco, llamó a Fortich y éste, todo aletargado, preguntó si habían llegado.

Respondió su amigo que aún era temprano y podían echarse una cabeziadita. No habían transcurrido cinco minutos, cuando "El Faraón", le dió un pellizco a Fortich.

-Carajo, si no me va a deja dormí, ve a buccá otro rincón, tú ronca ma que e diablo.

-Ya va a hablá tú miecda, apena me iba a cogé el sueño.

De nuevo, intentaron dormir, Fortich de muy mala gana se sobaba el tremendo pellizcón. Ahora, fue Fortich quien pateó a Venturita diciendo que el que roncaba era él, que parecía un puerco Manáo.

-Déjate de maricáa, tú lo que quiere ahora e desquitarte, yo jamá de lo jamá he roncao, así qué viene a hablá tu miecda.

Se miraron furiosos. Pero volvieron a la carga de Morfeo. Se para en seco Venturita y grita:

-No joda yo voy a buccá otro rincón, ya no solamente ronca, como un león, sino hasta te pea.

Fortich no dijo nada y vió cómo su amigo se alejaba de él. Al poco tiempo, Fortich se para frente a Venturita y éste, ya está sentado sin poder conciliar el sueño.

Y ahora qué pasa, pretende mamarme gallo toda la noche, la borrachera te dió po se cómico. Ya no solamente ronca y te péa sino que ruges...

Fortich le contestó con brusquedad y ya con ganas de pelear, de pelear de verdad, verdá.

-Yo eso lo puedo decí de tí, a tí últimamente te hace daño el trago, fíjate que anteayer intratacte al compáe Luis y él, como e de educáo no te dijo ná...

-Bueno, dejémonos de hablá miecda y mejó vámonos a pescá, ectá victo que hoy me la vá a dedicá.

Se disponían a desamarrar el cayuco, cuando una gran isla de afirmado, se arrimaba a las barandas del barco y en estas figuras blancas, como fantasmas noctámbulos daban un lúgubre colorido a la impertérrita noche. Ambos observaban ya con algún temor cómo se mecían y movían sus cabezas e iban a gritar, pero del susto, súbitamente reventaron en carcajadas. Eran collongos y garzas que picoteaban en esa isla flotante.

Los amigos reían y reían y ya se disponían a cazar un collongo, cuando sus cuerpos se quedaron estáticos, esmamonaron los ojos y la piel cuero de gallina. Por segunda vez, los invadió el susto, pero ahora más escalofriante. No era Venturita. "El Faraón", ni mucho menos su amigo Fortich. Era un sordo rugido, era un señor ronquido. Se abrazaron en silencio y con los ojos pelaos, escucharon el tercero y otro y otro rugido, como león con ganas de comer negro. Miraron hacia el sitio de donde salían los ronquidos y, "ánimas del puggatorio", eran dos bolas de candela y debajo de éstas, un túnel con depravados colmillos. Al unisono se pearon y alguno alcanzó a decir:

-Y tú, y tú, carajo que no creía en el fantajma del bacco.

Sus cabezas chocaban seguido del temblor de sus cuerpos, el fantasma con rugidos y echando baba y candela se les acercaba y... de un descomunal salto, cayó. Los amigos del alma se taparon uno con otro y esperaron que esa bestia del averno se los desayunara. Pasó un ratico, y otro, y ellos aún toditos encogidos de huesos, lo único que sintieron fue el rugido infernal que los dejó sordos y azúfre caliente les cayó encima.

Cuando el miedo cedió, miraron poco a poco y no vieron monstruo, tarulla, ni un carajo.

Sobre las olas navegaba, hacia las playas, un manchón negruzco, con sus extraños y fantasmagóricos pasajeros.

Ya, en cabal conciencia, se desataron de ese protector nudo que, en casos semejantes, nos hace más valientes. La cosa oscura se alejaba sobre las olas del mar.

-Ventu, ¿esa vaina que era? ¡Fooo! y que jiede ese hijueputa monstruo que casi nos come.

-A mí me salvó el ejcapulario que me dió Gero, te digo Fortich que apenas ví que venía encima de mí, lo apercuellé y mentalmente rece: "Papá Dio, si tú deja que esa cosa nos coma no vuelvo a cree ma en ti".

Ahora se reía con miedo, e hicieron el juramento de no decírselo a nadie, ya que no les creerían y se burlarían de ellos. Decían que esas eran aves, como las que vivían en el Cerro del Águila, y que el animal que roncaba y peaba era un león de candela.

Serían como las tres de la tarde y en las playas, cosa rara, había un gentío. Nuestros amigos se asustaron al verlo. Hasta se atrevieron a pensar que esa cosa maligna, a lo mejor, se había soltado y se había comido a alguien... La bulla era general, divisaron a Pabla, Trini, la vieja Jerónima y muchos más que los señalaban y gritaban:

-Son ellos, son ellos, ese nimal no se lo comió na'...

Cuando arrimaron, toda la gallada les cayó encima sobándolos como para ver si estaban enteritos.

-No mamá abuela, a ello no se lo tragaron pero están jediendo a piojo de gusarapo...

La risa afloró y cuando ya todo estaba calmado, el amigo Fortich, preguntó a su mujer Pabla:

-Bueno, ¿y tú po'que lloraba y a qué se debe ese gentío?

-¡Ay! Forti de mi arma, el hijo de "Mosquito" se fue a patiá uno coco

por la playa de Longanal y encontró un bote a la ronsa pareció ar tuyo, enredao en un gramalote grandotote y sobre el un león, pero ¡qué leonúo! y se estaba comiendo un hombre, apena le veía la sangre que le salía de lo colmillo, el pelaíto, de miedo, abandonó lo coco y vino a avisá. Mira ese gentío que viene, son lo que andaban buscándolo.

Efectivamente, la comisión de exploradores llegó con machete, arpón y escopeta en mano. La alegría fue grande, al ver a los náufragos a salvo de la fiera. Dijeron que encontraron un bote enredado en el gramalote y en éste, restos de unos pájaros muy grandes, el animal que los había devorado no se encontró, pero en las playas dejó unas huellas jamás vistas por cazador alguno, tan grandes que hasta les dio miedo montearlas, eran huellas como de un león mitológico. Ventu y Fortich se miraron y con las miradas aprobaron: ¡ni mú!

Esto lo supe a raíz de una fuerte discusión sobre los fantasmas del barco hundido, a lo cual respondí que no creía. En una tertulia donde la vieja Gerónima, mamá de Venturita, este, con el consentimiento de Fortich, me contó el secreto. Pero eso sí, con la promesa de callar. A ustedes amigos les solicito guardarlo y... ¡ni mú!

LAS VACACIONES DE LA NIÑA RUTSE

Rutse es una niña, con cuerpo de mujer a escasos nueve años de edad. Hija de una enfermera galardonada y un matarife, de un Municipio de Antioquia, conocido como Necoclí, en el Golfo de Urabá, primera población en tierra firme del continente Americano. Como única hija es muy mimada y todos sus caprichos son aceptados. Da gusto verla comer y saborear las presas de carne que el papá se esmera en llevarle todos los días, esmamonar los ojos y ríe con su boca toda untada de grasa.

Los primitos, a cada instante, lanzan chillidos de los soplamocos que les dá. Al oírlos gritar, ya uno asocia que Rutse los acaba de clavar. Al hacerle el reclamo ella inventa que le mentaron la grande, que le dijeron patona, o que es demasiado brusca y para colmo, con su corpachón, destripa a sus famélicos primitos.

Un día cualquiera viene con sus libros toda triste. Se encierra en su alcoba y por las rendijas se escapa gipeo. Su abuela Pacha, una matrona del pueblo, buena y preocupada por sus hijos, se alarma al escuchar los llantos de la nieta. Sale a la carrera y la encuentra en la cama llorando. La niña al verla revienta ahí sí, en hemorragia de llanto y moco.

-Pero ¿qué te pasa muchacha de Dios?. Preguntó Pachera mientras le acariciaba las trencitas largas. ¡Ni mierda! La respuesta es llanto y moco tendido. No hay diálogo, la niña no quiso dormir, no quiso almorzar, no aceptó pastilla y al final, manifestó que no estaba enferma ni le dolía nada.

Se encontraba mucha gente en casa y algunas miradas picarescas, maliciosas, se asomaron al ver que los senitos le abultaban la camiseta del uniforme y hasta alguna mirada taladraba por averiguar vellitos en las axilas y... "Será que ya tiene novio y pelió con él". En fin, las conjeturas fueron muchas. Pero Rutse, ni mú. Llegó la noche, vino el papá y el llanto arreció. Llegó la madre y los ojos se hincharon mas, trajeron al médico, quien no le encontró nada. Recomendó que le dieran menos comida ya que se estaba engordando en exceso; que tenía papada, los pies (calzaba cuarenta) muy gordos y demasiado culona.

-No la mimen tanto y déjenla que ella canta un día de éstos.

-¡Sí carajo! Eso dice usted médico porque no es hija suya. De seguir así me la llevo para Turbo a donde un especialista. Terminó por decir la mamá.

El médico Emiliano peló los ojos, se quitó las gafas, limpió los lentes, sonrió y salió diciendo:

-Negra, tú tienes a tu hija muy mimada.

Lo mismo dijeron el papá, Pachera, las tías Miriam y Yayi. El hijo de Yayi, a quien por necio su tío Néstor le enganchó el apodo de "palillo eléctrico", le sacó la lengua y gritó:

-Ella no tiene na', lo que pasa es que se quiere parecé a la tía Sena. El que termina y suena el puño en la espalda, con eco de chillidos mientras Rutse decía:

-Está claváo, pa' que no te meta conmigo.

Llegan los regaños de parte a parte y un osado visitante pregunto quien es la tia Sena. Palillo Electrico en medio del dolor, llanto y moco contesta:

-La tía Sena e la de caballo viejoooo-. Se perdía el eco en medio de las risas de todos.

Pasaron los días y Rutse seguía triste, afortunadamente le había servido de algo, ya que la rebajona fue visible. Esa semana vino una sicóloga hija de don Horacio y trató la niña: que ni por la mente pasaba noviazgo, que en el colegio no iba bien. Pero eso no era raro en ella, que la dejaran, quietecita y no la acosaran.

-Está en la edad de la pubertad, no la azaren, déjenla tranquila que cualquier día le dice a Pachera qué es lo que pasa.

Pachera, mamá de ocho hijos, que se ha esmerado porque todos estudien y es la verdadera Cornelia de Necoclí, los protege al máximo, sobre todo a los varones, de tal suerte que todos viven a su alrededor. La casa de Pachera y la de la negra Elsa, se mean los techos. Se escuchan los peos de Rutse, aunque la pared esta hecha con adobe acostado.

Elsa se va para el trabajo, desde las siete y a veces llega muy tarde,

es una desvelada enfermera. El papá de Rutse, el viejo David tiene su carnicería y madruga a las cuatro. Regresa algunas veces peado a altas horas de la noche, de tal suerte que Rutse, ha sido más bien criada por Pachera, y de ahí, con mimos y caprichos propios de abuela.

Hubo un conciliábulo: los tíos Orlando, Jairo, Jacobo, Néstor, Ismael, las tías Miriam, Cecilia, Ibis, Yayi y Pachera la abuela, además de la negra Elsa. Hicimos un historial de Rutse desde su nacimiento hasta la fecha y llegamos a conclusiones; estaba sumamente mimada y descuidada por la madre. Pero además, la niña algo tenía, y por ende había que hablar con sus profesores.

Orlando y la tía Miriam conversarían con ellos.

Un día después venía de la alcaldía, con un stress de esos que ni Mandrake, ni una morocha de diez y pico de años, aunque tenga cuerpo de palma, pueden aliviar.

Rutse se encontraba en el cuarto de la abuela dizque estudiando las próximas previas. Entré a mi alcoba y traté de relajarme. Pero llegaron en tromba siete secuaces, todas niñas de su mismo curso.

Un parazco de avisvas africanas, quedaba pequeño al murmullo de las niñas. Se me jodió la siesta en tanto escuchaba:

-Yo voy a pasar mis vacaciones en la finca de los abuelos, la hija de Jaime Torres se la llevan para Armenia, la de Rivilla, para un pueblo de Antioquia, la de Memo, para Medellín, la hija de la Loba, para donde el tío, que vive en Pueblo Nuevo, la de... en fin. Alguna alcanzó a preguntarle a Rutse:

-Y tú, ¿dónde la vas a pasar?

Todo quedó en silencio y un gemido bronco rasgó el espacio. Rutse lloraba a cántaros y las niñas al verla huyeron como las mismas avisvas alborotadas. Rutse lloraba, con bastante sentimiento.

Se me olvidó el stress de mierda y algo comenzó a navegar en mi cerebro que no podía descifrar.

Ya en la noche, me inquietaba cuando los padres de Rutse conversaban, mientras nos encontrábamos reunidos, viendo televisión.

-Mija, te cuento que el ganado subió y no quieren ni fiá una vaca, me encuentro muy apretáo,

-De mí, ni se diga, figúrate que en el bazar debo tanto y al cordobés debo tanto y... Conclusión, estamos mondáos.

El llanto de Rutse se hizo otra vez viviente y volvió mi cerebro a querer encontrar el significado de la preocupación de la niña. Me dirigí a la alcaoba y antes de llegar: ¡Eureka! Ya sé lo que le pasa a Rutse. Sin pérdida de tiempo, reuní a los papás y les expliqué todo el rollo que me imaginaba. El papá y la mamá se sorprendieron, en tanto que la negra con lágrimas en los ojos, manifestaba que su niña tenía mucho tiempo sin salir. Y era cierto, que sus amiguitas tenían vacaciones menos ella, que...

-Negra, a mí no mi importa que le quede mal a la vieja que te fía la cadena y yo, aunque las vacas estén caras y escasas, voy a disponer de alguna plata, pa que mi hija salga de vacaciones, así e que vamo a prepararno.

Elsa hacía siglos que no abrazaba a su marido y, en un arranque de temura lo besaba y decía que era cierto que tenían abandonada a su hija. Ambos lloraron y a mí un nudo me apretaba el alma. Después, discutían si la mandaban a Medellín donde Lorencita la hija de Manuela Hidalgo, donde la mamá de Memo, a la casa del abuelo en Cartagena, con doña Consuelo a Cali... Los interrumpí, me metí en la conversación:

-Lo mejor es que sea Pachera, quien converse con la niña. Ella que la ha criado sabe cómo metérsele.

-Epa! Eso sí que e cieto, que sea Pachera quien se encacgue del asunto. Eso si que nadie sepa ná.

Al día siguiente Pachera con los ojos enrojecidos y los dedos, hurgando sus cabellos, me contaba, haciendo pucheros, la charla que habían tenido con la niña. Me dió sentimiento, se asomaron lágrimas y luego me abracé a Pachera, riendo.

Propuse que la niña hablara con sus papás y los tíos presentes. Así quedamos, para la tarde de ese día. Esta vaina era un verdadero drama. El problema de Rutse unió el lazo familiar, los ocho hijos de Pachera nos encontramos en su casa, a las ocho de la noche, la

niña en su cuarto, y cuando comenzó el programa "Dejemonos de vainas", la Negra llamó:

-Rutse, ven aca que el tío quiere darte un regalito.

La niña acudió y pude observar que había bajado como cinco libras, los ojos más grandes y sus pechitos se agitaban, ya era casi señorita. Le regalé una cajita de chokolatinas y Pachera le disparó a quema ropa:

-Rutse, dime la verdad ¿cierto que tú estás enferma es porque todas tus compañeritas salen de vacaciones y tú te quedas sola...?

La niña no dejó terminar a su abuela y lloró y lloró hasta cuándo la hemorragia de mocos hizo su agosto, en medio de dos sonoros peos. Cuando ya se tranquilizó, la niña dijo que no le importaba que sus amiguitas se fueran para donde quisieran, sino que ella quería ir también de vacaciones; y no a Cali, Cartagena, Medellín, sino...

Estabamos en silencio, no se escuchaba el aliento, no queríamos perder ni una sílaba de la confesión de Rutse.

Lloramos con la niña, la abrazamos y terminamos por reír con ella. Si señor, comprendimos que Rutse era tan solo una niña, con cuerpo de mujer. La vi tan linda, tan inocente que quise, en ese instante, mas a mi sobrinita y ese mensaje lo recibieron todos.

El papá y la mamá salieron un rato, regresando después con sendos regalos:

-Lo que íbamos a gastar en pasajes y tus viajes aqui te lo traemos en presentes. Bien, puedes pasar tus vacaciones en casa de la abuela Pachera. La niña al escuchar esto lanzó un sollozo de alegría. Se abrazó a su papá y mamá, en tanto nosotros llorábamos y reíamos a la vez. La niña Rutse quería pasar las vacaciones donde su abuela Pachera, en la casa de al lado.

EL MELLERO

La situación de orden público estaba muy difícil y la campaña electoral tocaba sus puertas. Era la primera elección de alcalde popular. Necoclí, galardonada con el título de "La Perla Solitaria del Golfo de Urabá", a raíz del VI Encuentro de Escritores de la Costa Atlántica Colombiana, cuenta con cinco corregimientos y entre ellos el famoso "Mellito".

Esta es una región bastante extensa y los señores del EPL se acomodaron en ella. Camina horas y horas, prende tabaco y apaga tabaco y nada que llega. Los amigos se mamaron dizque porque era muy lejos. Nada de lejos, tenían físico miedo a la guerrilla. Entonces, propuse que iba solo a realizar nuestro compromiso de campaña, les dio coraje y cabizbajos, me siguieron llegando al destino cuatro horas después de camina y camina. Montañas por doquier, cruce de ríos a la cintura, barro hasta los teque teque y chorros de sudor que empapaban el fondillo.

Desde una colina, observamos que dos cholitas, de pelo liso, y señoriteando pilaban arroz con el golpe de 'marío y mujé... marío y mujé. Otras dos, cada una con su balay, lo venteaban y cuatro le daban palo a unos puños de arroz encostalado. Salieron a nuestro encuentro dos pelaítos que comían Churima y nos ofrecieron diciendo:

-¿Usted, e el señó alcalde? ¿ Y a ti quien te lo dijo?

-Ahu, si eso se sabe en toa la región, tóo el mundo dice que el hombrecito de sombrero va a ganá, que eso e como echále maí a puecco-

Mostraba sus dientecitos, llenos de algodón de Churima encerrados en unos labios bien morados, mientras entornaba los ojos. El compañerito meneaba la cabeza complacido, y se atrevió a decir:

-E que desde que yo lo abueitié supe que era, e que va a ganá.

Entre charlas y complacencia, llegamos a la casa cercada de bahareque y tacana con techo de palma amarga. El patio daba a una explanada amplia, gallinas con sus hijos, patos, pavos, palomas, pavón de monte, cerdo, puerco, y lechón correteaban

comiendo maíz y las cabecitas del arroz ventiao. Un hombre largo, sudoroso, arreglándose la bragueta, quién sabe que estaba haciendo, peló los dientes; zipote melladura la que tenía, faltaban los principales. Abrió su boca.

-Yo sabía que iban a vení hoy, pero no lo esperaba tan pronto. Nos saludó con satisfacción "de vecdá vecdá."

-Asiéntense, no se queden ahí paráo, deben vení muy cansáo. Petrona, Domitila, Brudulbudura, tráigale a lo doctore limoná y, Wichito, coge a la puequecita orejimocho pa' hace una fritanga.

Tanios Yabur, jefe del debate, se rascó la cabeza, que comenzaba a emplumar con tantos menjurjes que se había echado, e intervino:

-Mira Mellero, nosotros te agradecemos todo eso pero ya son las...-, viendo el reloj, -dos de la tarde y el camino es culebrero...-

-Qué va don Tanio. Se dice que po'aquí hay guerrilla, pero nada de na', aquí lo que hay son hombre trabajadore, vea ucté toa esa cosecha de maí, arró, berenjena, yuca, ñame, aves de corral, cerdo, frijol negro, auyama, batata y...

-No sigas, yo sé que ni eres un buen trabajador. Pero tenemos el compromiso de estar a las siete de la noche, para una concentración en el Directorio.

-Bueno, continuó el Mellero, entonces que maten tre gallina.

En esos momentos, salía una señora arreglándose los cabellos de pimienta picante (apretado) y con gesto apenado. El Mellero, al verla aparecer, salió a su encuentro, la abrazó y comentó.

-Ahí donde usted la ven me ha dáo una carrandanga de hijo.

Pemet preguntó.

-Señor Mellero, ¿cuántos son los que componen esa carrandanga de muchachos?

- Son die y siete comedore de arrró.

Asombrados, miramos a la progenitora y está, con orgullo de mujer campesina, levantó la frente en señal de verdad y satisfacción. Nos

sentamos y el estrupicio, el revoloteo y la guachafita eran una fiesta en el patio. Los muchachos acababan de torcerle el pescuezo a tres gordas y gigantescas gallinas. Las mostraban victoriosos, mientras con la otra mano se agarraban los pantalones que hacía años habían perdido su color.

-Papá, papá yo con Wichito ecporrondingámo a la tre gallina, nosotros solito.

La risa era colectiva. Después de tomarnos las totumadas de limonada, nos invitó al salón de despacho. Este consistía en una enramada sostenida por cuatro horcones de guerra, techada con hojas de hiraca, sin paredes. A Taniós y a mí, nos hizo acomodar en hamacas, a Pernet, Darío Avila, Dagoberto Urango, y Nestor Zuniga, en escoradas 'Maria Palitos'.

-Bueno, vamos a lo que vinimo.

-¿Cómo esta la cosa por acá? ¿A qué hora vamos a hacer la reunión con su gente?

-Vea compáe Tanió, aquí no se necesita hacé reunión, yo lo que digo e palabra, así que tése quieto, yo tengo palabra a mi gente y aquí no va a vé ma voto que lo de Icmaé, con Icmaé hasta la cache, tóo el mundo lo dice aquí y en tóo lo contonno. Claro está que yo me alegro y toa mi gente que hayan venío, pero lo que conversamo allá en Necocli, no había necesidá que hubieran venío.

Reía, mostrando su melladura y poniéndose la mano en el pecho.

-Yo, Teodoro Pío Ñungo alias "El Mellero", prometo que aquí en mi vereda que somo má de cien, tóo, toítico vamos a votá po' él. Ya veremos si después que monte, no nos hace el puente sobre el Río Mulato,

Está bien, lo que está está. Ahora, cuéntanos por qué te dicen:

-Poc qué, a que qué... A mí me dicen "el Manda má", "el Cobre" y "el Mellero" y ya mesmo le digo poc qué.

Figúrense ustedes a quién no le gusta escuchar cuentos y chismes en la época del correo de las brujas (elecciones). "Teodoro Pío Ñungo

-Yo tengo ma de treinta año de ectá en la región. Cuando allegué, lo tigre, la mapana, el puecco manáo, la danta y toa la fiera de la región no' tenía azotáo, pero seguimo tre compáe mio que se llaman Bonifacio Rancancio, Generoso León y Emuleterio Sinforino, yo era el ma pelao y entusiacta, mucha vece querían tirá la toalla, pero yo le decía que si se iban, me quedaba con el hacháo y pedían el trabajo que tanto sudaron, que se buccaran ma bien su hembra cada uno pa' que no tuvieran que madrugá a hace el café y vorve en la tarde a prendé el fogón. No' turnábamos cada semana el fogón, en todo caso, así pasó tre año, a Emuleterio Sinforino le dio la malaria, lo llevamo a Tucbo, se nos murió, y entre lo do' y yo no' repactimó lo gacto de la enfermedá y mocturio.

Bonifacio Rancansio se sacó a la hija de un riquito de Necoclí, y este decía que con un picoloro lo esgañotaba.

Variá vece vino aquí, tóo borracho a matá a mi compáe, meno ma que lo perro en la montaña divisan y olfatean a tóo el que aquí se entre, en toa forma era tanto el miedo a ese arriero chusmero, que mi compañero aconsejáo se marchó pa' regresá cuando se le pasara la ira, nosotros le acotejariamo la cosecha, y así lo hizo. Pero el hijeputón dejó a la pelá toa embarrigá y se machó pa la bananera que ectaba empezando, fue toa una bellacá, dejó a esa hija ajena toa preñá. El papá la fue a bucá, la pecdonó y hoy e ná' meno que la señora del tipo ma rico que ha tenió Necoclí.

Figúrate, le salió tan buen marío que acta le dió su apellido.

De ese carajo supe que ectá corretiando mundo po' allá donde cogen carbón y que lo venezolano ectán má emputáo que el carajo.

Nos trajeron tinto y el amigo Pernet se revolvia en la maria palito, con ganas de saber más.

-Compramos con la cosecha que fue muy buena la parte y ahí me fui, me fui, buqué mujé y me salió ma buena que e carajo que hoy e que ma tierra tiene soy yo. Tengo 300 hectarea con potrero, ganao, animá de corrá y mi jarria de hijo, claro ectá que la suecte me favoreció, a mi toa la vida me guctó guaquiá y una ve encontré una guaca con polvo de oro y el viejo malcriao de Necocli, me dijo que no tenia plata pero que me daba en guarapo lo que yo necesitara durante cuatro mese, ja, ja, ja, ja.

Él creía que era ma vivo que yo, y arreglé la zarapa (mercado) por siete meses incluío una buchona de ron y la cajne. Eso me dió la suecte, ya que el problemón del campesino e la zarapa, teniendo eso viva Dio, se puede uno tranquilamente acostar a rascarse la barriga, la cosecha siguió siendo buena y hasta me iba a raicillá, me arranchaba una semana, a vece hasta un me y cuando regresaba a Necoclí, don Eduardo Ecpitia me compraba toa la raicilla, y la piel de tigre, tigrillo, saino, leoncillo, marteja y toa esa vaina de animale que abunda. Toa esa plastica la iba empleando en ganao y po' eso ahora me dice "el Manda má" y "el Cobre", la gente se la ha dao po' decí que tengo plata, que ya vivo fácil, po' que tengo comía, mi vaca me dan la leche y el queso, eso se vende y pa' lante la cría y lo mejó de cuento e que mi muj'w e la que guacda la plastica y dispone. Claro ectá que a vece me picdo y me doy mi borrachera del carajo, pero con tóo eso no me he descapitalizao ya que aquí tóo e mundo trabaja.

El humero nos hacía llorar, mas no le prestábamos atención ya que el premio sería magnífico. Las ollas daban una música con olor. Entre charlas, tomábamos aguardientico y en las brasas del sancocho y arroz de coco, se asaban las mazorcas tiernas, yuca y batata, yo me hacía el loco y comía poco, para entrarle con ganas a las gallinas.

-Ahora le voy a decí po' qué me dicen el Mellero, acécquese un poquito ma pa' cá. Lo que pasa e que si mi mujé sabe que ectoy contando ecte cuento, me pone la lengua y me azara toitico. Una ve me puso la sin hueso (lengua-insulto) me hizo i, me fui pa' Necoclí y a lo ocho día, ella mejmita me fue a buccá con pecdón y tóo. Como le decía, tengo o mejo mi mujé me parió die y sei hijo, de ello hay vivito y coliendo quince, son cinco mujere y e recto tóo son macho. Mi muje tuvo cuatro pacto de a mello, yo mesmo le secví de partero, por eso a mí, ni a ella no da pena de na.

Mijo, me duele aquí, mija, me duele allá y sin na' de pena no encueramo y no reparamo, no tentamo po' toa pacte y toca y soba y tracutea. Bueno, ucte sabe lo que e mario y mujé...

...Tóo machaba bien hasta que me recomendaron un cholito. Ese cholito, vivía con una indiecita y parece que no se le paraba. Tenía má de do año de viví y na' de hijo y a vece se iba a trabajá, a raicillá y esa cholita tan buena quedaba solita y yo la veía y ella me veía como pidiéndome que la quisiera. El cholito sabía arreglá silla de

montá, pezuña de caballo, secreto del gusano y hasta hace rejo y taburete, además de eso madrugaba y cuando con mi mujé me quería levantá, ya había ordeñado toda la vaca y el desayuno licto.

Mi mujé quería a la cholita como a una hija, a mí se me iba el ojo, si compa Nector no se ría. E que esa pelá movía e culito como pata enamorá.

Ya comencé a pensá que esa me la pasaba yo, no dormía y en el trabajo a veces cerraba lo sojo y la veía toa pintaita con su cabello largo y negro de tanto untajce manteca negrita, su carita redondita, sus bracito gordito y tan negro lo sojo que se me iba la victa hasta bajito, si señó, esa "zarapa" de esa cholita debía ser muy grande y abuctá.

Nos hacía el Mellero reír y más reír de sus ocurrencias y como entornaba sus ojos, movía la boca y todo su cuerpo era estremecido por la mímica, parecía un gran comediante.

-Un día se fue el cholito pa' Tucbo a hacer un contrato de cincuenta rejos. Antonces pensé hacerme el enfermo con dolor de barriga, en ese día tenía que traer sal pa' el ganado, alambre de púa y otra vaina más y la pobre de mi mujé viéndome en ese estado se ofreció a ir ella a Necoclí con todo lo muchacho. Iba a aprovechar pa' comprarle lo vestido de Semana Santa. Ella estaba muy alegre que yo, digue por que así yo no tenía la oportunidad de beber ron y quedarme hasta el lunes. La casa campesina estaba en su apogeo así que empaqué hamaca y se fue, diciéndole a la cholita que se llamaba Abadía que me cuidara, yo me hice el tritecito y le dije que no demorara y hasta le di bastante plática pa' que comprara cosa.

Como a la do hora llegó la cholita y me pregunta:

"¿Cómo se siente, señó Pio Ñungo. Yo le digo que bastante mejoré. Le cojo la manito y se la sobo, estaba calientica y se asustó, bajo lo sojo y me dijo: "Deje esa cosa señó Pio Ñungo que yo tengo marío y si su mujé se da cuenta no echa a mi marío y a mí". Yo no le hacía caso y le sobé lo murlito, estaban duro y redondo, la tética también, le besaba el cuello y ella decía: "Deje, señó Ñungo". Pero no se iba, y yo soba que soba y mandé a la zarapa, ¡mierda!, ya la cabeza me daba vuelta y la cuestión se me puso pata de perro envenená.

Las risas subieron a cuarenta grados y todos pendientes del final.

En esos momentos, vino una niña señorita que no había visto, desde luego, marca Ñungo, a anunciarnos que' iba a servir la comida. Taniós dijo que luego, porque estábamos haciendo el arreglo de la campaña.

-Cuando le cogí la zarapa se la estrujé con cuidao. Ella me dijo otra vé: "Juicio, juicio señó Ñungo, yo no quiero na' con ucté, ucté tiene mujé". Yo jadeaba como burro cargáo en repechón y pa'lante sobe que sobe. Le arañé la pollerita y ahí sí que se me nubló la victa, qué barriga tan sabrosa. No tenía soctén y las tetica quedaron pará y brincando, sin má pensé, le quité lo pantaloncito y ay mamita que bocáo se iba a zampá e lobo, la besaba hasta po' la ecpalda, po' e cuello, la tetica, la cogía la nacga, la zarapa y la' cocté en la cama, cuando la vi acoctá bocarriba y con la boquita abiecta diciéndome: "No señó Pío Ñungo, juicio, juicio, juiciooo...". Ya ectaba tan envolucrá, mierda que mujé ma pa'sabrosa, decpué me la ammocé y bien amozzá, comenzó a vectirse con lo'sojo bajo, diciendo: "No señó Ñungo, ya no má, pueden vecno". Vecno carajo, pensé y ahí micmo la cogí de brazo y otra ve me la enganché y le rí y le rí hasta que la picha se me puso roma.

Reíamos hasta más no poder de su historia y de su mímica. Se paraba se contorsionaba, empujaba las manos, los brazos los echaba para adelante y para atrás y zunguiaba en seco, parpadeaba y jadeaba... Mierda, era un gran actor, tenía mas habilidades que cualquier artista. Volvía otra niña a anunciar la comida, él, que ya estaba terminando de anotar los nombres y continué:

-Ese mejmo día quedé escurrió, qué cholita pa' sabrosa, con decicte que a la cuacta vé ya zunguiaba...

-¡Mierda! ¿Y esa vaina qué es?-. Preguntó Eliseo.

-¿Tú no ha oído decí que lo indio se comen a la india sin movecse, como vaca muecta? Así mesmo era la cholita, pero con lo apretone que le dí ahí mesmo sintió el sabó y comenzó a cogcobiá y resoplá como mula atoyá cadgá de madera. Sí mi amigo, tre día ectuvo mi mujé en Necoclí, po' que el aguacero no la dejaba vení y fueron lo mesmo que aproveché, quedé escurrió tanto que cuando apareció y me vio con lo'sojo hundío, yo le dije que la cagalera me arreció y que gracia a una toma' de Cedron macho que me había preparáo Abadia...

Mi mujé le agradeció y a yo me dió tristeza. Pero de que estaba comía, estaba comía y cuando tenía oportunidad la vuelvía a envólucrá. Esa mujé era como una fruta que se puede come con tóo y concha, qué muje pa' sabrosa, ojalá ucté la hubiera probao seño arcarde. Bueno, siempre que tuve oportunidad me la encaramaba y la tapaba. Pero la muy condená siempre decía que no y con él arentro, lo bueno que tenía, era demasiado reservada y limpiécita que daba ganas de chupala toa, nunca ni su marío ni mi mujé ni lo'sijo se dieron cuenta. Tiempo decpué me dijo, cuando la tenia ensactá que iba a tené un hijo mío y que ya tenía como cuatro mese

La picha se me arrugó y un frío se me encajó en el ecpinazo. Ella me dijo que acabara, abrazándome, que decpué hablábamos del asunto. Pero qué va e sucto que me mamé era grande, mi mujé é rabiosa y dicen que lo cholo matan a uno cuando ecta docmio, así que en ve de vé a la cholita ensactá de mí, me ví a yo ensactao por el cuchillo en la ecpalda, ay carajo, no me quiero ni acocdá. Me restrujaba en la cama, la mujé me preguntaba qué me pasaba, no tenía deuda en la Caja Agraria, la vaca ectaba pariendo, lo'sijo creciendo y ella, cada día, má emoza, antonce ¿que me preocupaba si el cholito con su mujé cada día ectan má a gucto y hasta le vamo a bautizá el pelao?...

Ese era mucho cipote de culebrón. Cuando le faltaba un me pa' parí yo hablé con ella y le propuse que se hiciera la enfemma pa' que se fuera pa'l hocpital, que vendiría una vaca y la plata se la prectaba a su marío, y a mi mujé pa' que no supiera ná, argo le inventaría y así pasó el tiempo, hasta que una semana ante de parí, hablé con el cholito y le dije: Mira, como tú tiene contrato con Tucbo po' mese, yo te voy a regalá una vaca pa' que intecne a tu mujé en el hocpital de Necocli y cuando tenga plata, algún negocio hacemos. El Cholito bajó la mirá y me dijo que mucha gracia, pero qui esa plata ni la puedo pagá rápido ya qui el no ganaba mucho, que él ma bien quería que yo atendiera a su mujé en e pacto.

Pujé der sucto y seguí con mi cantaleta hasta que me dijo que su mujé ectaba di acuecdo, pero qui yo era muy bueno y di la gente así no se puede abusá. El corazón me dolió, pero ya la vaina ectaba hecha y el pipón creciendo. Quiso Dió que a mi mujé se le murió el abuelo y yo la empujé pa' que fuera y aprovechara, se arreglara la dentición. Ella me agradeció y me prometió que cuando regresara; me iba a dá permiso pa' una semana en él pueblo y no fuera a desampará a su comáe, que una ve regresara íbamo a bautizá al

pelaíto. A lo tre día que se fue parió y pa' rematá, fueron mella...

De la risa se nos saltaron las lágrimas. Tanios impaciente preguntó:
-Ajá, ¿y en qué quedó el asunto?

-El condena del cholito, apena parió la mujé y ve lo que sucedió, en venganza se fugó con su mujé llevándose la vaca y con una razón pa' mi. "Ahí le quedan, e pa' que respecte la mujere ajena, hijueputa Mello". Desde ahí tóo er mundo me dice El Mello. Las pelaítas que ectan pilando el arró con golpe de mano y mujé son las hijas de La Cholita.

ENTRE EL MOHAN Y LA CRUZ

El estadero se encontraba a reventar. Visitantes, provenientes de todos los rincones de Colombia, gozaban los días de Semana Santa. Se dice que el costeño profana, pero la vaina hermosa es que el Creador nos dotó de exuberante belleza y tanta naturaleza desparramada en las costas que, cuando vienen los turistas, parecen desaforados, para luego decir "Qué costeños estos tan guapachosos, epa!" Gozan y gozan que se olvidan y conjugan todas las costumbres habidas y por haber...

Era un Jueves Santo. Incitaban a que se pusiera música para bailar y yo a que no. Tanta fue la insistencia, con amenaza a linchamiento, que me ví en la penosa necesidad de poner música para escuchar, y los carajos eran tan carajos que hasta bailaban la musica clasica. Eran las diez de la mañana.

-¡Mierda! Sofia, ¿y la niña?

-Hace rato que no la veo.

Sofia se manda la mano al seno y dice:

- Con razón las tetas me paliteaban y es que ya es hora de darle el seno a la niña.

La botella de cerveza hizo un chiii, de los labios de Juaco y de una, le dijo a los otros niños que buscaran a la pequeña, de dos años, casi a cumplir. Los turistas en tanto bebían y cantaban, la guachafita estaba en su apogeo.

Las mejores playas de la región de Urabá en Antioquia son sin duda las de El Totumo. Son playas vírgenes y hasta la fecha en que estoy contando esta pequeña historia, no se ha ahogado ningún cristiano. Por las playas de Machín en esta época de Semana Santa abundan las palizadas; las fuertes marejadas las traen de Longanal y las depositan en Machín. Es decir, erosionan por un lado y sedimentan por otro, de tal forma que en el sitio de Machín es casi imposible andar, so pena de tropezar y caer al agua, la marea es fuerte, espumosa, con resaca y todo.

Cunde la preocupación y hasta discusión y golpes de Juaco, a la señora y muchachos por el descuido con la niña.

Semejante alboroto, contagió a los visitantes, y como una sola familia, salieron en busca de la niña en tanto se tejieron cantidad de versiones:

-Ese fue algún turista que se la llevó.

-No, ésto jamás ha ocurrido en la zona de Urabá y mucho menos, en el corregimiento de El Totumo.

-Ese fue un sádico...

-Esa clase de animales aquí no existen ni los conocemos por retratos o nombres.

-Fue el mar que la arrastró pa'l fondo.

-Tampoco, aquí todo el mundo cuida a los niños, los nativos somos los primeros.

-¡Entonces a la niña se la llevó el Mohán!

Estas palabras nos pusieron a meditar, a vernos las caras y preocuparnos, ya que estábamos en Semana Santa y se contaba que el Jueves y Viernes Santo, aparecían cantidad de aparateros: Las brujas salen de noche a rezarle a las ánimas solas, y éstas, agradecidas, a la media noche del viernes, van en procesión rezando con un eco que hiela la sangre. A las doce del día, los muertos conversan, a la sombra de los árboles, apenas se oye el murmullo. El que pase por ahí, cae privado. Los árboles de olivo, limon, guayabo y otros, lloran, y sus lágrimas se convierten en higas que sirven para el mal de ojo y buena suerte.

Hay gente con tanta fuerza en la vista que a un chamaco gracioso, fácilmente se le puede reventar la hiel, y el llanto cuajado de los árboles antes dichos corta el sortilegio. Hay mujeres que cometen disparates, tales como bañarse con la luna, hay que esperar que pase la menstruación para bañarse. De ahí es que vienen los pasmos, los colicos, "que tanto si el cotorro hiede unos días".

Las tres de la tarde y la niña no aparece. El pueblo está en movimiento, los suerteros hacen su agosto, uno de ellos es Bejarano quien echa suerte a lo que da el tejo. Las barajas, la suerte del café, la del cigarrillo y la arena al aire, dan platica a los brujos.

Instalan sus mesas de juego, con lámparas y venta de fritanga. Sigue el comentario "Se perdió la niña, se la llevó el mar y... El Mohan fue el autor, el ladino se llevó a la niña".

Amaneció el día plomizo. El mar gemía el infortunio de la familia de Juaco y una llovizna triste anunciaba el luto del redentor.

De la vereda del Tigre bajaron varios campesinos a poner el denuncia de la pérdida de otra niña de dos años. Parece que se extravió a la misma hora del Jueves Santo. Nueve mujeres de la vereda del Tigre se fueron a lavar a una poza y se llevaron zarapas para el almuerzo, los pequeños comenzaron a jugar y a la hora del almuerzo, faltó la muchachita.

El amigo Padrón dio la voz de alarma en todas las veredas: Quebrada Maluca, El Indio, Cielo Azul y los contornos, y nada de las pelaitas. Existe una 'bolita' de montaña de menos de un cuarterón de hectárea a trescientos metros del poblado. En ese lugar se perdió la niña.

Pueblo pequeño infierno grande, y la bola se va, se va y se va rumiando la noticia: "Hay un mohán suelto en la región de El Totumo...". Era Viernes tres de la tarde y según comentario hubo conciliábulo de brujos... "Las chamacas aparecerán el sábado, el mohán está acorralado, si no las entrega, antes de la resurrección del Señor, morirá seco en el cementerio".

El sol con su alegría de verano presidió el canto de la alondra. Las playas eran abanicadas por golondrinas, las aves amigas de Cristo, barcos y veleros reían en el horizonte del Golfo de Urabá. Parecía como si la tristeza de El Totumo fuera a ser premiada...

En la mañana del Domingo de Resurrección, llega una culicagada diciendo que por la punta de Caimán Viejo, como a cinco kilómetros de El Totumo, entre unos gramalotes hay una enredada. Fue como polvorín, todo el pueblo y turismo se encaminó hacia allá, en medio de qué hojarasca, palizada y espinas salinas. El mar estaba lleno de gramalote, con olor a vida milenaria. Juaco, machete en mano, ojos enrojecidos del trasnocho, de la pesadumbre, encabezaba la marcha.

Ya cerca a la Punta de Caimán Viejo, se veían cantidades de golondrinas que viajaban hacia los juncos, para luego emprender el

vuelo repitiendo estas acrobacias incesantemente. Todos observábamos y, cuál sería nuestra sorpresa al entender que nos estaban señalando un lugar. Las aves pretendían con su cuerpo y aleteo, cubrir el sol que atormentaba a la exánime criatura y para asombro nuestro, el cuerpo estaba cubierto de polillas. Sin hacer caso, a nuestra presencia, arrancaban del cuerpecito esos avichuchos... La criatura estaba enredada en los juncos que con el oleaje la golpeaban y luego, eran llevados en vaivén. Sus largos cabellos estaban llenos de algas marinas, labios espumosos y morados y el cuerpecito aporreado. Sollozos escaparon de numerosas gargantas.

- ¡Anda!, ese fue el mohán que se la chupó.

- ¡Una niñita no es capaz de caminar tanta distancia y menos con marea llena y palizada!

- Hombre, ese mohán a lo mejó le mostró una mazorca de maiz de oro, o se le apareció con la figura del papá o quizá la mamá con un tetero.

Una de las brujas de El Totumo se santiguó, antes de coger a la niña, arrodillándose con el culo para el monte y cara al mar.

- ¡Mohán del carajo!, te viente derrotáo y no tuviente má remedio de soltá a la cristiana... Jesú, María y José, tóo lo clavos de la cruz. Bartolomé se levantó, a la hora que el gallo cantó, con Jesucristo se encontró, a él se arrodillo, pies y manos le besó. "¿A dónde vas Bartolomé?" Señó, a tu casa y mesón... Yo te daré un don que a ningún varón se le dió, cada que seás nombráo, no caerán rayos ni centellas, ni mujé morirá de parto, ni niños de espanto, ni hombres sin confesion". Amén. Padre Nuestro que estás en...

Terminó de rezar, envolvió a la niña en una toalla y dijo escupiéndolo al mar...

- Te jodiste mohán del carajo, me devuelve a la pelá o te acabá.

Sin decir más se encaminó, con la nena en brazos, hacia el pueblo y todo el gentío en silencio, acompañó. Al llegar, la noticia se había extendido y ni el mas anciano, se quedó en casa, toda la comarca, con sus visitantes, estaba en la playa.

Tendieron a la niña en el estadero y exigieron desalojar para que penetrara aire. La nenita estaba muertecita, echando espuma por la boca, la barriguita inflada, los labios moraditos y cuarteados por el sol y el salitre, los ojitos cerrados, manitas y pies muy blancos.

Eran las doce del día del Domingo de Resurrección.

De las veredas de El Totumo bajaban en una hamaca un enfermo... Manifestaron que a la niña la habían encontrado, subida en un palo de almendro toda chupada pero vivía aún. El almendro es uno de los árboles más corpulentos en nuestra zona.

Ante los cuerpecitos de las dos niñas la Moya, la señora del conjuro, repitió la ceremonia. Luego manifestó a los padres que lo que ella podía hacer estaba listo, que llamaran a un cura para que las limpiara del maleficio del mohán, mientras utilizaba hojas, cataplasmas y botellas de "ron compuesto". Las niñas daban señales de vida y la gente, al verlas cómo espabilaban y pujaban, rompieron en llanto.

No se sabe quién o quiénes fueron por el cura de Necoclí. Se abrió paso entre la gente, bendijo a las criaturas, les puso la estola en la frente, miró al señor de los cielos e hizo alguna oración en silencio.

Desde ese día a estas niñas, durante la cuaresma y hasta el domingo de resurrección las visten de túnica morada, en señal de agradecimiento.

LA CORONA DEL YEYO



LA CORONA DEL YEYO

Por el año de 1950, estábamos en el Totumo, corregimiento de Turbo, un lugar pintoresco, de hermosas playas. Las mejores de Urabá, según los entendidos. Allí se encuentra el Resguardo Indígena de los Cunas, tribu que por más de 500 años, ha sobrevivido a todas las injusticias habidas y por haber.

Son hombres laboriosos y hospitalarios, dedicados a la pesca, la caza, la agricultura, y a fabricar las molas, artesanías de telas e hilados de la comarca de San Blas. Al frente del Totumo, paraíso de leyendas y riquísimo en folclor, se divisan las costas del Chocó y en ellas, pueblos como: Acandí, Zapzurro, La Goleta, Pino Roa, Villa Claret, Triganá y otros.

El comercio principal se hace a través de Turbo y Cartagena. Los pescadores de la zona de Urabá prefieren los bajos de El Totumo, conocido como las Peñas de Caimán Viejo y Caimán Nuevo.

Habitaban en El Totumo y las Costas de Urabá, descendientes de los primeros moradores de Bolívar, es decir, vinieron de Bocachica, Barú, Cartagena, trayendo consigo los valores propios de su raza, cultura y costumbres.

El señor Yeyo, conocido por todos como El compáe Yeyo, medía más de un metro sin llegar al metro y medio, tenía una agilidad felina para cualquier labor: Agricultura, cacería, pesca y era viejo de mar. Alguna vez se las tiró de comerciante y efectivamente montó su gran almacén, consistente en la venta de café, azúcar, tabaco, petróleo, sal y otras cositas más. La vaina era que si uno iba a comprar con un billete de cien pesos, se formaba el problema. El mostrador crujía y había que esperar a que regresara de Necoclí o Turbo, de vender cocos, pieles de tigre o nutria, para devolver.

Cierto día, se encontró con un cachaco que le encargó todas las pieles que consiguiera, a buen precio. Como la agricultura, en esos días estaba de capa caída, debido a los fuertes aguaceros, el Yeyo accedió a venderle todas las pieles a él, siempre y cuando le diera un avance. El cachaco le dio \$500. Con ese dineral, surtió el chuzo y lo puso bonito, tanto que la gente iba en romería a verlo.

- Mierda, compáe, Yeyo, ahora sí que tiene el chuzo paráo, tiene azuquita, avena, vela, anzuelo, hilo, cigarrillo, moresco y... Por qué

no me fía una zarapita hasta que corte el arró con decile que ya está preñado y...

- No siga, yo no puedo fiá po' que la plata e prectá.

Fue así que Yeyo se internó en el monte, para quedarle bien al comprador de pieles. Diez días después, regresaba de las cordilleras de El Yoky donde abundaban osos congos y tigres voraces, con pieles de diversos animales. Yeyo venía muy contento ya que haciendo cuentas alegres, su precioso botín costaría más de \$ 1.000. Con eso pagaría y le quedaría 'pa dase una borrachera, comprá a su mujé Clau'; como la llamaba, una máquina de mesa, una máquina de coser.

Mientras andaba tan distraído, Cástula comenzó a olisquear. Se para, da brincos, pega la nariz al suelo, olfatea, mira al cielo y ladra. La otra perra, Bramaulia comienza a chillar y sale a la carrera. La burrita Mujina, que viene con la carga de pieles, para las orejas y rebuzna apretando el paso, Yeyo se quita el "encauchao", amarra la burra y dice, frotándose los ojos:

- Mierda, po" lo latío de ese animá se acaba de topá con un tigre.- Sin más pensar cargó la escopeta con un balm y, zoco en mano, se lanzó a la caza del tigre. La perra aullaba y Bramaulia, la cachorrita, le seguía a él, partiendo camino y apartando palizada. "Juuuuucale, aaaaapide, juajuua", el Yeyo guapirriaba a su perra y ésta, se entusiasmaba más dando grandes alaridos. Media hora después, perros y Yeyo, estaban bañados en sudor y en una ceiba tolúa, el tigre encaramado, con ojos de diablo le gruñó a Cástula.

La perra quería comerse árbol y tigre. Yeyo alcanzó a verlo.

- ¡Virgen Santísima si écte é el mesmo diablo, qué animalúo!

El tigre rugía, los perros aullaban y ladraban con algarabía sin igual. Yeyo apuntó al tigre, se vieron. El, con mirada asesina y mano tigre con mirada inyectada de sangre, de rabia, cansancio e instintos criminales. El tigre, al sentirse apuntado, dio un salto a otra rama y se puso menos visible, el Yeyo cortó una rama la alistó y pensó: "Este tigre quiere pelea y conmigo la tendrá".

Volvió a apuntar. Un sordo estampido, con eco infernal, se oyó en las montañas de Aguas Claras. El rugido del tigre fue como lamento

del averno y se escuchó una cumbiamba de perros y tigres. Yeyo no alcanzó a cargar la escopeta de nuevo y cuando iba a tomar el machete, el tigre se le vino encima todo ensangrentado y echando baba de dolor y rabia. Había recibido el impacto en el macho de la cola. Yeyo, al verlo venir para encima, con esa agilidad felina, que lo caracterizaba le sacó un zig-zag, tomó la rama y el machete, diciendo:

- Tiiigre carajo, ve con quién te la va a entendé, no en vano me dicen el Tigre Mono. Aapide, Cástula, Bramulia, aquí, no te le meta al tigre que te puedo yo trozá con el machete.

El tigre da una vuelta, abre sus fauces y le muestra unos colmillos devoradores de carne humana. Las garras delanteras, parecen puños del famoso boxeador Mano de Piedra Durán. Al ver semejantes colmillos y semejantes garras, al Yeyo se le tiñó el cerebro de miedo físico y se le avivó en un instante, el coraje, pensando:

"Si mato ecte hijuepúta animal la fama que voy a cogé en tóo lo contorno va a sé ta grande que el mesmo.Argumedo me lo vá a envidiá" (A un señor, de apellido Argumedo, le dicen Mata Tigre, por que peleó con un tigre mano a mano y con rama y zoco lo mató, trayendo, como prueba, las dos patas delanteras y el descuartizado por el tigre).

El diablo de tigre rugía y le lanzó a Yeyo un zarpazo que, si no es por la liviandad de su cintura, las tripas con la cagalera y bofe hubieran salido a preguntar que era lo que pasaba. El zarpazo le rasgó camisa y cuero y al sentirse herido, por las garras en el muslo izquierdo, ataca enfurecido:

- Tigre, hijueputa me va a matá, coge carajo a vé a qué te sabe écta.

El aire se tiñó de sangre. No alcanzaba a ver la herida del animal, ya que con la rama, Yeyo tapaba su cuerpo. Esta rama era el escudo, como el del gran Aquiles. El machete al bajar, salpicó la cara de Yeyo y éste, al sentir el golpe seco y gotas de sangre, con más coraje gritaba como un poseso:

- Jean, granson, domini obis pur, humíllate como se humilló Dio en la crú...

El tigre se para nuevamente y tira su manotón con furia. Se escucha un eco de muerte y lo que fue, cayó al suelo, perdiéndose en la bóveda de la selva un quejido.

- Quiayyyy, quiayyyy ya ectá jijueputa tigre matacte a Bramaulia, ahora va a vé lo que é Yeyo.

Y se volvió el Yeyo loco. El tigre dá un zarpazo. Yeyo lo recibe con la vara de indio aguantando el impacto con regadera de hojas y vainas. El tigre brama, ruge y puja, el Yeyo grita, blasfema y pea. La locura es colectiva. Cástula le muerde los jarretes y hubo un momento en que el tigre, Yeyo y Castula hicieron una sola cosa y una sola cosa aullaba, lloraba, pujaba, mentaba madrazos y salió por los aires otro ser viviente en medio de espasmódicas contorsiones.

¡Tigre jijueputa! Ahora va a tené que acabá conmigo, me acaba de dejá sin perra.

Tira el machete con alma, vida y corazón con tan mala suerte que éste, al dar en seco se le escapa de las manos y queda a merced del tigre que abre su bocaza y está listo a triturarlo cuando Cástula sacando fuerzas de animal perruno, le mordió el muñón de la cola un milímetro. Aprovechó el gran cazador y cuando iba a coger, otra vez el machete el tigre le cayó encima. Pobre Yeyo, apenas alcanzó a decir:

- Tigre jijueputa, trózame la cabeza. Pero no me haga sufrí, el consuelo que me llevo é que también queda jodio, po'e recto de tu vida.

El peso del tigre lo hundía y la baba caliente y hediendo a sarna lo asfixiaba. El Yeyo, en lo último de su lucidez, decía:

- Con do te tomo, con tre te ato, la Virgen Maria...

Qué cosa tan rara, no sentía el Yeyo crujir de cabeza con hueso y pelos. Pero sí sentía que la sangre le bañaba la cabeza y ya iba a cerrar los ojos, por tanta pérdida de sangre cuando lo avivó el lamento de Bramaulia y como que le dió fuerzas. Haciendo fintas y morisquetas se salió como pudo de debajo del tigre. Estaba muerto. El Yeyo le había dado un machetazo limpio en la base de la nariz y otro en el costado izquierdo de la mano delantera.

No podía creer lo que estaba viendo. Había matado al feroz tigre, nada menos que mano a mano. El oído le zumbaba y el corazón no le cabía en el pecho, Bramaulia gemía y Cástula, en medio de su dolor, lo lamía y aullaba...

Se fue recuperando y poco a poco, hizo inventario de su cuerpo: tres tatuajes profundos en la tabla del espinazo, un feo corte en el listón de la pierna izquierda, un dedo descompuesto y la barriga con huellas de garra. No sentía dolor sinó victoria.

- No joda te metícte con el Yeyo, carajo, y ahí tiene tu merecido po' salícme al encuentro.

Cerca en la quebrada se lavó y las heridas no le dolían de la verraquera, del orgullo. Más bien sentía el cuerpo, como adormecido y mucha fatiga. Luego, regresó con la perrita a lavarla y tenía las tripas fuera, el animalito miraba con ojos vidriosos y lamía las manos del Yeyo. Le tomó la cabecita y le habló:

- Miecda, perrita de miecda te va a morí pero te potacte como un buen animá. Lo único que te prometo e que la otra perrita que tengo le pongo tu nombre, e lo único que puedo hace po' tí.

Bramaulia acaba de ser perra en su mundo perruno. Yeyo la tuvo en sus brazos y en silencio la lloró. Lleno de rabia miró al tigre.

- Que animá pa' inmenso-. Jamá en mi vida había topado con fiera semejante.

Hijueputa, bien merecía tiene la mucte.

Puso la perrita en el suelo, para enterrarla después, y cuando se dirigía a atender a Cástula vió que, dentro del follaje, algo brillaba con los rayos del sol. Despacio, las piernas temblando, machete en mano, comenzó a macanear la hojarasca y vio un aro grande con 7 puntas.

Lo sacó, lo llevó a la quebrada y lo lavó. Tenía sucio pegado de quién sabe cuántos cientos de años. Estaba reparando el objeto cuando el aullido de la vieja perra lo saco de sus apreciaciones.

Guardó el gigantesco aro en el "encauchao" y se acercó a la perra, que aullaba de dolor, y al mismo tiempo, anunciaba que venía visita.

Yeyo alcanzó, otra vez, escopeta y machete...

-¡Aaaapideee!, quien crea que ecté por allí que se asome, acabo de matá a una fiera y poco me impocta matá otra má así sea, de do pata.

Enseguida, asomaron unos caminantes, el obrero, el toyota Liñan, Julio Ayala y Luis Porto. Al ver el cuadro dantesco, miraban al Yeyo incrédulos. Este bajó la guardia, comenzo a sentir espasmos y fatigas; el cazador cayó desmayado.

Un mes después de los acontecimientos, se encontraba nuestro personaje repuesto de sus heridas al igual que su infatigable perra y estaba ansioso por llegar a Necoclí, verse con el cachaco, entregarle las pieles, rcibir su resto y sobre todo, contar sus hazañas con el descomunal tigre. Valga la pena agregar que le regalaron una novilla, ya que la fiera estaba diezmando el hato de la hacienda La Floresta.

El Yeyo, desde ese día se volvió más jopón. El tigre fue comido en el pueblo y daba gusto ver al señor Ignacio Peñata reventar tigre a lo que daba el tejo. Vinieron curanderos de muchas partes a ver las manazas y cuero del tigre, cundía la admiración. Al Yeyo lo curaron de sus heridas todas las cataplasmas habidas y por haber, y en fin, el Totumo tuvo "romería".

Desde las playas se miraban los potreros y las quemas del frente de las costas del Chocó. Una fresca brisa azotaba las olas y estas nos enviaban el olor salino sin contaminación. Yeyo, en la playa, preparaba su chalupita lista para Necoclí, cargada de coco, costales y las famosas pieles, cuando el hijo pequeño le dice:

-¿Papi y la cosa que uste tiene en el saco no la va a llevá'?

- ¿Que cosa dice tú, muchacho?

- Sí papi, en el saco hay una rueda grande con una punta y parece que e de un metal raro.

-Bueno, tráemela mientras tecmino de achicá la chalupita.

El niño, con mucho esfuerzo, trajo el costal y se lo entregó. Yeyo sacó la rara cosa, y la rara cosa, al ser herida por el sol brilló con

intensidad. La miró y la remiró y vino a su memoria el recuerdo del tigre. La cosa rara era bonita, aunque aún conservaba la pátina del tiempo.

Después de repararla y curiosearla mandó a traer martillo y clavos, y la rueda con puntas. Cosa rara, la clavó en la proa de la chalupita. Esta, ya en el altamar, al ser izadas las velas dió un brinco y su quilla, como una cortante barbera rasuraba las crestas de las olas.

De marinero, en su timón, pensaba con el signo del billete en los ojos, cuanto le iba a dar el cachaco por las pieles, pieles y pieles, fue el murmullo de la brisa en su pensamiento. En las playas de Necoclí veía a lo lejos, que la gente se agolpaba y él creyó que era la bienvenida por la matanza del tigre camicero ya que hasta se rumoró que el pelaíto de Píndaro, había sido comido por el mismo tigre que mató el Yeyo.

Al varar la chalupita, la gente sorprendida miraba y remiraba la cosa rara, que venía en la proa y hasta alguno se atrevió a preguntar. A mano Yeyo, le dio tanta rabia que preguntaran por la cosa rara y no por su salud o cómo mató al tigre, que la metió en el costal. Caminó donde el cachaco, escuchó rumores que, desde las playas de Necoclí, hacía rato se estaba viendo algo como un sol que destellaba entre velas, tal era la fascinación que la gente se fue al puerto a averiguar qué era.

El cachaco lo recibió con alegría, lo felicitó y le dio media de guaro por su valentía de enfrentarse con el tigre.

Revisó las pieles, las sopesó y mientras las revisaba, el Yeyo contaba y contaba su aventura, así, hasta que el cachaco metió la mano en el costal y preguntó:

-¿Esto qué es?

Yeyo sacándola le dijo:

- Eso e una cosa rara que me e encontráo y la puse en la chalupita de adorno. Como a la gente le gustó, resolví bautizar la chalupita "La Corona del Yeyo".

Él hablaba, en una forma muy natural, pero el cachaco ya no lo miraba tan natural, sino cargado de ventiscas de mala fe. Con los

ojos inyectados de avaricia, pero muy disimulada, trató de no darle importancia a la cosa rara, y una vez terminó de revisar las pieles, las avaluó con un 20% más y le adelantó \$1.000. Total: \$2.400.

Lo invitó a tomar ron. No fue mucho lo que bogó ya que se sentía algo mareado, estaba aún débil de su reciente hazaña. El cachaco, con los ojos brotados, le dijo que la idea de ponerle la corona a la proa de la chalupita era muy buena, ya que así todo el mundo la reconocería. Echaba lagaña y el triunfo de la codicia se sentía a leguas. Yeyo se fue satisfecho y así vino una y otra vez, la gente siempre se agolpaba en la playa tanto de Necoclí como del Totumo diciendo: "Allí viene la Corona del Yeyo"...

Él se vanagloriaba y parecía un pavo enamorado. Como habíamos dicho, media casi metro y medio. Usaba un sombrero de fieltro rape y un carriel que le llegaba mas abajo de las rodillas. De piel morena, cabellos quietos, y bastante chato, en su vestimenta usaba siempre un poncho en los hombros y una "peinilla" con cubierta que le arrastraba. Usaba, además, abarcas "tre puntá".

Yeyo era muy famoso, bebedor de guandolo, enamorado y bailarín. Había que verlo bailar un pasodoble, la gente le desocupaba el salón. Siempre que venía la chalupa del Yeyo, la gente en las playas y el todo engreído.

Mano Cachacale le estaba haciendo la cacería, y le recibió a guardar en el costal la cosa rara. A Cachacale se le enrojecía la cara y los ojos alumbraban más que la corona del Yeyo. Cierta día:

- Don Yeyo, aquí le tengo un regalo para Andresito en su cumpleaños y si no lo ha bautizado, yo me brindo.

Complacido, al ver un vestido de paño, camisa blanca, vela grande y con cinta, abre tremenda boca y dice abrazándolo:

- Ucté e muy bueno conmigo, me ha mejorao lo precio de la piel y ahora me hace ecte regalo que debe coctá un dineral, se lo agradejco y aceto que ucté sea mi compáe.

Cachacale le golpea la espalda y le dice:

- No le haga caso a la cosa, usted me ha dado a ganar plata con las pieles y hay que ayudar a quien lo ayuda a uno...

Hablaba con el Yeyo y con su imán puesto en el costal, me atrevo a creer que algo pérfido ya estaba cruzando por su malvado cerebro. El cliente de marras invitó al Yeyo a tomarse unos tragos, en el preciso momento en que iban a salir, viene un niño con una boleta.

- Mi padrino, don Jaime, manda a decir que si puede venir un momentito. Lo espera en la casa y que lea el papelito.

Yeyo se lo entrega a Cachacale y éste lee:

-Amigo Yeyo: me han dicho que usted...

Suspende y brinda a Yeyo un trago "patta e gazza". Aprovecha y lee para sí: ... "se encontró una reliquia indígena, por lo que me han dicho es de oro puro, tráigala y aquí conversamos"...

-Aquí, lo que dice el compadre Jaime, es que usted debe tener aún una pata de tigre. No le pare bolas a la cosa. Mañana va allá temprano y si quiere yo lo acompaño. Ve nene, dile que mañana vamos por allá.

Partió el papelito en varios pedazos...

-Ahora o nunca-

Yeyo le preguntó.

-¿Y usted qué quiere decir con eso de ahora o nunca? El Cachacale se sorprendió y respondió:

-Lo que digo es que ahora o nunca cierro el negocio, ya que, de lo contrario, comienza a llegar la gente a que le preste, que le avance y hoy es sábado, hay baile donde Elisa Barrios, vamos pa'lla, yo lo invito, deje todas las vainas aquí.

Se daba prisa por cerrar y coger todos los corotos del Yeyo. Los acomodó en la alacena, le dio una "botella pipona" y él se llevó otra, no sin antes ofrecerle un patta e gazza. A Yeyo se le saltaron las lágrimas cuando bebió el trago dobletiao. Por el camino, todo el mundo lo saludaba y preguntaban por la corona, las heridas, las pieles. Mala suerte. De la otra calle, venía Jaime. Cachacale al verlo:

- Allí viene el morocho látoso, crucemos a la otra vía. Y si nos alcanza, le dices que mañana temprano, vamos por allá.

Tomó al Yeyo, muy en serio, del brazo y lo hizo cambiar de ruta. Se lo llevó para una cantina y trago que viene, trago que va, Cachacale habla, habla y habla y no dejaba que conversara con nadie. Llegaron a donde Elisa Barrios como a las nueve de la noche, el ya charamusco, el ojo lo tenía chiquitico del guaro que había echado entre pecho y espalda. El baile estaba en lo mejor. Mesas de frito en las puertas, venta de chicha, juego de ruleta y el pick-up tronaba con los vallenatos de Alejo Durán y las rancheras de Tony Aguilar.

Yeyo llegó sonámbulo, pidió un barato al primero que encontró, bailó dos piezas y Cachacale lo llamó. Se sentaron. Pero Yeyo repartía vista a ver a qué muchacha le echaba el gancho.

Cachacale se paró un rato a hablar con una mona despampanante, escotada por delante y por detrás y con unas tetas descomunales. Le entregó un fajo de billetes. Esta se rió y se fue, después que Cachacale le secretió algo al oído. Regresó a donde el Yeyo.

- Usted sí que está de buena, esa mujé a mí siempre me ha gustáo y nunca me ha parao bola...

-Vea compa Yeyo, si usted quiere acostarse con Ninita, se la cuadro.

Con admiración suprema, mostró sus dientes carnívoros de lujuria y, en señal de agradecimiento, brindaron con patta e gazza. Cachacale se hizo el loco y dejó solo al Yeyo. Al ratico llegó Ninita y con risita, toda coquetona, le pidió un cigarrillo, este le dió un paquete y la invitó a beber, pero ella rehusó porque no había comido. Yeyo la invita donde Claudina a comerse unos "paraclovo". Es una arepa con huevo y dentro una gran cantidad de ripiristrí, queda uno listo pa'lo que sea. Se comieron de a dos. Luego tomaron algunos traguitos y bailaron vallenatos, rancheras, pasodobles, con secreticos al oído, risitas y picaronadas y pronto Yeyo estaba "cobao". En la costa "cobar" es bailar muy pero muy pegaditos, con ganas de dos cucharadas de caldo y manos a la presa.

Romelio hizo de las suyas y al día siguiente Yeyo sintió sabor de cobre en la boca. Los rayos del sol hirieron la vista enguayabada. Espabila, se frota los ojos, una y otra vez, hasta que salta de la cama y encuentra una mona, muy mona, con las pinturas hechas un desastre. La Ninita que él conoció, era un despojo de torbellino, los treinta y tantos años que aparentaba se trocaron en más de cincuenta y para colmo tenía una llaga que supuraba peor que la de Merejo.

No era la Cándida luna la que tenía chorreadas las curtidas sábanas. Era cipote llagón de Ninita. Yeyo del asco, del mareo, limpió los labios que, rato antes habíase extasiado endulzando y chupando con delicia, con voluptuosidad y, para colmo, en la porcelana que sostenía el aguamanil y de la cual Yeyo había bebido, nadaba muy oronda una chapa llena de sarro de Ninita...

Yeyo vomitó y vomitó y ni con todo eso, despertó lo que antes él había apretado con frenesi. Se arregló como pudo, olvidando ponerse los calzoncillos, llegó a donde mano Cachacale y éste, no se encontraba. Del asco, del malestar, Yeyo se fue sin sus herramientas y por el camino, se acordó que la plata, el costal con la cosa rara, el vestido del niño y otras vainas más se habían quedado. El fastidio y el guayabo de los patta de garza ingeridos, lo tenían "esmondongado". Pero aún así se devolvió y llamó donde Cachacale. Era tanta su insistencia, que alguien le dijo que se había madrugado para Turbo, como a las cinco de la mañana. A Yeyo le zumbaban los oídos. Tocó nuevamente, y la vecina gritó:

-El cachaco se fue del todo para Medellín, como a las cuatro de la mañana, se coroteó en un Johnson.

El compae Yeyo se fue a la playa y vomitó hasta lo que no se había comido y sin más pensar, se embarcó en su chalupita. Cuando iba a zarpar se esculcó los bolsillos para comprar Alka-Seltzer o hielo y ni mierda había porque la había vomitado. Ya, en alta mar, el sopor lo fue adormeciendo y comenzó a soñar despierto que con razón Ninita nunca usaba falda y a nadie le dejaba ver las piemas.

Ahora recordaba que en la noche, cuando se encontraba adormecido, ella se levantó, se desamarró los vendajes y aún destilando sanguaza... ¡Virgen Santa!, no quería ni acordarse de sus amores sanguinolentos. Era preferible una luna equivocada, a una llaga supurada. Por fin, se daba cuenta que el señor Jaime... La

boleta... y hasta se atrevió a mirar la proa, a ver si por milagro la corona estaba en su sitio, mas ni mierda mi cabo, plata, corona, pieles y todo, habían volado y hasta la quincena que había dejado para surtir el chuzo por ende estaba del todo pelao, "¡mierda, mierda y ahora qué va a sé de mí!..."

Se agarraba la cabeza, vomitaba y pensaba que se había bien comido a Ninita y ella lo apretaba y decía mi papito Yeyo. El cándidamente creyó que lo quería y lo que quiso fue joderlo. Se le saltaron algunas lágrimas. Pero 'no joda', él era un hombre de vecdá y de verraquera no iba a buscar la plata de la Ninita del diablo. La cabeza le daba vueltas y recordó que Cachacale se quedó con la plata para pagar la cuenta por parte de él.

Así, hasta que llegó la chalupita a casa en el puerto de El Totumo, nadie lo esperaba. Andresito, que no se había dado cuenta de la chalupa, ya que cuando se asomaba al puerto no veía el resplandor. Le contó que un señor, muy blanco como gringo, había venido de parte del rey de Holanda a comprar lo que él se había encontrado, quedando de volver mañana...

Yeyo nada contestaba y fueron llegando su mujer, sus hijos, sus familiares y todo el mundo. Parece que las hondas hertzianas hubieran llegado primero que él y todo ya se sabía en el pueblo. Claudina se dirigió a la chalupita y la vió vacía, sin costales, sin carga y sin un carajo. Además, le había dado doscientos pesos para encargos... Mierda se le revolvieron las heridas no del tigre sino las del hijueputa del Cachacale y las de la mal nacida Ninita.

Narran las historias, que Necoclí fue la primera población, en tierra firme del continente americano, que los españoles fundaron y llamaron San Sebastián de Urabá. El trato que le dieron a los indígenas fue cruel y éstos, aprovechando que, un día cualquiera salieron los españoles de excursión, arrasaron el caserío a sangre y fuego. Así huyeron hacia Santa María La Antigua del Darién, en las vecinas costas del Chocó. Botín y familiares muertos, quedaron abandonados y de allí Necoclí tuvo, como nombre osiganá, que en lengua Cuna quiere decir río de sangre...

Los indígenas habitaron toda esa costa y la voracidad del colono, posteriormente los fue empujando hasta llegar a Caimán Nuevo después de estar en Caimán Viejo, El Totumo, etc. Muchos han sido los tesoros encontrados, a lo largo de esa zona. Por eso, no es de extrañar que la corona que Yeyo encontró, de oro macizo, era auténtica de un Cacique. Dicen que su peso era de 12 libras y el barro y la patina acumulada que Yeyo se negó a limpiar, cubría incrustaciones de perlas, rubíes, diamantes y otras piedras

PORQUE ME DIO ESE BAMBAZÚ

Cada cual refería su historia y entre tantas, esta me llamó la atención:

-Hay una época en que el aguamala inunda el golfo de Urabá. En las orillas no más se ve aguamala aquí, aguamala allá. Las playas se inundan de marisco. En esa época abundan los peces grandes como el zábalo, el jurel, el pargo, la picúa, el lebranche y otros. Sobre todo el zábalo, no debiera comerse; la carne pica y dá mareo. Sí, uno se marea que parece que se fuera a morir... Llegué bien cansado del trabajo y le dije a mi mujer que me hiciera un guiso de cabeza de lebranche. Mientras se preparaba la cena, vinieron unos indios del Resguardo de Caiman Nuevo. Como somos muy buenos amigos nos pusimos a cherchar; una india me pidió permiso para hacer un arroz y que le prestara la olla, la india Justina traía lista su zarapa.

El arroz en la olla comenzó a hervir y destapó la zarapa. Vi que había miles y miles de pececillos del tamaño de un cuarto de palillo, sin lavar los echó al arroz y comenzó a revolver. Interrogué con la mirada y la india sonrió diciéndome, "esto es sarroso, mucho sarroso, mucho bueno. Ustedes los libres no saber comiendo bien, todo lo lavan y comida perdiendo sabor. Esto es cogido del mar y estando limpio, nosotros conocer secretos de naturaleza, nosotros no comer animal sangrino, dar sarna y mucha espinilla en cara, lobo pollero dar sarna, su carne y muchas especies en épocas ser venenosas..."

La india se fue con su combo y yo a saborear mi guiso con todo su ripiristrí. Una vez terminada la cena hice lo de siempre, prendí el radio, contemplé el mar, aspire la salinidad y escucheel murmullo del golfo. Había una estrella menos y luces intermitentes de los barcos que cruzaban el golfo de Urabá. Serían mas o menos las doce de la noche cuando siento que la lengua se me adormece, el corazón parece que lo voy a vomitar, no cabe en el pecho y sus pulsaciones mas aceleradas, la cabeza me dá vueltas y... me estoy muriendo. Sin hacer ruido me levanto, tomo una aspirina, me siento en una 'Maria Palito' frente al mar a contemplarlo por última vez y dije:

" ¡Dios mio! Tu sabes que yo no soy malo, si alguna vez hice cosas maldadasas perdóname, mejor dicho, tu me conoces y sabes que nunca fui tan malo", dicho esto me dispuse a morir como todo cristiano que cree en Dios. Sudaba a chorros y fueron desfilando mi mujer, mis hijos, mis maldades, mis padres y me estaba muriendo y, para como, me estaba muriendo solo; ¿.para que hacer aspavientos e intranquilizar a mi mujer o los hijos? Dios sabría que hacer conmigo pero que me estaba muriendo, me estaba muriendo... Mis ojos brotados se fueron aguarapando y las piemas no las sentía para nada, la lengua paralizada y el corazon con ganas de salir... Me morí sin darme cuenta siendo despertado por el canto vivificante del gallo. Contemplé el mar y vi su serenidad, paréceme que dijo: "Tranquilo hermano, usted tiene para muchos años, usted es mi compañero y mientras a mi no me contaminen usted anda bien". El "bollero" proyectaba su luz azul lechoso en las mansas aguas del Golfo. Me palpé, mi cuerpo andaba más bien que el carajo, los ojos, la lengua, el corazón, las canillas y todo el armazon con tripitorio y todo en perfecto estado. Nuevamente contemplé el mar y este me guiñó el ojo. Me levanté, le envié un saludo y me encaminé a mi cuarto. Mi mujer dormía plácidamente y sin querer le estampé un beso en la frente diciendole: "Mierda hija, de la que me salve, casi te quedas sin tu negro". Quince dias despues me sucedió lo mismo con mayor intensidad, luego se repitió dos veces. Entonces comencé a hacer un recuento; saqué como conclusión que mi vida la había llevado muy normal y que había comido pescado, cerdo y chupado caña... pero últimamente solo había comido pescado ¿Y cual?

Me reí como nunca al recordar los cuentos de velorio sobre la intoxicación de los peces con el aguamala.

Esa tarde estaban las playas tachonadas de aguamala y hediendo a marisco. Se veían los peces grandes y en mis oídos taladraban las frases de la india: "Ustedes los libres no sabiendo comer, esto está sarroso..."

Vino a mi mente la otra historia de una familia que hubo de ser llevada de emergencia con comezón y calambres en el cuerpo, asfixia, taquicardia, en fin, estaba del todo esguarrulada. Después de auscultarla y las preguntas de rigor, la respuesta fué: "Lo único que comimos fue pescado..."

De esto hacía como siete años, y precisamente era para el mes de octubre. Los pobres turistas son los paganos. Ellos al bañarse encuentran los movimientos rítmicos del aguamala tan exóticos, que pretenden los puñeteros danzar con las medusas, enseguida sienten la mordida que no es otra cosa que el roce de la baba. La secreción da tanto escozor que quedan paralizados del ardor, teniendo la necesidad de salir de inmediato a la playa a llorar, a berrear. Sinceramente da dolor verlos. Nosotros no sufrimos ya las consecuencias de ese escozor, nuestra cura es coger un puñado de arena, empaparlo de nuestros orines y sobar en la parte rozada por los filamentos del aguamala. Esta, entre otras cosas, no respeta pinta y tanto y puede dar escozor en la palma de la mano como en el cuello, es tan ardoroso que uno se las ingenia, si no tiene orina puede solicitarla en calidad de préstamo. Cuando este es el caso, de inmediato uno mea a la persona donde la pico. Pobres niñas turistas y que insolentes nativos aprovechados...

Yo desde el día que comencé a morirme y los días siguientes de mi agonía, comprendí que como había cosecha de aguamala, los peces se estaban comiendo las medusas, unos porque les gusta, otros porque se purgan, y..... por qué me había dado ese bambazú.

LA PIEDRA DE ANTONIA.

Su voz me causaba sosiego y tal seguridad que por muchos problemas que tuviese, solamente hablar con ella, todo cambiaba. Antonia era una abuela de Turbo con sus tantos años y sus canas. El respeto y la dulzura manaban de ella. Los ojos los entornaba cuando hablaba de sus muchachos, hijos de más de cincuenta años. Ese día, como de costumbre entre a su casa al fondo. La encontré encorvada sobre una batea de Caracoli. Me le fui por la espalda y la abracé, sin mirarme dejó de lavar y dijo:

-Tú crees que me vas a sorprender, tu eres Luis Miguel.

Sonreía y al voltear ví su cara radiante de felicidad, al recibir un beso de su nieto como ella me llamaba. Suspendió los quehaceres, se enjugó las manos en el delantal de casi su edad que sirvió para que se perdieran en él.

-Abuelita, no te molestes...

- No sigas, tu no vienes todos los días y ahora pretendes irte de una vez, no señor. Siéntate que te voy a regañar.

El corazón se me encogió al ver en su cara un rictus de tristeza. Un regaño de mi abuela Antonia era como un latigazo en el alma. Se sentó frente a mí, me tomó las manos y con dulzura de ángel viejo susurro:

-Papito cuídate, me han dicho que te estás acostando muy tarde y cuando sales de las sesiones del Concejo, te quedas parrandiando hasta altas horas... La semana pasada cuando iba hacia la iglesia te ví salir de...

Mi abuela Antonia me hacía inclinar la cabeza y sin querer recordaba al patriarca Roman Berrío su difunto esposo, quien en el corregimiento de El totumo, en tardes invernales recogía la singa de coco para prenderlo y así ahuyentaba los mosquitos, luego se quedaba pensando y ese silencio mustio iba hacia Antonia. Mas de una vez le escuché el lamento de la lejanía de Antonia y ahora, al estar cerca de ella comprendía lo que esta matrona encerraba en su alma, el imán de su piedad y ternura transfiguraba las penalidades...!

Otro día, la vi como siempre, encorvadita:

-Abuelita, ¿que estas moliendo?, ¿maíz? ¿Y donde está la máquina?

Rió con ganas como un canto de tórtola en las auroras de otoño.

-Mi nieto Luis Miguel, la gente se volvió floja con las máquinas, yo soy mi propia máquina. Este corazoncito, que se lleva las manos huesudas al pecho, late y aún lo hará por muchos años, no necesita chumaceras ni repuestos de bujías o empaques, no señor, mientras uno no trasnoche, coma lo debido y viva como un buen cristiano, el Señor y la Virgen Maria le dan la fortaleza al alma y este es el verdadero pilar del cuerpo. Mira como muelo el maíz desde niña, mis padres no conocieron máquinas y el alimento de mi esposo, hijos y nietos ha sido amasado con estas manos y majado con esta piedra...

Me mostró una reluciente piedra color plomo y al tocarla sentí como si dentro de esa piedra navegaran ríos de sangre con turbinas de fortalezas de alma, en esa piedra estaba el alma de Antonia. La piedra palpitaba en mis manos; cobraba vida cuando era activada por la batería balsámica de Antonia.

Una batea de piedra y la masa. El maíz, la yuca, el plátano y todo lo que requería amasarse, abuela Antonia lo hacía a todo pulmón. Engarfiaba sus manos y con una música que ella solamente escuchaba de coros de ángeles, se contorsionaba e impregnaba de amor el pentagrama de sus hijos, de sus nietos.

Al prender las brazas, asaba las arepas o cocinaba los bollos, a las cinco de la mañana. A esa hora ya estaba el desayuno, llamaba como una campanada y observaba enternecida como sus muchachos ya hombres y mujeres desayunaban y cada uno a las disposiciones del nuevo día.

Abuela Antonia machacó barro de Chucunate, se despertaba al run run de los motores del caño Waffe a cualquier hora, la estremecieron los huracanes del Zuriqui y su alma se endulzaba con las procesiones del puerto. Abuela Antonia, entrelazaba en sus dedos las cuentas del rosario, balbuciendo oraciones por sus semejantes y cuando el tañir de las campanas anunciaba el regreso del hombre a la tierra, derramaba lágrimas de piedad. Alguna vez le

escuché decir:

-Dios divino, ten piedad de su alma y dadme más fortaleza para ayudar al desvalido tan siquiera con mis oraciones.

Los sindicatos han crecido y los problemas en el puerto se han multiplicado con la codicia de la gente. Los patriarcas han abandonado esta vida para encontrar el verdadero descanso, al lado de Milan, Gonzalez, Berrio, Delgado, Uribe, Porto y muchos mas.

Turbo ha cambiado y sus pavimentos hacen intruso al conductor, las aceras de la gente ahora se convierten en covachas de negociantes sin ubicación. El sol de Turbo lo siento raro y el caño del Waffe dejó morir el eco del run run de los motores. Siento una congoja en el alma y camino como un zombi.

Parada en la puerta está Ramira y al verme me abraza y llora, empapándome el cuello de llanto.

-¡Ay! Luis Miguel, tú que la quisiste tanto, ella que tanto te quería... Mi mamá, tu abuela María Antonia murió...

Quedé seco, estático y algo inundó mi cerebro perdiéndose del todo la claridad del día. Como un autómatas entré y se desparramó mi cuerpo en un sillón. Al frente, Rosalba, con un traje negro, los cabellos en desorden y el llanto contenido, al vernos se conmovió y las lágrimas comenzaron a salir a borbotones. Me abrazó y en silencio lloramos la muerte de abuela Antonia...

María Antonia Mena Rivas, cumplió noventa años el pasado 15 de agosto dejando huérfanos a José Encarnación, Ramira, Rosalba y Romancito.

-¡Ay! Luis Miguel, mi mamá murió y mi hijo, a causa del dolor amaneció muerto.

-Se nos fue, se nos fue.... Casi que con rabia se despegó de mí, volviendo rato después con algo tapado en las manos y me dijo:

-Coge, yo sé que esto va a rodar hasta que se pierda, tú si le tienes aprecio y la cuidarás, ella cuando la miraba se acordaba de tí...

Tomé en mis manos el envoltorio, era pesado. Silencio y muchos pares de ojos observaban. Lo destape. Estaba lavado reluciente y muy gris. Al acariciarla sentí que mi cuerpo se transfiguraba y todas mis preocupaciones se disiparon. La piedra estaba cálida y de ella escapaba un destello.

El corazón de mi abuela Antonia aún vivía en ella; la llevé a los labios y estos casi se queman... La piedra olía a maíz, a bollo, a yuca, a manos, a cuentas de rosario, a la piedad bondadosa de mamá Antonia.

PAPI... PAPI, MIRA MI PANDONGA.

Los pequeños no cesaban de observar la cantidad de cometas que danzaban como gaviotas ebúrneas, halcones, cóndores en el majestuoso límpido cielo de Morroa. Sus perendengues rizados al ulular del viento entonaban notas de alegría con que los párvulos de felicidad hinchaban sus corazoncitos y gritaban: -Echale mas hilo, cóbrala, mira la mía como se bambolea...- La algarabía infantil se perdía en la inmensidad de la sabana, tan bien descrita por el historiador Luis Amaya.

En tanto mamá Lu y Maria Auxiliadora tomadas de las manos bajaban del morro, de uno de los morros que siglos atrás era morada del gran cacique Morroi. El eco bullanguero aún embalsamaba las calles con las notas del pito atravesao, el tambo retumbante y en la niebla del recuerdo danzaba la Pola Berté un porro juglaresco con el historiador Manuel Huertas...

Esa tarde de agosto el sopor conjugaba las esencias rancias de la cerveza, del ron y los orines y desde la plaza inmensa se observaba en el mural un gran juglar del pito atravesao que con ojos sonadores, nos hacía despertar el recuerdo de ese gran festival organizado con tanto tino.

"Pola Berte... Pola Berte Recuerda cual es tu fama Te la dió Pedrito al querer que El músico de sabana..." El recuerdo ya viajaba en lontananza.

Remberto aún somnoliento por los vapores del romelio (ron) y el trasnocho, acompañaba a su hijo rumbo a casa. Al pasar por el campo donde se elevaban cometas solicitó a su padre que se detuviera un rato. Sus ojitos ávidos observaban la danza de policromas figuras que zumbaban y zumbaban meneando la cola por la satisfacción de estar en libertad y poder dialogar con el espacio. El niño se sentó y su corazoncito latía de codicia infantil. Una lágrima asomó a sus ojos, luego salpicó a la grama y reventó el llanto detenido. Remberto al ver a su hijo en ese trance, recordó que el pasado año le había prometido una cometa y esta no daba señales de aparecer. Mecánicamente mandó sus manos a los bolsillos y como era de esperar, ni cinco. El festival del pito atravesao lo había dejado "mondao". Parpadeó, pensó y pensó... -Espérame, ya vuelvo, quédate un momento aquí-. El niño en la bruma de su llanto veía a Remberto como iba diluyéndose hasta

desaparecer.

Unas carcajadas lo despertaron del ensimismamiento en que se encontraba. Vió grandes, pequeñas, rojas, azules, amarillas y hasta con mensajes. Su pecho quiso romperse otra vez al recordar que nunca su padre pudo darle una cometa. Miró a todas partes y él no venía. Recostado en el prado sus ojos volaban al igual que las cometas. No se dió cuenta cuando llegó Remberto con un cartucho de hilo, un pedazo de tela y unas varillas de palma, es decir la vena de palma.

-Yo te he dicho que nunca arranques una hoja a los cuadernos, pero hoy vas a tener que prestarme una, cuando tenga dinero te compraré otro cuaderno.

El niño perplejo entregó a su padre el cuaderno y este arrancó una hoja del medio. Con la curiosidad infantil de sus años idos tomó una varilla de la vena de palma y la insertó en la hoja de papel, luego hizo lo mismo en forma de X pasándole al final otra varilla por el centro. Tomó un pedazo de hilo, lo amarró en las puntas de las varillas superiores y en todo el centro, donde se encontraban las dos varillas. El pedazo de tela lo ripoó y ripoó, hizo una cola larga y la amarró. Miró por aquí y por allá, hasta encontrarse uvita mocosa madura, tomó algunas y con maestría sin igual se sacó del bolsillo unas tiras de papel celofan azul, partió pedacitos arreglados con rizados a los extremos, los pegó y amarró el cartucho de hilo al extremo superior y parte céntrica.

El niño miraba y miraba la laboriosidad de su padre en tanto las lágrimas vertidas antes se habían cuajado. Remberto continuaba con esmero de padre sin cinco; su hijo, su hijo tendría no una vistosa cometa, no una costosa ni despampanante cometa, pero si, sin comprarla, le iba a entregar una "pandonga..."

Una ráfaga de viento despeinó una altiva palmera y Remberto sin pensarlo dos veces echó la pandonga al aire.

Esta, como queriendo escapar, como queriendo dar el primer suspiro de vida hinchó sus perendengues pegados con uvita mocosa, tensó sus tres hilos y como las caderas de la Pola Berté, la cola comenzó a danzar en tanto se iba alejando para dar el adiós al viento. - Papi, dámela, dámela papi, es mía, es mía mi pandonga...

Los niños dejaron de mirar sus cometas al escuchar unas notas de pito atravesao, el run run de la pandonga semejaba el cántico del pájaro puerquero colilargo pecho blanco... Turru tu tu tú... turru tutú. Parecía como si el alma de la Pola Berté se hubiese detenido en la cometa-pandonga del hijo de Remberto.

Estaban tan asombrados los niños que sus manos soltaron las cometas y estas dando volteretas viajaban y viajaban como luceros escapados de manos de niños buenos. El espacio inmenso quedó apenas para la pandonga y su turru tu tú, tututu tu tú. Recordé las leyendas del escritor Manuel Huertas... 'no hay porro, no hay fandango, ni esperma derretía en que no se encuentre el alma de la Pola Berté y, precisamente la Pola Berté, el alma de ella, estaba en la pandonga que bailaba, zumbaba y coquetonamente movía sus brazos en forma de perendengue.

El niño quedo petrificado mirando su "pandonga". Los otros niños ni cuenta se dieron que sus sedales, en volteretas se fueron a hacerle compañía, como en ruedo misterioso que aclamaba a la Pola Berté.

Mamá Lu y María Auxiliadora se encontraban en medio de la muchedumbre que atraída por el cántico misterioso, llegó a tropel. El pueblo de Morroa estaba todo presente escuchando el final del festival. Turru tu tú... Turru, tu tú. Los ojos ávidos, los pechos saltarines, veían en la pandonga el cuerpo contorsionado y airoso de la Pola Berté, en tanto se perdía la inocente vocecilla del niño; - Papi, papi mira mi pandonga...-

LA NEGRA VENGANZA DE JULIAN

La vaina que con semejante pinta ni siquiera podía trabajar de limosnero, maluco en sentido estricto de la palabra. Desdentado, tuerto, la mano izquierda seca, con una cicatriz que le cruzaba de la cumbamba a la frente o viceversa, y a que seguir contando, si de continuar lo desbarato.

Para colmo de males Julian era salado. Cierta día con el ojo bueno, a lo lejos vió algo que brillaba en un matorral a orillas de una profunda quebrada; al acercarse y enviarle las mil y pico bujías de su lamparon, observó que era un sedal de nylon con un anzuelo pequeño. Miro, remiró y de un zuáquite lo tomó y con una encía chupada se sentó a orillas de la quebrada a meditar, a tirárselas de filósofo con filo. Sí señor, el tremendo filo que tenía nuestro personaje era mas negro que el túnel de su bujía apagada. Mentiría si atino a pensar lo que pensó Julian, lo cierto es que comenzó a escarbar con una concha de coco y, zipote lombríz de tierra se retorció en sus dedos. Ensartó la mitad de la anélida y lanzó. Espera que espera y ¡ni mierda mi cabo!, ni siquiera intentaba cruzarse por ahí un boquipombo, mucho menos una yalua. El harnbre tenía al pescador dopado, pasaron horas y horas y el sueño hacía mucho rato que cubría el ojo de él. El calor era sofocante, no soplaba ni poco y el sol caliente que caliente. Un fuerte tirón sintió el pescador y este de susto, de emoción perdió el equilibrio y ¡chasss!, a la quebrada fue a parar con el sedal agarrado. Chapoteaban el pez y él. En sus ansias de pescado se le olvidó la vida y estuvo en un tris de ahogarse.

-Me importa un carajo que me hubiera ahogao, lo interesante era cogerte.

Le mostraba al viento un tremendo moncholón de dos libras, la presión se le subió al ver semejante bocado que iba a pasar por sus desdentadas encías. No me vayan ustedes a preguntar como lo abrió y de donde sacó fuego, pero el moncholo se asaba a fuego lento, tan lento que salió a buscar otras chamizas para avivarlo. En tanto daba la última mirada a su estofado sin sal, se relamía de satisfacción gastronómica y hasta se daba el lujo de pensar y sonreír:

-Dios aún esta conmigo, semejante pescaote pa' mi solo.

Se reía y su risa se perdía en el espacio, se agachó como a cincuenta metros a recoger unas chamizas y cuando se quiso parar vió a la perra de zorrilla que en sus fauces llevaba el casi asado moncholo. Rabia, sorpresa, ira y llanto se conjugaron y hasta hubo un instante en que quedó paralizado, que aprovechó la bestia impropia y arbitraria para emprender veloz carrera. Julian corrió también y tan bien corrió que alcanzó a la perra perrísima por el rabo. En sus manos quedó hollejo sarnoso y hediondo y en el aire un vaho acezoso de Julian y perra.

-¡Hijueputa, hijueputa! dame mi pescao, yo lo pesqué y tu no te lo va a comé, suéltalo perra ¡hijueputaaaa!

El eco llevaba su grotesco insulto hasta perderse en las cantarinas aguas de la quebrada. Esta indolente y cristalina brindaba fresca al radiante sol del medio día.

Julian nuevamente alcanzó la perra y ya iba a cogerla por el rabo cuando vió que este estaba todo enmondogado, lleno de sangre y goteaba por el suelo sudor, sanguaza y baba. Las axilas de mi compa Julian eran a esa hora del día, con tal carrera y para rematar zozobra, una letrina de borracho harto de guandolo.

La hambreada perra vió que Julian la iba a estrangular, eso lo supo al observar que la bujía buena echaba chispas como si un corto circuito explotara en sus entrañas. La perra perrísima soltó el babeado y arrastrado Moncholo que rodó por tierra. Julian se paró en seco y lo tomó. Su pecho amenazaba con reventarse, mas alcanzó a decir:

-¡Hijueputa perra! Te lo quité, te voy a probá que no te lo va a comé.

El único, o mejor los únicos que sabían que esa era una presa de moncholo eran los protagonistas, ya que en el puerco estado en que se encontraba era difícil precisar. Ese aroma que le removía antes el jugo gástrico a Julian, ahora bilis que amenazaba ahogarlo, se convirtió en hediondez.

El animal se paró a distancia. Se miraron. Ella con la lengua afuera del cansancio y de la sabrosura y Julian con su moncholo sin saber que hacer. Cruzaron tantos y tantos pensamientos negros que optó por una negra venganza.

-¡Yo me vengaré de ti perra hijueputa! Cogió el o lo que se llamó moncholo y lo tiró, dió la espalda y comenzó a irse. Se paró en seco, miró y ya la perra estaba que se acercaba a su codiciada presa cuando Julián salió nuevamente en su persecución gritando: - Cójala, mátenla, que tiene mal de rabia. Mátenla, mátenla, no la dejen escapar que ya mordió a uno-

La perra corre y Julián detrás. Puertas y ventanas se abrieron ante tanta bulla y carrera. Por puertas y ventanas entraron las ráfagas de: -Mátenla que tiene mal de rabia, ya mordió a uno. Mátenla, no la dejen escapar-

La perra captó la infamia de Julián y comenzó a llorar, confundiéndose el llanto con su baba y entre más lloraba y más corría, mas baba echaba, del susto, del sentimiento. Los ojos para colmo se le pusieron rojos, dando así el aspecto de la hidrofobia en potencia y al ver los observadores de puertas y ventanas a la fiera con hidrofobia y... "Mátenla, mátenla que tiene mal de rabia y ya mató a uno", el llamado de Julián no se hizo repetir y piedras, palos en mano comenzaron a llover en el famélico cuerpo de la perra de zorrilla. El animal jadeaba, lloraba, clamaba auxilio, suplicaba pero su súplica era considerada por sus victimarios como ganas de morder a alguien. Estaba acorralada, no iba a tener escapatoria y fue cuando pensó que si iba a escapar tendría que defenderse a colmillazos físicos. Se paró en seco y mostró sus feroces colmillos. Julián aprovechó para decir:

-Cuidado, cuidado que está lista para brincarle a alguien, así fue como mordió al muchachito...

Piedras, palos y más leña llovieron sobre el desdichado animal. Una piedra de más de libra machacó su cabeza y el alarido rompió los tímpanos de algunos victimarios. La perra lloró de dolor, de dolor de muerte. La gente la remató a piedra y a palos y la perra estiró las patas, boqueó, cagó y miró por última vez a Julián. Este con risa cínica dijo:

-¡Hijueputa carajo! Me vengué...

MI NOVIA LA MELEGA.

Al salir de las prácticas del gimnasio deportivo de pesas de Manga, antes de dirigirnos a casa, nos sentábamos en el parquecito a descansar. Llegábamos a las seis de la tarde dos veces en semana y concluíamos a las ocho y media de la noche. A esa hora, y precisamente en los mismos días se reunían las melegas en el parquecito y sin querer escuchábamos sus conversaciones.

-Mi patrona es buena conmigo, con decirte que cuando voy a salir después de comer, me echa en la ollita arró, canne, ensalada, plátano en tentación y todo lo que se haya hecho de comida, hasta me obliga a que lleve para la casa sopa, eso si, es tan fregada que lo único que no deja es sacar sus trastos, por eso la sopa tengo que colarla pa que no se atore en la botella.

-¡Ay mijal!, la patrona mía si que es jodida, los días que me toca salir no hace comida sino que me manda a preparar sambuche. Los blancos parece que no tuvieran estómagos, ¿qué va a llená dos torreas de tomate y lechuga?... qué va, esas cosas no la como yo. A mi me gusta la comida que apriete, ná como mi arró de coco mi posta de sábaló, o si no mi sancocho de pescao con zumo de coco.

Yo no pretendía escuchar, pero ellas hablaban duro y se reían. Algunos amigos de la calle José María Pasos del barrio Torices estábamos reunidos: Jaime, Alfonso, Carlos, El Yaco- Peyo y otros. El amigo Lince decía que Meléndez estaba muy de buenas, ya que se había conseguido una novia melega y esta le llevaba comida dos veces a la semana con derecho a pucho y bateo. Soltamos la carcajada y hasta sentíamos envidia del amigo Meléndez; alguien manifestó que también se iba a conseguir su meleguita.

No dije nada pero, tendría la mía.

-Oye, y la hay tan buena que cuando uno está mondáo hasta platica le dan para que la lleven a cine o alguna heladería.

Continuaba mis prácticas de costumbre. Un día cualquiera vi al Yaco que tenía 'apeccuellá' a su muchacha, ésta al verme sintió pena y trató de esconderse detrás de un árbol frondoso, pero a mis años maldadosos le dije: No te escondas Yaco que ya te ví. Él riéndose vino con su melega al escaño donde me encontraba y saludó. Habló y habló hasta que su novia le entregó una ollita en

miniatura con comida.

El Yaco hablaba y comía, comía, hablaba y saboreaba. Cuando se atragantaba tomaba sopita en botella. Yo los miraba a él y a ella. Era una morena de ojos grandes, negros como las noches en luna nueva. Sus rojos y gordezuelos labios dejaban entrever unos dientes blancos perfectos. Sus senos grandes subían y bajaban de satisfacción al ver a su hombre engullir los alimentos que el ama blanca dejaba que sacara su novia melega. No comprendía qué tanto comía el Yaco de esa ollita tan chirriquitinga, pero que comía, comía y hasta se atoraba. Cuando quedó listo me entregó la ollita para que yo terminara, la rechacé de pena, pero tenía unas ganas del carajo. La melega me dijo:

-Anda no te dé pena, come y te vienes el viernes que te daré a ti también.

El Yaco eructaba y con los ojos esmamonados me invitaba a comer. Tomé la ollita y mandé la cucharada y otra y otra, encontraba capas de carne, de papa, de ensalada, de espagueti de... y comía y comía, realmente no entendía como en una ollita tan pequeñita cupiera tanta comida. Quedé repleto, la sopita colada era una delicia. Por el camino aún me saboreaba los bozos, ahora comprendía como los gatos se relamen de gusto. Con mis ojos averdolados creo que parecía un felino relamiéndome de satisfacción. Antes de despedirse de su melega Yaco me pidió que lo esperara y ya por el camino le comenté:

-Esa comida estaba muy sabrosa, tu novia sabe cocinar y también está buena, tiene las carnes duras...

-Y eso no es ná, tiene un culón tan apretáo que me pone a babiá.

-Oye, y esa ollita quien la vé tan chiquita y lo que carga, te digo que quedé lleno.

-No sea bobo, no ve que ella viene y echa arró, lo aprieta, le hecha canne, lo aprieta, le echa arró, lo aprieta, y todo lo que le va poniendo lo va apretando, así todo queda apretáo y rinde má. Cierto, marica que no es, queda tóo apemasáo. Nos reíamos y él continuaba; - Yo me saqué la lotería con Riquilda, tenemos siete meses y la comida asegurará dos veces en la semana, hubo un tiempo que quedé varao y me daba platica, comida y fundillo...

-Te voy a conseguir tu melega pa que te dé wacabó hasta por el nombre.

Reía y reía ante mi ignorancia de catorce años...

-Wacabó es fondillo, ¿acaso tu nunca te has cazáo una negra bien buena como la mia? dejate pa' ve, que te voy a conseguí una bien mamonúa...

El corazón se me creció en el pecho y sentí que en mis calzoncillos la "cuestión" recobraba vida de potro desbocado. No hablaba pero resoplaba y chorriaba por las axilas, con los ojos grandes y el pensamiento hinchado. Yaco hablaba, hablaba y no escuchaba lo que decía, ya que mi pensamiento era un torbellino de wacabó. Wacabó por fondillo, me apretaba las manos que chorreaban y con tenue vocecilla:

-Yaco, ¿Y cuando me vas a conseguir mi melega?

Zipote carcajada rompió el silencio de nuestras pisadas y él, viendome con mirada paternal me sobó los cabellos.

- Mira, ya yo soy un hombre de treinta años, dime la verdá, ¿a ti te ha tocáo cazarte a una mujé de vecdá vecdá?

Me sentí "frititi".

- Si señó.

- ¡Que si señó ni qué carajo! Tu nunca te has cazáo a una mujé, ejpérate que te la voy a conseguí...

Esa noche pasé con la la "cuestión" despierta y en silencio relamía la sopita en la boca morada de mi melega, le tocaba sus muslos duros al igual que sus senos y cuando ya estaba con las ansias despiertas de varon pasando de biche, mandé la mano al wacabó y sobaba y sobaba con tan mala suerte que al segundo jalón, me arranqué los pelos incipientes de la axila. Acababa de despertar bañado de sudor en la frente y con los calzoncillos mojados de un sudor pegajoso...

DOS meses después estoy en el parque hablando con el Yaco sobre mis prácticas de pesas, cuando llegó Riquilda acompañada de una tremenda morena cabeza de zoco... - Buenas noches-

Besó a Yaco y pregunto: -Y como ectá el zarquito, veo que le ectá aprovechando las pesas, se ve musculoso... Yaco te presento a Cástula, ella es mi amiga, hace muchos años que nos conocemos y la ayudé a conseguir un puesto en casa de la vecina, es tan de buena que trabaja poco, ya que estan recien casáos los patrones y todo fin de semana salen y regresan los Lunes.

Cástula me miraba y remiraba con ojos golosos, yo bajaba la vista y los oídos me zumbaban. Luego me la presentaron y sentados los cuatro en los escaños del parque hablarnos de cosas a las que no presté atención. En el escaño en que nos sentamos había poca luz, la pantalla hacía tiempo estaba quemada, Yaco comía y se relamía, en tanto que Riquilda y Cástula parloteaban.

-Yo estoy requete de buena, como te parece que mi patrona me ayuda a cociná pa' enseñárme y el patron es muy gloton y cada rato el come y come que no ha comío, se mantienen encerráo y a mi me da lástima cuando veo a mi patroncita con la cara como una papaya biche y el todo coloráo, como que le dá wacabó a lo que dá el tejo.

Las muy ladinas reían y reían, otras veces bajaban la voz y de reajo me miraban y cuchicheaban. Me daba temor, algo de pena pero esperaba que pronto iba a suceder algo, me lo decía "la cosa" al ponerse tiesa y zumbaban las palabras del Yaco... "Wacabó es el fondillo, ¿acaso tú nunca te has cazáo una negra bien buena como la mía?..." Yo miraba a Cástula y Cástula encontró mirada hambruna y viril, se rió y su risa la encontré como una cascada de sopita en botella en sus labios morados... Por cinco veces nos encontramos los cuatro y Cástula un día me trajo mi ollita con arroz y todos los ripiristrís, yo protesté y aunque no quise, ella insistió:

-Si no te la come no me habla má, anda come la mitá y me deja que yo me como la otra mitá.

Así si como yo, y dicho y hecho, mandé la cuchara y que bocado tan delicioso, sabía a puro wacabó ensalsao. Me atrevo a jurar que todo deportista a esa edad, cuando sale de práctica va con tremenda hambre que todo lo que se atraviesa lleva porque lleva. Cuando llegaba a casa despues de darle fin a mi comida, iba a la cocina y sálvese quien pueda. Se me olvidó la mirada de mi amiga y dale que dale a la ollita con la comida apelmasada. Sentí sus ojos clavados en mi cuerpo y yo con mis dientes clavados en la presa grande que me había echado en la ollita. Con algo de timidez me acarició los

cabellos y yo traga que traga hasta que me estaba pasando de la mitad de la comida. Le dí a ella y vi que un ojo era mas grande que otro y brillante. Continuamos conversando de cosas triviales y yo me sobaba la barriga y me relamía, ella se relamía y me devoraba con su mirada, ahora caigo en cuenta, la hembra quería devorar hombre biche, muchacho nuevo, se quería "cazá" a su zarquito.

-Ajá, ¿te gustó la hembra? Parece que ella si que está enamorá de ti, no sea bobo y cícala, yo te ayudo. Si quiere no ponemo de acuiedo y el próximo domingo que es día de fiejta no vamo lo cuatro pa' los playone de Mr. Grenche -Bueno, voy a reunir para los pasajes y... - No seas marica que tóo está preparao, pa' mejo decirte que la muchacha fueron la que invitaron y también inventaron el paseo.

Cogiéndome por los hombros me sacudía con aprecio y alegría.

-Alístate hermano que va a wacaboliá, va a wacaboliá... No joda me imagino la pizza que te va a dá esa negra con la ansia que tiene de comé zarquito biche....

Las carcajadas del Yaco se escuchaban en las calles del barrio Rodriguez Torices. Desde el puente Roman se divisaban las aguas cantarinas que escapaban en corrientes hacia la bahía, y bajo el puente, pescadores con piñas trataban de pescar sus anchoas. En los manglares las garzas como motas de algodón oteaban al intruso pescador fácil. Un yate, una canoa y una arenera procedente de Caño del Oro daban al paisaje unas pinceladas enmarcadas en un fondo azul. La boca del puente descansaba de su horda de transeúntes y hasta el Portal de los Dulces cabeceaba el reposo de los pregoneros de loterías, el pereque de Peyeye, las cobranzas airadas de la Carioca y las maricadas desabridas de Tunda. Cartagena a las cuatro de la tarde estaba sumida en sopor, menos los amigos de marras.

En el barrio La Esperanza, a orillas de los playones de Mr. Grenche crecían trupíes y bajo uno de estos estaba yo con mi melega. Estábamos sentados y yo no hablaba, era ella la que siempre tomaba la iniciativa a lo cual respondía:

-Bueno, si, está bien, y para colmo de penalidades, penaba con las piemas cruzadas.

Yaco y su amiga se perdieron por la maleza y mi trupí frondoso todo

.alcahuete tapaba, iba a tapar mi orgía desenfrenada. Cástula me entregó la ollita y le encaminé, parece que el hambre a cierta edad es insaciable. Mientras comía ella me sobaba los cabellos, me desabotonó la camisa, sentí sus calientes manos en mi pecho cubierto de vello, me sobaba y yo comía, el nerviosismo me hacía atragantar. Continuaban sus dedos como serpientes en mi vientre y se aflojó mi cintura, con práctica y delicia contenidas, el susto crecía más y más. Mi primera experiencia, iba a "cazarme" una melega de treinta y cinco años, de pelo quieto, cabeza de hacha pero estaba buena, tenía sus carnes duras y un ojo más grande que el otro, su viscosidad era más notoria con la lujuria. Yo mi pena, el ansia contenida, las disimulaba cucharada tras cucharada y cuando cuenta me dí me estrujaba la "cuestión" y ésta anunciaba noquear al wacabó...

Estaba desnudo y ella también... Sus tetas grandes y duras oprimían mi pecho y sus manos calientes seguían la ruta trepidante de mi cuerpo. Sentí vértigo y la ollita cayó con presa, ensalada, espagueti y todo ese ripiristrí conjugó con nuestros cuerpos. Su boca buscó la mía y yo meneaba la cabeza en señal de desaprobación, tenía aún la boca llena de comida, ella dijo que no importaba y... Sentí una presa suave y gelatinosa que pretendía sacarme el alma. Susurró a mis oídos, apriétame zarquito. Explotó su cuerpo en el mío y aunque la "cuestión" me dolía inmensamente el goce del wacabó era indescriptible. Los ojos se me aguaraparon y resoplé de felicidad. Su wacabó y mi "cuestión" eran un masapoteo con el contenido de la ollita. Ella alzó la vista y el pánico que sentí me dejó lelo, su ojo vizco grande y blanco proyectó quinientas bujías de satisfacción, de lujuria saciada. Abrió su bocaza morada dejando ver los dientes nacarados; - zarquito estabas chulo-. Sacó la "cuestión" de su wacabó, la miró, la tomó entre sus manos toda sucia de ripiristrí con arroz, carne y sonrisa palpitante de macho tierno. Sangraba. La miraba con aire de satisfacción y quería hablar, se paraba en seco como pidiendo más y más... ese encanto se derrumbó al oír las llamadas del Yaco, y de una, mi novia la melega sacó no se de donde una pañoleta roja, me limpió, se limpió y nos vestimos.

Mi novia es melega...

El sol proyectaba desde la ciénaga de la Virgen sus últimos suspiros vivificantes y como un coloso la fortaleza de la Popa vestida de blanco con ribetes verdes de maleza anunciaba sus años en tonsuras de desfiladeros.

Las melegas conversaban y se reían, y yo todo serio al lado del Yaco que hablaba y hablaba...

-Te la cazaste, a que te supo, ¿cierto que está buena y tiene la carne dura?... Mierda y a tí que te pasó, ¿acaso la lengua tuya quedó encerrada en el wacabó de Cástula?

Ambos nos miramos cara a cara y soltamos la carcajada. Al día siguiente que iba a bañarme los calzoncillos estaban ensangrentados y la "cuestión" me requetedolía y algo hinchada, me la lavé con cuidado y la examiné observando que tenía una venita lastimada y con el orín requeteardía al igual que con el roce del canzoncillo, me las ingenié arrojándolo con algodón y talco Johnson, pero ni aún así, la "cuestión" había gozado y estaba pagando su dulce consecuencia.

Yaco viajó para Aruba y pasaron semanas. Un día cualquiera al ver que éste demoraba me encaminé al parquecito a encontrarme con mi novia la melega. En los prados del parque yacían hojas de otoño y un frío tropical embalsamaba mi espíritu. Las golondrinas como notas al aire se mecían en el pentagrama de los cables eléctricos y electrizada se encontraba mi alma, tenía otra vez ganas de wacaboliar, ya no me importaba la comida de la ollita ni mucho menos la sopita en botella. Me senté con los ojos vivos de emoción en espera a que llegara, y pasó el tiempo y envueltas en el tiempo las campanadas gemían y gemían al viento con el aire de mi tristeza. -No vino, no vino mi melega- La "cuestión" que había llegado toda saltarina, ahora se iba mustia, cabecicaída, ella compartía mi tristeza, que ollita ni qué carajo, que se vaya a la mierda la sopita en botella. Quiero a Cástula... a lo lejos se escuchaban las pisadas de un fantasma, se hundían las pisadas en la hojarasca sin vida.

Cástula se había ido para Ovejas, sus patrones se habían mudado y Yaco se llevó a su Riquilda, quedé solo con sentimiento de púber en celo y mis biseps tensos por las prácticas de las pesas. Cierta día llegué al gimnasio y vi una palenquera parada en la puerta principal, tan linda era ella con su flor de la habana roja como sus

labios. La miré, me miró y pregunto:

-¿Usted e el zarquito? Mi mamá me escribió y dijo que tóos los viernes le trajera a usted ejto-. La palenquerita bajó su ponchera y sobre esta estaba una ollita y una botella de sopa.

-Tómesela que yo regreso después.

Como un autómata la recibí y sus pasos se iban perdiendo. Pensé tantas cosas, salir corriendo y preguntar por ella, devolver todo, llorar... En fin, me senté en el escaño y comencé a comer y a comer como un poseso, sin ganas, sin sabor. Estaba llorando y comiendo, aunque no me cabía, comía y comía, el llanto me redimió en tanto recordaba las palabras del Yaco: "Te voy a conseguí una melega pa' que te dé wacabó hasta por el nombre... Wacabó e fondillo, ¿acaso tu nunca has cazáo una negra bien buena como la mía?..."

EL HURTO DE MI ABUELA

Después de muchos intentos se atrevió, toda sonrojada, a solicitar permiso urgente para ir a su casa. La nostalgia era elocuente. Sin vacilar accedí.

Días después vi sus ojos como un solo sol y pregunté:

Niña, ¿acaso tienes un problema familiar? Sus labios carnosos me regalaron con un mohín de incertidumbre.- Es que... mi abuelita está muy enferma, por eso pido permiso para poder llamar a Medellín. Ante la ternura de la niña al hablar de su abuelita, le solicité que en adelante hiciera las llamadas de la oficina, cuantas veces fuera necesario. Unos ojos de almendra tierna quedaron fijos en los míos y por primera vez la observé. Era hermosa.

El Robledal y el Matarratón florecieron al concierto de chicharras y cigarras; las abejas mitigaban con el polen las orgías de sus patas, alas y peludos vientres. Caía la tarde y del mar, el viento traía las notas balsámicas de un boga al tejer sus redes. No volví a ver nostalgia en el semblante de la niña. Diligente me regalaba a diario el aromático café matutino y un Buenos Días.

Una mañana pregunté por la abuelita. Sus mejillas se arrebolaron. Supe que el peligro había pasado y que el mes venidero aprovecharía las vacaciones para visitarla. Noté que en sus mejillas sonrojadas se hacían hoyuelos y se transfiguraba al hablar de su abuelita.

Sentí algo así como envidia del tesoro que la niña tenía y yo hacía tiempo había perdido. Sentí curiosidad por conocerla.

Cuando salía con destino a Medellín, le entregué unos pesos para que por favor comprara unas frutas para la abuelita y la saludara en mi nombre.

Los pescadores hundían sus canaletas en las aguas y como cocuyos volátiles salpicaban gotas cálidas en sus recios músculos. Una nube cómplice de algún enamorado ensombrecía la noche, un niño cantaba: "Luna dame pan que tus hijos no me dan...". Ella burló a la nube y pescadores y románticos poetas miraron extasiados el rielar exótico de sus rayos proyectados sobre la superficie marina.

Una mañana de esas en que el sol obliga a buscar el follaje de algún frondoso árbol, entró a mi despacho. Me entregó una cajita de moros que su abuelita me mandaba. Siempre que se recibe un presente la satisfacción es grande y no hay detalle minúsculo. Este agigantó mi curiosidad por conocerla, especialmente porque la niña ingenuamente me decía: "Mi abuelita es fregada y no le gustan los negros, pero yo le dije que usted es negrito no tan quemao. Yo la quiero mucho, es tan buena con nosotras. Dijo que quiere conocerlo".

Un día cualquiera pulsaba el teclado: Buenos días abuelita...- ¿Con quien tengo el gusto? Soy Sahabel, de Necoclí... Su conversación cálida, afectuosa. Me encontré repitiendo abuelita, abuelita. Inicé un romance con mi abuelita, ella comenzó a llamarme nieto, me invadió un inmenso amor.

Cuando comenzamos a querer a nuestros abuelos, la vida no da tiempo para demostrarles ese amor, nos queda la nostalgia del recuerdo de unas manos arrugadas que prodigaban torrentes de ternura.

Me confundí en diligencias de oficina pero seguía con un cosquilleo en el alma. Por fin en Medellín, parecía un colegial. Sentía los toques a su puerta en el corazón. Alguien abrió, me hizo seguir. Sentada en un sillón estaba ella. Cabellos blanco sabiduría, vestido negro con bolitas blancas a los tobillos, piecitos guardados en babuchas negras y una mirada diáfana como el azul de sus ojos. De sus labios palidos floreció una sonrisa. La abracé con dulzura, apenas dije: abuelita. Su mirada tierna danzaba sobre mí: Tú eres mi nieto de Necoclí. Tomó mis manos un instante. El lenguaje del silencio habló por los dos.

Muchas veces tomamos el café con crujientes galleticas, muchas veces hice parte de la buena mesa de mi abuelita. Siempre me contaba algo: qué tenía 72 años, que de sus nueve hijos sobrevivían siete, que había sufrido tanto a causa de la violencia. Ella y sus hijos habitaron cuevas y escondrijos para no ser sacrificados atrocemente. Desde ellos escuchaban la algaravía de los Chulavitas con silvido de balas, cimbrar de machetes y ayes de escape de vidas que cuajadas en gotas de sangre salpicaron sus trajes. El murmullo de las quebradas ensordecía el de las oraciones. Se levantó del sillón, comenzó a caminar nerviosa. Entonces la pude observar a mi antojo. Era muy bonita, de estatura

regular y aspecto delicado, manos grandes, venas muy azules. Bebimos el café en silencio. De sus ojos resbalaron lágrimas. Sin entender lloré con ella.

Un pañuelo blanco de seda, claveles rojos bordados, las enjugó.

- No quiero morir con él, es un pecado muy grande. He intentado confesarlo muchas veces pero me da vergüenza con el sacerdote. Sus lágrimas salpicaban mis manos que guardaban las de ella y comencé a repasar sus dedos uno a uno como rezando un rosario.

- ¿Querías contarme?

Un silencio prolongado preñado de suspiros.

Una mirada profunda y triste.

- Mi marido tuvo que abandonarnos, como lo tuvieron que hacer los hombres del pueblo. La chusma requería reclutas y al que se oponía le cortaban la cabeza, los echaban en costales y cuando llenaban la volqueta, los despeñaban de cualquier montaña. Todas las noches sentíamos terror al escuchar el traqueteo del destartado vehículo, muchas veces hacían dos y tres viajes. Esperábamos recibir el día siguiente la cabeza del ser querido. Por eso, obligados por nosotras mismas huían nuestros hombres. La finquita quedó devorada por el rastrojo y la sopa de arracacha con ajo, coles y sidra, huérfana de carne.

Una madrugada de frío insoportable y niebla que silenciaban hasta las chicharras, golpearon a la puerta. El corazón se me encogió al pensar en mis hijas. Cuando golpearon por segunda vez escuché que me llamaban. "Doña Georgina". Venían de parte de doña Beatriz a solicitarme que fuera a arreglar un menudo de cerdo para la cena. Pensé que mis hijos hacía más de un mes no probaban carne.

Me envolví en una manta, los muchachos dormían. Trepamos y bajamos lomas hasta llegar, empapados y el fango a las rodillas. El marrano era grande y gordo. Doña Beatriz muy contenta me ofreció una taza de café. -Yo se que ustedes la están pasando muy mal, la mandé llamar para que arregle el menudo y se lleve unas tripitas a su casa-

Le agradecí y manos a la obra. Cuando ya terminaba, vi unas bateas grandes llenas de carne. Enseguida pensé en mis hijos. Me parecía verlos con las manitas chorriando grasa, dando dentadas a un trozo de carne. Entró el diablo en mí, cerré los ojos y al abrirlos tenía mis manos el cuchillo y un buen trozo de carne. Lo envolví en hojas de plátano y lo escondí en la manta. Justo en ese momento entró la señora a la cocina. Me regaló morcillas, entresijos y me entregó un talego diciendo: Lleve estas cositas a los niños. Me agradeció y me mandó a caballo.

La cara se me puso roja de vergüenza y arrepentimiento por mi mala acción. Ella palmoteó el anca del animal y en poco tiempo estaba de regreso. Los muchachos aún dormían. Vací el talego con los ojos llenos de lágrimas, no podía contentarme. Había un mercado completo, incluyendo un gran trozo de carne.

Lloré y lloré mientras hacía el desayuno bien trancao, como nunca habían tenido mis hijos. Ellos comían, reían, hablaban, se chupaban los deditos. Sentí tanta temura, tanto dolor, que elevé los ojos al cielo y pedí perdón al Señor, le dí gracias y me arrepentí y prometí jamás volver a pecar.

Salí a la carrera hasta el escondite de mi marido a llevarle de comer. Cuando llorando le referí lo sucedido, me consolaba diciendo que era el mismo Dios el que había hecho todas esas cosas. "Dios quiere mucho a los niños y doña Beatriz es muy rica, no echará de menos ese trozo de carne".

Han pasado tantos años y yo sigo aún con el dolor de mi pecado... Sonriente le acaricié los cabellos. "Es preferible pasar un ratico de vergüenza a seguir con esa angustia. Yo la acompaño a contarle al cura para que quede libre de esa culpa de inocencia". - Ese pecado es muy grande-...

Semanas después la encontré tejiendo. Al verme se levantó como un caucho: "Sabes, mi nieto, estoy limpiecita, sin un solo pecado". El cura lo que hizo fue reirse y hasta lloró: "si todas las mujeres fueran como tú, los campos jamás serían regados de sangre. Tú no hurtaste tus hijos tenían hambre".

- Y yo, tengo hambre de tu cariño y tus bendiciones, abuelita-